

SANGRE IMPURA

LIBRO 1

MUÉRDEME
LENTO

Skye Roan

Muérdeme Lento

(Sangre impura 1)

Muérdeme Lento

Skye Roan

© Skye Roan [2024]

Obra protegida por registro de autor.

Todos los derechos reservados. Gracias por adquirir esta obra de manera legal. Los autores independientes necesitamos tu apoyo.

Solo disfruta...

Índice

[Capítulo 1. Odio madrugar](#)
[Capítulo 2. No soy caperucita](#)
[Capítulo 3. Wayne. Vampiro achicharrado](#)
[Capítulo 4. Demasiado dolor](#)
[Capítulo 5. Wayne y la manada](#)
[Capítulo 6. El entierro](#)
[Capítulo 7. Wayne. Sangre](#)
[Capítulo 8. El día de la manada](#)
[Capítulo 9. Wayne. Vampiros](#)
[Capítulo 10. Secretos que duelen](#)
[Capítulo 11. Wayne. Café especial](#)
[Capítulo 12. De hostias en mi propia cafetería](#)
[Capítulo 13. Wayne y su mejor error](#)
[Capítulo 14. ¡Sorpresa!](#)
[Capítulo 15. Wayne y una bibliotecaria](#)
[Capítulo 16. Marcada](#)
[Capítulo 17. Wayne. Ataque mortal](#)
[Capítulo 18. Holly. Colapsada](#)
[Capítulo 20. La postal](#)
[Próximos libros de la colección](#)
[Muérdeme Salvaje](#)
[Muérdeme Profundo](#)

Capítulo 1. Odio madrugar

La niebla de la costa envuelve a mi ciudad, Eureka, California, con ese halo opresivo y espeso que me espera cuando salga de casa. La humedad que nos rodea me produce esa sensación de aislamiento que, junto a los bosques y a mi malestar, me ponen de mal genio cada mañana. Después de una ducha corta, me arreglo en el baño. El espejo me devuelve la imagen de una sencilla chica, de una sencilla ciudad, copropietaria del Rubens café junto a mis hermanas Birdie y Mackenzie.

Ni me molesto en peinar el alborotado cabello ondulado, encrespado y oscuro, herencia en parte de mi madre o quizá de mi desconocido padre. Me pongo una goma suelta que hace de coleta, sobre todo para que no se expanda por el viento matutino y me tape la cara. Después, cojo el gorro y me lo planto como quien cubre las lechugas en invierno para que no se abran. Bajo las escaleras corriendo para caminar deprisa hasta nuestro café, a dos manzanas del bloque de pisos de cuatro alturas donde vivimos las tres con tío Ben. Esta semana me toca abrir y, aunque odio madrugar, no me queda otro remedio.

Saludo a la vecina chismosa que pasea a su perrito, una mezcla entre caniche y bichon que ella adora, aunque todo el mundo coincide que es muy feo y que su falta de pelo lo hacía siniestro, pero el rarito de él me ama, incluso hasta escaparse de su casa y seguirme al café. Ella lo sujeta de la correa y yo no me acerco, porque ya voy tarde.

Tuerzo por la avenida Wade, la calle donde viven los dichosos dueños de la ciudad y de la manada y apresuro el paso. Casi llegando al café me tropiezo con Joe que me saca un pequeño suspiro de impaciencia.

Reconozco que me lo he tirado un par de veces y que es un licántropo de lo más atractivo. Alto, fornido y con una resistencia increíble en la cama, pero... no es mi tipo. Desde que nos acostamos, viene cada día a desayunar y me mira con ojos de corderito. ¿Desde cuándo los licos son tan blandos? Debía de ser la excepción. No es que no tuviera un buen revolcón, lo tiene y es un amante entregado, pero yo no quiero unirme a su familia. Él hasta desea cachorritos, algo que en su imaginación le ha dado por pensar que conmigo podría ser posible, aunque yo no sea como él.

—Holly, preciosa mañana —dice con una sonrisa tierna.

No quiero ser borde, o no tanto y lo saludo con brevedad para subir la persiana del local. Tampoco se atreve a ayudarme, lo intentó una vez y... para qué seguir. Todavía no son las siete de la mañana y a pesar del día frío y húmedo y con amenaza de tormenta, tengo varias personas esperando en la calle para desayunar.

Enseguida les dejo pasar y se van acomodando. Dejo todo detrás de la barra y enciendo la cafetera. Luego, las luces y la suave música que solíamos poner, porque cuando empiezan a hablar en voz alta los licos, ya ni se escucha. Además, pasan muchos camioneros a primera hora. Tenemos una gasolinera muy cerca y un área donde pueden aparcar. Damos buenos desayunos a un precio razonable, y el boca a boca ha hecho que nuestro negocio no vaya mal, nos dé de comer y podemos ahorrar un poco. Aunque no sé si es suficiente para mí.

Mi hermana mediana Birdie llega entonces y saluda a los comensales que le sonríen con admiración. Ella, a diferencia de mí, es delicada y amable, siempre con una sonrisa y no con un gruñido. Las dos tenemos el cabello oscuro, yo más que ella y Mac, mi hermana pequeña, todavía más claro. Yo tengo los ojos marrones oscuros y ellas dos color miel. Yo soy fornida y grande, con formas redondeadas donde a algunos les gusta perderse y ellas delgadas y delicadas. Supongo que debemos ser de diferentes padres o la genética jugó a los dados. Aunque nunca lo

sabremos. Mi madre murió cuando éramos pequeñas y tío Ben jamás suelta prenda.

Birdie es encantadora, yo, según mi hermana pequeña Mac, tengo una personalidad arrolladora. Pero es que debe de ser así. Si no aquí, entre lobos y hombres rudos, se nos comerían asadas con patatas. Incluso podría ser literal. No soy caperucita roja, soy el leñador. Aunque de poco me sirve. Estoy atrapada en esta ciudad pequeña y brumosa, coto y localización de una de las manadas más numerosas de licántropos de California, y, hay que reconocer, de todo el país. Y solo a unas cinco horas de San Francisco, donde se asienta la Corte Negra de los vampiros. Vamos, el puto centro del lugar donde podría producirse una batalla sobrenatural. No sé qué pensó mi madre cuando se instaló en el pueblo. O era una inconsciente o tonta del todo.

Birdie me da un beso de buenos días y después me abraza. Aunque me revuelvo impaciente, ella no me suelta y acabo cediendo y dándole un achuchón. Como si no nos viéramos cada día y cada hora. Pero ella es así, tan buena que todos la adoran. Me giro hacia atrás y la miro.

—¿Y Mac? —pregunto sin dejar de ver cómo se van llenando las mesas. Ella me ayuda a servir las. De momento quieren cafés, pero enseguida voy tomando nota de los abundantes desayunos.

—Hoy no se encontraba bien. Yo te ayudo.

Miro a la puerta malhumorada. Que se sienta mal no es una excusa para llegar tarde. O es que le encanta meterse en la cama y no salir. El café ya ha terminado de salir y tomo la jarra para ir sirviendo por las mesas. Birdie está preparando los pedidos que básicamente son los de siempre. Joe no me pierde de vista conforme voy de una mesa a otra. Empieza a ser demasiado molesto y ya no sé cómo decirle que me deje tranquila.

Como siempre, toma un buen plato de huevos, patatas, ensalada y bacon que mi hermana deja en el mostrador. Se lo acerco y él me sonrío con sus dientes perfectos, roza mi mano, con una leve caricia y hago lo posible por sacar una sonrisa. De todas formas es uno de nuestros mejores clientes. Al girarme, vuelvo a poner mi cara de mal genio. Sirvo el resto de las mesas y, cuando me doy cuenta, son las diez y ni siquiera he desayunado.

Birdie saca un plato con bizcocho de zanahoria, así que me sirvo un café y tomo un buen pedazo, retándola para que me diga algo, pero sonrío y me da un beso en la mejilla. Ella ya lleva el cabello recogido en una coleta aunque cuando sale a la barra se quita el gracioso gorrito rosa que lleva en la cocina por higiene. Yo todavía llevo esa coleta mal peinada. Pasa la mano por mi cabello y se lleva mi café y mi trozo de bizcocho dentro.

—Ven a la cocina, Holly, que te hago una trenza.

La sigo, porque tengo hambre, aunque es cierto que me encanta como desenreda con suavidad y manos hábiles el nido de pájaros que suelo llevar. Empieza a trenzar algo que sale de mi nuca, que aparta de mi cara y deja un par de mechones sueltos a cada lado.

—Lista, Holly, estás preciosa. Joe se volverá loco al verte.

Bufo, y me meto un pedazo de bizcocho enorme en la boca.

—Si no quieres nada con él, tal vez deberías decírselo claro.

—¿Crees que no se lo he dicho? Ya no sé qué más hacer —digo con la boca llena de bizcocho—. Es un pesado. Tal vez me vaya con otro en su propia cara, aunque sería capaz de esperarme. Patético.

—Eres dura, Holly —suspira Birdie mientras echa varias hamburguesas a la plancha. A esa hora llegan algunos trabajadores de la fábrica cercana a almorzar. Y varios camiones están repostando.

—Soy como tengo que ser —digo y salgo con los botes de ketchup y mostaza para las hamburguesas.

Joe ya se ha ido y ha dejado el dinero del almuerzo con una sustanciosa propina. No, si además el chico es hijo del dueño de uno de los principales almacenes de herramientas de la zona, que además tiene dinero para aburrir... pero es él el que me aburre. Demasiado manso, demasiado tranquilo para ser un licántropo. No, no es que quiera un neandertal, solo alguien con más... sangre en las venas.

Los trabajadores entran saludando. La mayoría son humanos aunque sí hay algún lico. Uno de ellos, el capataz, más maduro y de cabello oscuro y rizado, me saluda, guiñándome el ojo. Lleva viniendo aquí desde siempre y a veces me he preguntado si él podría ser mi padre. Aunque es un lico, y mi madre no lo era... pero quizá ocurrió. Nunca me ha dicho nada, así que tampoco voy a preguntarle. Estaría bueno.

—Oye, ¿te follaste a mi madre y eres mi padre?

Según Mac, mi madre se follaba a los que quería y por eso a saber de dónde venimos. Mi hermana pequeña tiene una gran personalidad y mucha mala hostia. Birdie se cabrea cuando dice eso, pero en realidad, ninguna lo sabemos. Yo tenía siete años cuando murió, Birdie cuatro y Mac solo dos. Ya hace dieciocho de aquello y todavía recuerdo la desolación que sentí cuando tío Ben, que ya vivía con nosotras, nos dijo que había tenido un accidente cuando regresaba del hospital. Mi madre era médico. Por suerte, dijeron que murió en el acto y no sufrió. Respiro hondo para tranquilizarme, porque este tema me enfurece. Es completamente injusto.

Por fin entra Mac en el café, con la cabeza baja. Su cabello lacio y castaño oscuro le tapa media cara. Aunque es delgada, siempre fue muy fibrosa y se mantiene en forma a base de mal genio y que de vez en cuando toma clases de boxeo.

—¿Qué te pasa? —pregunto siguiéndola hasta la cocina. Ella levanta la cara y vemos el moratón bajo el ojo mal tapado con el maquillaje—. Maldita sea, Mac, ¿quién te ha hecho eso?

—¿Quién ha sido, cariño? —pregunta Birdie haciéndola sentar en una de las banquetas de la cocina. Ella se encoge de hombros.

—Cosas que pasan. Él quedó peor.

Birdie chasquea la boca y corre a por una bolsa de guisantes congelados que pone sobre el moretón. Luego, va corriendo al despacho y saca una pomada que tenemos contra los golpes, invento de tío Ben, y se la pone alrededor del ojo. Mac suspira aliviada. Es una crema muy especial que nos ha venido de maravilla con tres niñas traviesas y sin un adulto que comprendiera que no deberíamos subirnos a los árboles.

—Y ahora, dime quién ha sido —digo furiosa. Mis nudillos están blancos y deseo golpear a alguien.

—Te aseguro que me sé arreglar sola, hermanita. Voy a cambiarme.

—Cabezota —exclamo porque sé que no va a decir nada. Salgo al salón y miro a todos con el rostro furioso. Algunos bajan la cabeza. Si alguien le hace algo a mis hermanas, tendría que vérselas conmigo.

La mañana transcurre tranquila, sin parar. Mac sale a servir algunas mesas y yo me tomo unos momentos de descanso. Me escapo por la puerta lateral a nuestra terraza interior que nunca usamos para el público. Es un amplio cuadrado con vallas de madera a la que le hace falta un repintado. Al principio, cuando mamá nos dejaba a cargo de tío Ben en el restaurante, nos quedábamos horas jugando aquí después del colegio. Mamá pasaba muchas horas en el hospital y Ben nos recogía después de clase, hasta que fui lo suficientemente mayor para encargarme de mis hermanas. No sé por qué mi madre compró el restaurante si ella no iba a llevarlo. Supongo que fue por mi tío.

Miro alrededor. Hemos pasado muchos días aquí, incluso cuando hemos sido mayores, que

llevábamos al chico del momento para besuquearnos. La zona principal es un cuadrado de gravilla, con una mesa para seis, bancos y una barbacoa en un lado que no solemos usar. Hay algunas plantas que cuida Mac y un cobertizo con trastos y herramientas oxidadas donde colocamos una colchoneta para esos momentos íntimos. Total, Ben nunca lo abría. En un lado pusimos una hamaca sobre dos postes y a Birdie le encanta tumbarse y ver las estrellas en verano. Dos o tres árboles dan sombra en un rincón donde crecen flores y hay una zona de césped que ahora está algo raquítico. Allí, sobre una manta, también es un buen lugar para un revolcón.

Para mí es un sitio para fumarme un cigarro, sentarme encima de la mesa y mirar el bosque de Redwood, a dos pasos de la propiedad. Las secuoyas y otros árboles crecen con fuerza, con ganas, y no sé por qué razón, mirarlos me hace sentirme fuerte cada mañana, como si fueran un talismán, algo que perdura para siempre. Me relaja mirarlos. Y los recuerdos que me trae este lugar.

En ese patio fue donde perdí mi virginidad con el chico más guapo de la ciudad. Tiro el cigarrillo al cenicero y muevo la cabeza cabreada. No vale la pena ni recordarlo.

Tío Ben se acerca cojeando, a sus casi ochenta se encuentra cada día más enfermo, mira el cenicero y frunce el ceño. Pero que él tenga cáncer de pulmón no significa que yo sí. Ni siquiera somos familia. Sé que no durará mucho más, pero ya he cumplido los veinticinco, soy capaz de cuidar esta familia.

—¿De mal genio, niña? —pregunta sentándose. Birdie lo ha seguido y le trae un café largo, sin azúcar y un trozo de bizcocho. Él se lo agradece con un suave gesto y ella le da un beso en la frente.

—La gente de aquí, que a veces me enerva. ¿Has visto a Mac? No me ha dicho quién le ha hecho eso.

—Porque no querrá que cojas la escopeta de caza y vayas a por él. Tu hermana pequeña es capaz de defenderse, y lo hizo, lo vi en su mirada.

—Pero no es normal que tenga una cita y que se lée a tortas. Solo tiene veinte años.

—Quién fue a hablar. Si tú te pegaste con el primer chico con el que saliste.

—No fue realmente así —digo recordando algo que me quito de la cabeza al instante.

—Mira, ahora que estamos solos quiero hablar contigo muy seriamente. Siéntate.

Me siento y lo miro a los ojos. Profundas ojeras moradas rodean su expresión y su rostro aparece macilento y con un tono verdoso. Está peor. Él sonríe con tristeza.

—Sí, cariño. Me muero. Tal vez sean dos meses, puede que seis, pero no pasaré de este año. Y como hermana mayor, has de saber ciertas cosas.

—¿Sobre nuestra madre? ¿Sobre cómo murió?

—Eso más adelante. Lo primero es decirte que, como bien sabes, mi ascendencia licántropa es del clan de los Wade, líderes de la región y es por eso por lo que habéis estado protegidas.

—¿A qué te refieres?

—A que pacté con el padre del actual alfa, mi primo segundo, para que os protegiera de todos los sobrenaturales que se os acercaran. Y a que tú deberás pactar con el actual alfa para cuidar de vosotras.

—¡Ni de casualidad! —me levanto de inmediato furiosa. Doy dos pasos por el patio, mirando a las secuoyas, abriendo y cerrando las manos, respirando para calmarme. Me vuelvo hacia Ben. —¿Por qué tengo que pactar? ¿Qué necesidad tenemos de ello? Creo que hay algo que no me cuentas y quiero saberlo.

—Hay muchas cosas que no te cuento, Holly, pero esa es la primera que tienes que

comprender. Como cabeza de familia debes pactar y si es necesario someterte a él para que os proteja. Lo he hablado con él y está dispuesto si... lo haces.

—Qué más quisiera él que me sometiera —digo con sorna, porque llevo las uñas muy cortas, que si no, estarían sacando sangre de mis palmas.

—Escucha, Holly, Wayne Wade es un hombre razonable. Es un alfa justo y no os va a someter de una forma extraña. Solo que...

—Solo que si a él le apetece, nos puede ordenar cualquier cosa. Y a mí nadie me ordena nada.

—Habla con él los términos, pero hazlo. Sabes que hay una paz inestable entre los vampiros y los lobos. Eso podría romperse de mil formas y causas, y con mucha facilidad.

—¿Y qué tiene que ver con nosotras, Ben? ¿Por qué mis hermanas o yo podríamos influir en ello?

—La historia es mucho más larga de lo que me dura este café. Prométemelo, Holly o si no estaréis en peligro. ¿No querrás que les pase algo a tus hermanas?

—Eso es un chantaje muy feo, Ben. Sabes que haría todo lo que fuera por ellas, pero no entiendo por qué someterme a un alfa pueda ser la solución.

—¿Porque te lo dijo yo! ¿Acaso no confías en mí? ¿No me conoces?

—Siempre nos has cuidado, Ben, más allá de lo que un padre podría hacer, sobre todo, cuando murió mamá. Pero me estás pidiendo algo que no comprendo y necesito entenderlo. Y, de todas formas, podríamos irnos de aquí, salir de Eureka. Tal vez mudarnos a San Francisco o a Los Ángeles.

—Nunca podréis huir de ellos —murmura Ben.

Un ruido enorme se escucha en el patio. Un cuervo se acababa de caer contra el suelo y gruñe aleteando. Me acerco a él, tal vez para ayudarlo a volar, pero con una rapidez inusitada, Ben se levanta y lo aplasta con su bota. Doy un leve grito.

—¿Lo ves? Están enviando espías, tal vez incluso os hayan encontrado. Holly, esto es más grave de lo que piensas. Deberías someterte ya.

—Nunca, Ben. No me someteré a nadie, eso te lo prometo, como también te prometo que mantendré a mis hermanas a salvo, a costa de quien sea.

Me retiro al interior mientras veo de reojo que Ben saca su móvil y envía un mensaje. Secretos, siempre secretos. ¿Por qué no me cuenta la verdad de una puta vez? Jamás dejaré que ninguno de esos bichos se acerque a mis hermanas. Como me llamo Holly Rubens.

Capítulo 2. No soy caperucita

Entro furiosa a la cocina y Birdie me sigue, preocupada.

—¿Has discutido con Ben? Sabes que está muy mal. No deberías...

—Sí, se está muriendo. Pero tranquila, seguiremos adelante las tres.

—Ha sonado duro —dice ella ofreciéndome un café. Con un suspiro, lo tomo y Mac se asoma a la cocina. Al ver nuestra cara, se reúne con nosotras.

—Nos oculta algo, y no sé qué pero tiene que ver con nuestra integridad. Ha dicho que estamos en peligro. Tal vez deberíamos largarnos de este pueblo de mierda.

—No digas eso —suelta Birdie moviendo su coleta—. Vivimos muy bien aquí, me gusta el sitio y me encantan los bosques. A Mac también le gusta, ¿verdad?

—Sí, supongo —dice ella sirviéndose un café.

—¿Quién te ha hecho eso? —vuelvo a la carga. Ella suspira.

—A ver. Que ayer simplemente intentaron atracarme cuando cerré el café y me defendí. Para eso tío Ben nos enseñó a pelear.

—¿Quién era? ¿Un licos?

—No, qué va. Un humano normal y corriente. Si hubiera sido un perro de esos supongo que estaría muerta. De verdad, solo fue un atraco fallido y yo también le di una buena patada en las pelotas. Esta mañana fui a hablar con el ayudante del sheriff.

—Ahhh, con Thomas, vale —dijo Birdie sonriendo.

—No es una excusa para hablar con él, boba —contesta Mac, pero una leve sonrisita se ha ocupado de su cara—. Me ayudó a poner una denuncia y listo. El tipo era un flacucho humano del barrio de Queens, y por la descripción ya sabe quién es. —Se vuelve hacia mí—. Algo más te pasa, Holly.

—No sé, a veces me agobia estar aquí, tal vez seríamos más libres en otro lugar, ¿no os gustaría un sitio donde haya menos árboles y más playas? Incluso en Europa.

—Si alguna vez quieres marcharte una temporada, puedes hacerlo —dice Birdie acariciando mi brazo—, podemos llevar el restaurante solas o contratar a alguna persona para que te sustituya el tiempo que necesites. A veces es bueno volar lejos para volver a casa con más ganas. Ya sabes qué decía mamá, ¡vive el momento!

No sé cómo se acuerda de eso, pero es cierto.

—No podría dejaros. El tío... no sé, ha dicho unas cosas muy extrañas, como si nos estuvieran espionando, como si estuviésemos en peligro. Me dijo que...

Bajo la voz y me acerco a mis hermanas. La barra está llena y no tengo ganas de que nadie escuche la conversación.

—Me dijo que debería someterme al alfa para que nos protegiera —susurro.

—¿Someterte cómo? ¿De una forma sexual? Porque Wayne está bien bueno. ¿Lo has visto últimamente? Es como un armario empotrado lleno de músculos y...

—Vale, Mac. No de forma sexual, por supuesto. De forma tipo manada.

—Pero si no somos licos, al menos que nosotras sepamos —dice Birdie.

—Ese es el problema. Que no sabemos nada de quiénes somos, o de quién es nuestro padre, si es que es el mismo, que ya hasta lo dudo. Tal vez tengamos sangre lobo y por eso nos quieren atacar. Ni idea.

—¿Pero quién quiere atacarnos? —comenta Birdie nerviosa, mirando a todos los lados.

—Ben se niega a contarlo. ¿Y si se le ha ido la cabeza por su enfermedad? Si me sometiera al alfa, estaríamos obligadas a estar aquí para siempre y hacer lo que se le ocurriera al tipo. Mirad

todos los que viven en Eureka. Le basta con levantar un dedo, que corren con el rabo entre las piernas.

—Es lo que tiene la estructura de la manada —explica Mac—, a cambio de protección y cuidados. No verás a un solo lico que esté pasando hambre o que le falte cualquier cosa. Wayne los cuida.

—Ni lo nombres —contesto saliendo de la cocina. Preparo una jarra más de café con el rostro muy serio y voy pasando por las mesas.

Algunos licántropos almuerzan allí con toda normalidad, así como humanos, e incluso un joven vampiro, que, según un día le había contado cuando iba más que bebido, estaba algo así como de intercambio. No sabía a qué intercambio se refería, si era cultural o a saber, pero era de los pocos que aparecían por el café. Y de los muy pocos que vivían en la ciudad, predominante de licántropos y otros seres.

A los vampiros les gustan las grandes urbes, con muchos cuellos que morder, aunque esté prohibido por la corte real asesinar o convertir. Al igual que los licántropos, que solo nacen, la población está disminuyendo, gracias al cielo. Si los humanos supieran realmente que tenían dos especies depredadoras conviviendo como si nada junto a ellos, les daría un ataque. Y a saber si existían más especies extrañas. Decía su tío Ben que Mac era tan bonita como un hada y así se quedó, sin saber si realmente existían o no.

Mac sale con las hamburguesas de dos nuevos lobos recién llegados a la ciudad. A veces pasa eso. Se trasladan temporalmente de manada a manada según las necesidades. Aquí en Eureka hay un gran aserradero, perteneciente a la familia Wade, cómo no, y de vez en cuando necesitan operarios especializados, imagino que como esos dos. Son, como casi todos los licos, grandes, fornidos y con barbas espesas. Su mirada es más salvaje que los otros, por lo que me toco la navaja de mi bolsillo, por si hay problemas.

Como si los hubiera olido.

Mac se acerca a ellos y deja las hamburguesas con las patatas en la mesa. Uno la mira con deseo y le toma de la muñeca, soltándole algo que la hace enrojecer y mira que ella no es como Birdie. Doy un paso hacia ellos, apretando la navaja, pero alguien me aparta con brusquedad y me pone tras él. Alguien de casi dos metros y que huele a bosque fresco y a tierra recién mojada por la lluvia.

—¿Qué hacéis? —dice con una voz bronca y grave. Ellos levantan la vista y enseguida agachan la cabeza—. Estas mujeres y este lugar están bajo mi protección así que espero que no tenga que volver a recordarlo. Discúlpate.

—No, señor, no —dice el tipo que la rozó. El otro parece avergonzado—. Lo siento, muchacha.

Mac se aleja y me quedo mirando las anchas espaldas del puto alfa. ¿Qué hace allí? Si nunca viene al restaurante. Debemos ser mierda para él. Se gira, todavía enfadado y me mira directamente. Aunque soy alta, me saca dos cabezas.

—Hablemos —dice sin opción a réplica.

Me toma del brazo, empujándome hacia la cocina y me suelto de malas formas. Alguien exclama. Nadie se libera del agarre del alfa. Lo miro, retadora y me voy al patio donde ya no está mi tío Ben.

—¿De qué vas? —digo volviéndome hacia Wayne que se sienta con toda tranquilidad en una de sus sillas, como si fuera su patio y su mesa.

—Esos tipos no volverán a molestaros. Quiero hablar contigo.

—No tengo nada de qué hablar y podía arreglarme perfectamente.

—¿Con esa navajita que llevas en el bolsillo? Por el amor de Dios, son licántropos, Holly. ¿Cuándo te vas a dar cuenta de que somos peligrosos?

—Unos menos que otros. ¿Qué quieres?

Él aprieta los puños y luego vuelve a soltarlos intentado respirar calmado. Su camisa recoge bien sus músculos apretados y esos brazos que parecen piernas. Es un tío bien formado y exuda poder y sexo. Sus ojos se han vuelto por un momento amarillos y es porque sé que le saco de sus casillas.

—Me ha dicho Ben que no quieres mi protección.

—Lo que no quiero es someterme a ti. Ya te gustaría —digo acercándome un poco para enfrentarse. Siento su respiración profunda que sabe a café.

—No se trata de ningún sometimiento extraño, lo sabes. Jamás te obligaría a nada. Pero se lo debo a tu tío. Él salvó a mi padre cuando eran jóvenes. Me lo ha pedido y lo haré, quieras o no.

—Dudo mucho que consigas que me someta a tus órdenes, alfa. No me van esos juegos de dominación.

—Entonces, ¿prefieres estás a merced de cualquier licántropo o vampiro que se acerque al restaurante? O que una noche esperen a una de tus hermanas y se la lleven para siempre. No pensé que fueras tan egoísta, Holly.

Me muevo deprisa para darle un puñetazo, pero él me toma del brazo y lo retuerce por atrás hasta colocarme pegada a su pecho. Siento el calor corporal, su alta temperatura que traspasa mi jersey y que me llega hasta dentro. Mi corazón empieza a desmandarse hasta que él me mira con un brillo amarillo en sus ojos.

—Podría matarte, solo con un gesto.

—Pero me llevaría tus huevos de paso —digo pinchándole en el pantalón con mi navaja. Él me suelta impaciente.

—Tal vez un día me supliques que te proteja, y espero que no sea demasiado tarde.

—¿Por qué, Wayne? —pregunto con su nombre, algo que evitaba desde aquella vez.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué estamos en peligro? ¿Por qué alguien querría atacarnos especialmente a nosotras? Merecemos saber la verdad.

Él se acerca y tomó un mechón de mi cabello que se ha soltado y se lo lleva a la nariz, oliéndolo. Cierra los ojos por un momento y veo que su cuerpo tiembla ligeramente. ¿Qué está pasando?

—El problema, Holly —dice él abriendo los ojos teñidos de amarillo—, es que oléis demasiado bien. Sois como la caperucita del cuento y el depredador, sea lobo o vampiro, está deseando atraparos para comeros enteras. No te fíes de que nadie pueda resistirse.

—¿Ni siquiera de ti?

—El que menos —dice volviéndose y marchándose por la puerta trasera.

Me siento, temblorosa y afectada, sin saber qué pensar.

Capítulo 3. Wayne. Vampiro achicharrado

—Maldita sea —exclamo saliendo a la calle. Me montó en mi pickup y arranco chirriando ruedas. Retomo mi camino hacia el almacén. Justo cuando Ben me ha enviado el mensaje, iba a comprar algunas piezas de repuesto para la cortadora de madera.

Ir a comprar es algo que no me corresponde, sino a mi hermano Jace, pero no sé dónde está. Todavía no puedo controlarme en presencia de ella y por mucho que haya evitado todos estos años pasarme por el restaurante, me sigue poniendo nervioso. Aunque estoy seguro de que ella nunca ha contado lo que pasó el primer día de mi transformación. Fue vergonzoso y nunca lo he terminado de superar.

Con dos largas zancadas, entro en el establecimiento y Joe, ese lobo que se ha acostado con ella, sale a recibirme con una sonrisa amable.

—¿Tienes el pedido? —digo de mala manera. ¿Por qué él? Es un buen ejemplar, pero demasiado manso. No le pega a ella. Y no puede protegerla.

—Sí, Wayne. ¿Lo subo a la camioneta?

—Gracias. Iré a mirar alguna cosa por si necesito.

Me meto entre los pasillos del almacén, buscando herramientas que no necesito, no tanto como distraerme de esos ojos oscuros y sus formas redondeadas. Quiero rugir, de frustración. Cojo un par de cosas al azar y casi me tropiezo con Remy, el vampiro de la corte negra adscrito a mi manada, espía y enlace de ambos lados.

—¿Qué? —digo impaciente.

—Nada, solo un par de cosas, alfa. Hace días apareció un vampiro rojo por aquí. No le di importancia porque estuvo menos de unas horas. Supongo que buscaba algo, o a alguien, y no lo encontró.

—¿Por qué no me has dicho nada antes? —pregunto enfadado.

—Porque no le di importancia. A veces llegan errantes y se van como si nada. Pero lo que me llamó la atención es que tomó una tarjeta del restaurante Rubens, como si fuera una joya, un tesoro y se fue pitando. Lo seguí. Creo que iba tras una de esas chicas que huelen tan bien. Supongo que no te importaría que muriera. Lo encontré así, de verdad, no fui yo.

—¿Y la tarjeta?

—Estaba amaneciendo, el sol pegaba fuerte y el tipo yacía en mitad de la carretera. No quería desintegrarme. Así que después de mirar alrededor, me largué y cuando volví, en el momento en el que había bajado el sol, ya no había nada, solo un manchurrón.

—De acuerdo. ¿Dónde fue?

—Cerca del puente del río. —Mira a ambos lados y susurra—. Ya sabes que soy fiel a tu manada, alfa.

—Lo sé, gracias. Echaré un vistazo. De todas formas, tal vez hubiera sido una buena idea interrogarle antes, cuando estaba por la ciudad.

—La próxima vez, lo hago. De todas formas, el tipo iba escondiéndose.

—¿Viste si llevaba móvil? —Un escalofrío le recorrió la espalda. Remy se encogió de hombros. Era un tipo letal, pero no muy inteligente.

—No lo vi. Sabes que a los de mi clase no nos gustan las tecnologías.

—Está bien, sigue atento.

Él se inclina y desaparece con rapidez. Los vampiros no suelen salir a la luz del día, a menos de que esté nublado como hoy y como pasa normalmente en la ciudad. Pero si hay sol, se

deshacen como mantequilla. Pago las herramientas y me despido de Joe con un movimiento de cabeza. Enfilo la carretera y me dirijo hacia el puente. Aparco y salgo, olfateando la sangre. Sí. Tal y como ha dicho Remy, hay un cadáver calcinado de un vampiro. Los restos de ropa están pegajosos y tiesos por la sangre que todavía no ha acabado de desaparecer. Muevo con un palo, pero no hay nada. Al oler desde más cerca, siento a Remy y otro olor que no identifico. Alguien ha podido estar allí, tal vez llevarse esa dichosa tarjeta o el móvil si es que el vampiro tenía uno.

No creo en las casualidades. Examino el camino y veo rastro de ruedas. Pueden ser o no de alguien. Pero en mitad de la nada, ¿quién se para sin alguna intención? Y, sobre todo, ¿qué es lo que buscaba ese vampiro en mi ciudad?

Con un mal presentimiento, me subo a la camioneta y vuelvo hacia la serrería, situada al borde del bosque de Redmont, donde enormes secuoyas crecen hacia lo más alto.

Desde tiempos inmemoriales, los Wade llegaron a un acuerdo con el gobierno del estado para mantener los bosques. Podían talar un pequeño porcentaje, a cambio de cuidar un parque de miles de hectáreas, donde cazamos y corremos libremente como lobos, como una especie protegida.

Yo fui uno de esos lobos que se iniciaron en el bosque. Cuando mi padre ya era demasiado viejo, me eligió sucesor, a pesar de ser uno de los más jóvenes de sus hijos. Los demás, aun a regañadientes, lo aceptaron. Ya llevo seis años de alfa, desde los dieciocho, y con cero contratiempos. Aunque si Ben muere, la paz que hemos tenido hasta ahora, sobre todo si esa cabezota no consiente en unirse a la manada, se irá a la mierda.

No tengo ni idea de cómo convencerla, porque siempre he sentido que le debía algo. Ella fue mi primera... hembra y no olvidé el momento. Ese horrible momento.

Doy un golpe en el volante, alterado por los recuerdos y giro el volante con fuerza. Aparco en la serrería y Jace sale a mi encuentro con una sonrisa en la boca. Así es él. Siempre feliz.

—¿Todo bien? Tienes mala cara.

—Un espía rojo ha venido por aquí. Remy me lo dijo.

—Ese vampiro sanguinario. ¿Seguro que era un espía? ¿O solo lo mató por placer?

—No fue él. Se lo encontró muerto, o eso dice, pero quiero que estés atento. Ve esta noche al Rubens. Me da que quieren algo de las hermanas.

—¿Y por qué no vas tú? Sé que...

—Jace —advierto con una mirada. Mi hermano se queda callado y se encoge de hombros.

—Claro, iré a tomarme una cerveza con un par de amigos. Echaré un vistazo a los alrededores. Pero Wayne, si crees que están en peligro, deberías decírselo a Holly. Ella...

—Ella lo sabe, ya la conoces. Hace lo que le da la gana.

Jace se echa a reír y coge los bultos de la camioneta con suma facilidad. Era tan alto como yo, quizá menos ancho, y su cabello es algo más claro además de no llevar barba, dice que tapa su perfecto rostro.

Me dirijo hacia las oficinas donde Tamika está arreglando los papeles diarios. Me dedica una sensual sonrisa, pero la ignoro. Entro al despacho y cierro la puerta de acceso, malhumorado. Ella llama enseguida, con un café humeante y especiado en la mano.

—Estás muy tenso. ¿Puedo ayudarte? —dice ella pasando la mano por su escote. Es una loba preciosa, de cabello y ojos claros con las suficientes curvas puestas en el lugar correcto. Tengo la tentación de follármela sobre la mesa, como otras veces, pero niego con la cabeza.

Doy un sorbo al café que parece reanimarme.

—No, Tam. Estoy liado.

—Te quito la preocupación en unos minutos —dice ella cerrando la puerta y sentándose en el

canto de la mesa. Se levanta la falda y puedo ver que no lleva ropa interior. El lobo y el deseo se despiertan de forma inmediata y me bajo la cremallera, sacando mi polla que ya está dura. Ella se arquea, para incitarme y entro de un golpe, sé que le gusta y yo... necesito un desahogo. Ella gime, se retuerce y se mueve, intenta besarme, pero la echo sobre la mesa y la tomo de las caderas, empujando con fuerza.

Aprieta sus pechos que salen de la camisa y veo sus pezones rosados que tantas veces he lamido con ganas. No esta. Solo quiero sentir un cuerpo aunque no sea el rostro que yo deseara ver. Empieza a contraerse, su orgasmo está muy cerca y mi polla se endurece, hasta que me dejo llevar, eso sí, guardando mi semilla. No quiero hacerlo.

Ella se retira, satisfecha y sin que pueda evitarlo, baja hasta mi polla y le da varios lengüetazos, tal vez quiera más, pero yo la aparto con suavidad y me la meto en el pantalón.

—¿A que estás mejor?

—Gracias —digo escuetamente. Ella baja la cabeza y se marcha del despacho, cerrando la puerta. Mi polla todavía está dura y lo sabe, porque de alguna forma, me siento insatisfecho. Supongo que es porque no me doy del todo, algo que ella sin duda querría.

Me centro en el trabajo y en la productividad del aserradero, tomó el café especiado y conforme pasa la mañana, mis niveles se calman hasta la normalidad. Jace viene a buscarme para comer y caminamos charlando hacia la sala donde algunos de los trabajadores ya toman sus raciones.

—¿Polvo mañanero? —pregunta Jace mirando a Tamika que se estira como una gata satisfecha.

—Algo. Hay que quitar tensiones.

—No te veo relajado, hermano. Tal vez deberías probar con otra mujer, puede que con Holly. Ella te gusta. Lo huelo.

—Vete a la mierda. ¿Alguna novedad?

—Está bien, hombre. Carlson ha estado en la zona norte con su cuadrilla y dice que alguien había acampado allí. Y no eran humanos.

—¿Lobos? Ya sabes que tu hermano mayor es muy alarmista.

—No lo sabe. Dice que era un olor extraño, pero posiblemente fuera viejo, tal vez de hace unos meses, quizá años. Me ha dicho que lo investigará cuando talen los árboles que corresponden.

—Bien.

Un joven lobo nos trae la comida y se retira con una leve inclinación. Comienzo a comer de buena gana y Jace se me queda mirando, serio, hasta que levanto la vista y espero que la suelte.

—Sabes que el peso del mundo no recae solo sobre ti, ¿verdad? Tienes hermanos en los que delegar tus preocupaciones.

—Soy el alfa, el peso de este mundo que nos rodea recae sobre mí, ¿recuerdas? Padre lo decidió.

—Sí, y desde entonces eres un auténtico coñazo, si me lo permites, señor alfa.

Sonríó levemente. Solo con mi hermano Jace me siento totalmente a gusto. Carlson, Howard y June son hijos de la primera esposa y nunca tuve la misma complicidad que con él.

—Ahora en serio, ¿qué tienen esas hermanas además de oler delicioso para que tengamos que protegerlas? Sé que padre le debía la vida a Ben, y que se comprometió a cuidarlas, pero él va a morir. El compromiso quedará resuelto.

—Y entonces ellas estarán en peligro. Padre nunca me dijo por qué, pero era importante cuidarlas, que no cayeran en manos de la corte roja, incluso de la negra. Si ellas están

desprotegidas, cualquiera podrá reclamarlas.

—Haz que se sometan a ti.

—Como si fuera tan fácil —bufo—, ella no quiere.

—¿Ni por salvar a sus hermanas?

—Es cabezota y bueno, no quiere... saber nada de mí.

—Algún día deberías contarme esa historia.

—Algún día, Jace. Si puedes convencerlas, me harás un favor. No quiero que lo que tanto tiempo llevamos protegiendo se vaya a la mierda. Me da que hay algo más.

—Claro, hablaré con Birdie, me cae bien. Aunque no te lo creas, todavía no me la he tirado. Es demasiado... no sé, delicada.

—Gracias. Y estate atento por si aparece algún otro de esos chupasangres rojos.

—Hecho.

Jace se levanta y se va para su sección, en el taller. Es muy habilidoso con las manos y capaz de desmontar cualquier pieza de la maquinaria con los ojos cerrados. Yo me voy hacia mi casa, la mansión Wade, dominio del alfa y cercana al aserradero, ya no tengo más ganas de trabajar.

Me despojo de la ropa y salgo en forma de lobo. Es un poco pronto y cabe la posibilidad de encontrarse con un excursionista, pero ya me cuidaré de no hacerlo. Quiero examinar esa zona norte, ese campamento que Carlson había comentado. Y sí, estoy asumiendo toda la responsabilidad sobre mis hombros, pero era algo que no puedo, o no quiero, evitar.

Capítulo 4. Demasiado dolor

El menú es sencillo, huevos, lomo, patatas, pimientos fritos y poca cosa más. Un solo tipo de ensalada y hamburguesas. Y a pesar de ello, el restaurante siempre está lleno. ¿Tiene que ver con ese olor que decía Wayne?

Él también huele demasiado bien a bosque, a tierra y desde luego, a sexo. Como alfa, es el ejemplar más grande y fuerte de toda la manada y su rostro, siempre serio a pesar de ser unos meses más joven que yo, impresiona incluso a humanos.

A mí, no. Vi su verdadero rostro, entregado, dulce y tímido, hace muchos años y no lo había olvidado. Por eso tal vez los demás me parecen insuficientes. Que un joven alfa haya sido el primero de mi lista deja a los demás a la altura del barro, a pesar de todo lo que ocurrió.

Sirvo las mesas con rapidez observando a los recién llegados. Como el café está a las afueras del pueblo, muchos camioneros aparkan allí para tomar un tentempié y seguir su ruta. Por eso, no me extraña ese tipo que lleva una camiseta de los Lakers negra y unos vaqueros desgastados. Es alto, fuerte sin ser fornido y su cabello luce despeinado, como si se acabase de levantar de la cama. Le sonrío cuando le llevo el plato combinado uno. (Solo tenemos dos), y también con el café.

No parece un lico, no huele a perro mojado, y desde luego no es un vampiro, porque estaría hecho cenizas sobre su mesa ya que acaba de salir el sol. Solo que.... Es algo. Algo desconocido. Y no saber algo me pone nerviosa, sobre todo porque mi tío, y ahora Wayne, me están convirtiendo en una paranoica.

—¿Más café?

—Sí, gracias —contesta él con una voz suave y modulada—, es un bonito pueblo.

—Sí, muy tranquilo. ¿Va de paso?

—En realidad, no. Soy escritor y ando buscando un lugar inspirador para mi última novela. ¿Puedes recomendarme un sitio donde alquilen habitaciones? Tal vez me quede un par de semanas.

—Sí, claro. Sobre la peluquería a dos manzanas de aquí tienes un hostel donde puedes reservar una habitación, es limpio y a buen precio. Pregunta por Enola.

—Me llamo William Carter, aunque mis amigos me llaman Bill.

—Muy bien, William —digo marcando distancias—, tienes varios restaurantes en la ciudad, un cine y todos los servicios que necesites, si vienes con buenas intenciones.

—Las tengo, señorita...

—Holly Rubens, dueña del local con mis hermanas.

Me vuelvo hacia la cocina. Mis tripas no me engañan cuando me gritan alerta, peligro con el tal señor Carter. El tipo se queda allí, con una libreta anotando lo que fuera, tal vez escribiendo, hasta que se hace la tarde y entra el pequeño de los Wade acompañado de dos de sus amigos. Casi bufo. Ellos no suelen venir casi nunca y ese día acudían los dos. Dudoso.

Birdie sale a saludar a Jace, tímida y él coquetea con ella. Acaban por sentarse en su lado y les lleva la carta, como si no supieran de memoria las cuatro cosas que tiene.

Les sirve tres jarras de cerveza. Desde donde estoy, capto la mirada que William dirige a Jace y no me gusta mucho. Cuando el lobo se levanta al baño, lo sigo.

—Jace —llamo y él se vuelve sonriendo.

—Dime, Holly. No estaba molestando a tu hermana.

—No es eso. Hay un tipo nuevo, un tal William Carter, que te ha mirado raro. Solo quiero que lo sepas. Dice que es escritor, pero no sé qué es realmente, ¿me entiendes?

—Lo he olido y sí, no queda claro qué es. Está enmascarado. Se lo diré a Wayne. Gracias por avisar.

Me encojo de hombros y dejo que el chico vaya al baño. La noche transcurre tranquila. El tal William se va antes de cerrar y nos quedamos limpiando el local.

—Deberíamos contratar a alguien, Holls —dice Mac sentándose en el banco del patio trasero, cuando ya hemos acabado—, alguien que nos ayude con la limpieza. Estoy agotada.

—Sí, creo que podríamos decirle a Winnie que nos eche una mano unas horas. Ella conoce el local y es buena chica. ¿Os parece bien?

—Sí, por favor —dice Birdie.

Se escuchan aullidos en el bosque y nos estremecemos.

—¿No os gustaría olvidaros de esta gente por un tiempo? —pregunto mirándolas

—Ben me dijo una vez que están en todas partes. Al menos a estos los conocemos —dice Birdie.

—Ojalá nunca hubiésemos sabido de su existencia —murmuro cerrando las puertas. Mac y Birdie viven en un apartamento con tío Ben y yo en el de al lado, mucho más pequeño, pero que me da cierta independencia, sobre todo, cuando quiero tener sexo.

Caminamos en silencio. La noche es fresca pero ha mejorado desde esta mañana. Solo una suave brisa propia de septiembre nos acompaña durante todo el camino. Yo llevo la mano en el bolsillo, agarrando mi navaja, mirándolo todo, mientras ellas comentan algo de una serie de televisión. Cuando llegamos al bloque de cuatro apartamentos en el que solo vivimos nosotras, la olemos. Sangre fresca y abundante.

Corremos hacia el segundo piso. La puerta está abierta y todo revuelto. Hay sillas tiradas en el suelo, y los cojines del sofá empapan la sangre que sale hasta la entrada.

—¡Tío Ben! —grito sacando la navaja. Me meto en su habitación y lo encuentro, sobre la cama, con el vientre desgarrado y una expresión de sufrimiento en el rostro. Sus manos están llenas de sangre. Tal vez ha luchado.

Salgo y no dejo que entren mis hermanas. A continuación, llamó a la oficina del sheriff, que también es un licántropo. Sin duda, uno de ellos ha asesinado a mi tío.

Salimos al pasillo y nos sentamos en el suelo, temblorosas, esperando a la policía que no tarda mucho. Las sirenas iluminan la silenciosa noche y con un esfuerzo sobrehumano me levanto del suelo. Llevo a mis hermanas a mi apartamento y espero que suba el sheriff.

No solo llega el sheriff Smith, su ayudante Thomas, sino también Wayne y Jace. El alfa me toma entre sus brazos, comprobando que esté bien. Jace entra en la casa con mis hermanas.

—Ha sido uno de los tuyos —escupo mirándolo acusadoramente.

—Voy a examinarlo. Quédate aquí.

Entra acompañado de la policía y está un buen rato, mientras me dejo caer en el suelo, apoyando la cabeza en las rodillas y temblando. ¿Quién ha sido tan cruel como para asesinarlo así?

Casi no siento como alguien me levanta del suelo y me lleva a mi apartamento con delicadeza. Tampoco cuando me acuestan en el sofá y me tapan con una manta.

Escucho a mis hermanas llorar, echadas en mi cama y acabo levantándome para acostarme junto a ellas. El sheriff se asoma y me mira, pero poco más tenemos que decir. No hemos tocado nada. Solo lo hemos encontrado así.

Nos echamos las tres, abrazadas y Thomas nos comenta que alguien se queda para vigilar. Solo queremos llorar. Hacía dieciocho años que perdimos a nuestra madre, nos quedamos a cargo de Ben y ahora lo han asesinado de una forma cruel y sádica.

Sigo sin dormir, pero ellas han caído agotadas. Salgo para ir al lavabo y noto una presencia en el salón. Jace se levanta del sofá.

—Soy yo. Wayne me ordenó que os cuidara.

—¿Ha sido uno de los vuestros? —pregunto con dureza.

—Mi hermano ha buscado pistas. Parece que sí, que ha sido un lico, pero hay algo que no le cuadra. Por eso se ha ido con la policía a buscar al asesino. Pensamos que no estará lejos.

—¿Quién haría daño a alguien como Ben? Jamás hizo nada malo.

—Supongo que el que va tras vosotras —dice Jace con dureza—. Tienes que tomar una decisión y sé que no te gusta, pero si alguien es capaz de hacerle eso a tu tío, imagínate a vosotras.

—No digas eso, maldita sea —contesto apoyando la cabeza en la ventana.

—Solo sé que mi hermano es un alfa competente, y que someteros a él no es que tengas que acostarte con él. Estarías bajo su protección.

—No le sirvió nada a mi tío —me vuelvo con mirada fiera—, así que no, no quiero nada de vosotros. Me las arreglaré.

—Solo espero que no te arrepientas, tus hermanas no son como tú.

—Vete a la mierda, Jace. Sois todos iguales.

Jace se retira a la puerta y salgo al balconcito que tenemos, mirando al bosque de Redmont. Mi tío Ben había comprado ese bloque de apartamentos porque estaba muy cerca del bosque y podía salir a corretear, según decía, una vez que descubrimos lo que era.

Todavía recordaba la impresión que le dio cuando, desde el balcón lo vieron convertirse. Sus hermanas comenzaron a chillar y el lobo se giró hacia nosotras. De inmediato volvió a ser mi tío. Corrí a cerrar las puertas y ventanas para que no entrara. Solo tenía once años. Ben consiguió acceder a la vivienda y se puso unos pantalones. Nos tranquilizó y explicó lo que era. Estuvimos aterrorizadas durante semanas, hasta que comprendimos que él sería incapaz de dañarnos, porque si hubiera querido, ya lo habría hecho.

Escucho un ruido tras de mí y no quiero ni volverme, porque sé a quién corresponde. Su olor es único y yo lo conozco bien.

—¿Has encontrado algo? —pregunto sin volverme.

—No. La pista nos llevó al centro del bosque y luego se volatilizó. Mañana seguiremos buscando.

—Mañana el asesino de mi tío puede estar a millas de distancia.

—No estoy seguro de que fuera un lobo.

—Porque tú lo digas —digo volviéndose. Wayne lleva solo un pantalón corto y la piel de su ancho pecho está sudada. Las gotas caen por su abdomen perfecto, serpenteado por su ligero vello hasta la parte más inferior, donde se marca su musculatura inguinal. Respira agitado y en sus ojos hay una auténtica preocupación. Me giro de nuevo—. Dejados en paz. Sois una pesadilla para mi familia.

Él se retira en silencio y cierra la puerta. Jace se queda dentro, mirándome molesto, pero sale también y noto sus susurros tras la puerta. Imaginaba que se quedaría de guardia. Veo a Wayne convertirse de nuevo en lobo y salir corriendo hacia el bosque. Nos han quitado todo, ¿y pretende que me someta?

Me echo en el sofá, mirando las estrellas por la ventana. Poco a poco, me quedo dormida, hasta que la pesadilla me despierta. Sueño que corro por el bosque, perseguida por un animal salvaje hasta que me arranca el corazón. Una preciosa pesadilla.

Birdie me pone una taza de café delante de la cara. Mac está sentada en el suelo del balcón,

abrazando sus rodillas. Jace toma café en un lado del salón, sin perdernos de vista.

—Tenemos que ir... a la oficina del sheriff, Holly.

—Está bien, me daré una ducha y vamos.

Me meto dentro del baño e intento que el agua caliente se lleve el dolor, pero no lo consigo. Me seco con la toalla, trenzo la larga melena y me visto. Mis hermanas se han puesto ropa de la mía, no quieren ni entrar en el otro apartamento. Las tres, de la mano y acompañadas por Jace, caminamos hacia la comisaría, que no está muy lejos.

Poco podemos decir al sheriff, y desde luego, no íbamos a hablarle de sus temores o preocupaciones. El cuerpo de mi tío irá a la sala de autopsias y en un par de días podremos enterrarlo.

—No deberíais abrir el café —dice Jace al ver que nos dirigimos hacia el lugar. Me vuelvo enfadada.

—No vamos a abrirlo. Solo estaremos allí. Puedes irte a darle el parte a tu hermanito.

—Holly, no seas así —riñe Birdie.

—¿Qué no? Un licántropo ha asesinado a Ben. No quiero nada de ellos.

—No lo sabemos, Holls —dice Mac.

Me adelanto y abro el local. Ese día no hay nadie esperando. Tal vez todos sepan lo que ha pasado. Mis hermanas y Jace entran y volvemos a echar las persianas. El joven se sienta en una de las mesas y Birdie se pone a hacer café.

Me voy al despacho y me encierro allí. De alguna forma, me siento a salvo. Miro los papeles, las facturas, solo por hacer algo y encuentro debajo de la agenda un sobre. Con la letra de mi tío.

Lo abro, nerviosa, hay una breve misiva con la letra apresurada y temblorosa de mi tío.

Querida Holls, sé que no me queda mucho de vida, no solo porque mi enfermedad ha avanzado, sino porque alguien me ha estado vigilando, al igual que a vosotras. Sé que no quieres someterte, pero es la única forma de mantener a tus hermanas a salvo. Te lo suplico. Tal vez más adelante puedas desligarte de Wayne, pero es un buen hombre. Confío en él. Puede que sea de los pocos en los que realmente son fiables. Hubiera querido explicarte muchas más cosas, sobre todo de tu madre y por qué os dejó. Sí. Creo que no está muerta, pero se fue para que no estuviérais en peligro. Encuentra sus diarios. Sé que los escondió en algún sitio, aunque nunca pude encontrarlos. De lo que no debes tener duda es que tanto ella como yo os amábamos a las tres como si fueseis nuestras hijas. Cuida de tus hermanas, eres sin duda la más fuerte. Ellas no sobrevivirán sin ti. Con todo mi amor, tu tío Ben.

—¿Cómo? —grito. Jace entra deprisa y al ver que sostengo el papel, me la arrebató de la mano. Intento quitárselo, pero él lo levanta en alto para leerla, fuera de mi alcance. Entonces le doy un rodillazo en las pelotas, que le hace agacharse, jurando. Sus ojos se vuelven ligeramente amarillentos. Sin miedo alguno, le quito la carta y le doy un bofetón.

—Mujer, podría arrancarte la cabeza por esto —gruñe él.

—No has debido leerla, cabrón, era personal.

—Era necesario —dice Jace incorporándose y poniéndose las pelotas en su sitio—. Si tu tío sospechaba que le seguían, ¿por qué no se lo dijo a Wayne?

—Porque sois unos putos psicópatas. ¡Lárgate!

Jace sale murmurando y me siento en la mesa, volviendo a releer la carta. ¿Por qué no le había dicho nada? ¿Qué significaba que ellos no eran sus padres? ¿Y... ella estaba viva?

Tengo tantas ganas de llorar que solo puedo apretar los puños en mis sienes, respirando agitadamente, completamente trastornada. Me levanto, deseando golpear algo, cuando alguien me abraza. Golpeo su costado con fuerza. Él encaja todos los golpes, uno tras otro. Jace se

encontrará dolorido, porque le estoy dando con toda su rabia. Al final, acabo llorando y él acaricia mi cuello tenso.

—Vamos, Holly, tranquila.

Me doy cuenta de que no es Jace sino su hermano y me apartó con brusquedad. Sus ojos me buscan pero yo aparto la vista.

—Me ha contado mi hermano. Debemos hacer la ceremonia ya. O quizá vengan a por tus hermanas... y a por ti.

—No, Wayne. No quiero. No. Nos iremos de aquí.

Él me toma de los hombros con brusquedad.

—¿Crees que vas a estar a salvo en otra ciudad, con otros licántropos? ¿O mejor con vampiros? Ellos os dejarán secas.

—¿Y tú qué quieres? ¿Por qué lo haces?

—Es distinto. Lo mío es una deuda de sangre. Lo haré porque se lo debo a Ben. No te estoy pidiendo nada que tú no quieras dar, Holly. Lo sabes.

—Alguien asesinó a mi tío estando bajo tu protección. ¿De verdad crees que serviría de algo? —digo dolida. Él pareció atormentado.

—No te volveré a fallar, te lo juro.

—A la mierda tus juramentos, Wayne. Vete. Me lo pensaré.

Él sale del despacho y me siento en la silla, volviendo a mirar la carta. Si encontrase los diarios de mi madre, o de la que pensaba que era mi madre, tal vez sabrían por qué querían asesinarlas. Aunque si Ben no los había encontrado, ¿cómo lo haría ella?

Birdie y Mac entran de la mano. Ella les tiende la carta.

—¿Qué opináis? No quiero tomar una decisión sin que vosotras estéis de acuerdo.

Ambas se miran durante un rato y releen la carta varias veces, sin comprender por qué Ben nos ha ocultado información tan importante.

—Quería mucho a tío Ben —empieza a decir Birdie—, pero estoy enfadada porque no nos contara nada de nuestro pasado. A pesar de ello, confío en los Wade y no quiero morir. Voto por someternos a la manada.

Mac nos mira y luego asiente.

—Sabéis lo que significa, ¿verdad? —insisto. Ellas se encogieron de hombros.

—Wayne es un tío legal, y Jace también. No van a pedirnos algo que no queramos, Holly —dice Birdie.

—Deberíamos aceptar —comenta Mac. Su rostro extremadamente pálido contrastaba con el moratón que todavía llevaba en el ojo.

—Está bien. Lo haré. Maldita sea. Lo haré.

Capítulo 5. Wayne y la manada

Siento una leve excitación, quiero pensar que es la normal de cuando incorporo a alguien a la manada, pero en el fondo sé que no. Holly me envió un escueto mensaje al móvil, con una palabra. Acepto.

Yo le contesté con tres palabras más: en dos días. Así que debo reunir al consejo de mi manada, algo que es un simple trámite, pues las muchachas están prácticamente dentro por Ben. Los más ancianos siguen agradecidos al exmilitar, y no van a ponerle pegos. Tras la reunión, me quedo a solas con mi familia. Mi hermano Carlson acepta sin problemas, igual que sé que Jace lo hará. June y Howard, sin embargo, se ponen en contra.

—¿Tres muchachas humanas o lo que sean? No sé, Wayne. Creo que te has enchochado con ellas —dijo June—, es cierto que huelen de forma especial, pero no sé, tíratelas y déjalo ya. Nos traerán complicaciones.

—La voluntad de padre era esa —dijo Wayne—, y ahora es la mía. Acéptala o vete.

—¿Echarías a tu propia hermana por ellas? —pregunta con desdén.

—Echaría a mi propia hermana si no acatara mis órdenes.

—¿Y qué pasará cuando ellas no las acaten? —preguntó Howard—, no comprenden la jerarquía de la manada. Esa tal Holly te lo pondrá difícil.

—Lo sé, pero no hay más que hablar. En dos días haremos la ceremonia y punto.

Mi voz de alfa hace que los demás agachen la cabeza y se retiren. He heredado la gran casa de su padre, donde solo vivo con Jace. Los demás tienen sus propias mansiones en el enorme terreno familiar. Carlson vive con su esposa y sus dos hijos y mis hermanos tienen relaciones esporádicas. No somos una familia al uso, tal vez porque todavía no he decidido unirme a ninguna loba, procrear y dar continuidad. Pero tal vez alguno de los hijos de su hermano pueda seguir sus pasos. Son dos niños pequeños, de menos de diez años, solo tengo que esperar que crezcan lo suficiente para convertirse en alfas.

—¿Has dejado vigilancia? —pregunto a Jace, que llega en ese momento, aunque sé que lo habrá hecho.

—Sí, a Tyron y Emmet. No las perderán de vista. ¿Qué está pasando, Wayne? ¿Llegaste a oler algo extraño?

—Sí. Cuando llegué a la zona norte, vi que Carlson tenía razón. Había un campamento antiguo, de vampiros rojos, pero parecía abandonado. Ben parecía haber sido atacado por un licántropo, pero las huellas de las zarpas eran más finas. Muy precisas. Sabes que cuando atacamos, no somos tan delicados.

—¿Un vampiro?

—La autopsia nos dirá, pero la forma de la garra era la de un lico. Es muy confuso.

—Entonces, sin duda van a por ellas. Quitando a Ben de en medio, ellas quedan desprotegidas.

—Eso es. Por eso, estos dos días hasta la luna llena debemos cuidarlas con nuestra vida. Sé que hay algo en ellas distinto. Padre lo sabía.

—Ellas parecen desconocer su origen. Holly estaba en shock con esa carta.

—Lo sé, recibí buenos puñetazos en el higadillo por su parte —suspiro Wayne—, y te digo una cosa, la fuerza que tiene no es humana. Es algo más, sin duda, aunque no sé qué. Casi me deja sin aliento.

—Lo sé, recibí un rodillazo en las pelotas. Menos mal que pude girarme porque si no me hubiera dejado inútil. ¿Has probado... su sangre? Puede que tenga alguna pista sobre lo que es.

—No lo haría. Es una intromisión.

—Si las vamos a proteger, al menos deberíamos saber qué son. Yo diría que las tres son diferentes entre sí, aunque ni puta idea.

—Iremos viendo. Ve a rondar el bosque, llévate a alguien contigo, si hay un animal suelto, todos podemos estar en peligro.

—¿Crees que la corte roja está aquí?

—El tipo que vio Remy pertenecía a ella. Yo creo que nunca se fueron, en realidad.

Me despido de mi hermano y bajo al sótano donde guardamos muchos de los trastos que a lo largo de los cientos de años que llevamos en la casa familiar hemos acumulado. También hay una enorme caja fuerte donde protejo los documentos más importantes sobre la propiedad de la casa, los contratos de los bosques y el dinero o pagarés que mi padre me ha legado. Dispongo de oro y joyas, que guardo por si en algún momento necesitamos ese dinero. La abro con la combinación que solo Jace y yo conocemos y me quedo pensativo.

En un lado, envueltos en una tela de lino, están los diarios de Claire Rubens que mi padre había escondido, cuando era solo un niño. Los miro, pensando en si debería leerlos, o dárselos a Holly, pero no me decido. Vuelvo a dejarlos de nuevo, pero un colgante se cae al suelo. Es una piedra negra, con brillos azules, como la que llevan las tres chicas. La toco. Está helada al tacto y me siento algo mareado, como si me quedara sin fuerzas. Dejo todo en el mismo lugar, cierro el armario con la combinación y salgo del sótano. Tal vez en otro momento podría dárselos, cuando ella esté en mi manada. Seguramente así podría evitar que haga cualquier estupidez. Aunque ella, sin duda, tiene poco de estúpida, pero mucho de impulsiva.

Subo al piso de arriba. Tamika me espera sentada en el sofá. Sus largas piernas enfundadas en botas altas con tacones se balancean impacientes. Lleva una falda muy corta que solo le cubre las caderas y habla con Howard, tomando una copa de vino. Él se la come con la mirada.

—¿Qué? —digo impaciente. No tengo ganas de verla.

—He venido por si necesitas algo —contesta ella abriéndose de piernas. Siento el olor picante de su sexo y mi hermano se remueve en el sofá. Sin duda ya está empalmado.

—No necesito nada por hoy, Tam. Estoy muy ocupado.

—Ya me ha dicho Howard que vais a aceptar a esas tres en la manada. Jamás cuestionaría tu liderazgo, Wayne, pero ¿qué pintan ellas si no son licos? No lo entiendo.

Me vuelvo hacia ella, con el rostro congestionado.

—Exacto. No tienes por qué entenderlo. Jamás cuestionas mi liderazgo. Márchate.

—Si no te importa, Wayne, yo... —dijo Howard. Me encogió de hombros y la muchacha se levanta para ponerse sobre mi hermano y moverse sensualmente. Si piensa que me va a poner celoso, está muy confundida.

Me marcho hacia la cocina mientras escucho los gruñidos de mi hermano. Él es bastante más bajo que yo, aunque el más fornido de todos, y nunca se planteó retarme para ser alfa, aunque sin duda, lo ambicionaba. Escucho y huelo los sonidos del sexo y, aunque he participado y compartido a Tam con otros machos, gozando de su cuerpo complaciente, esta vez no tengo ninguna gana.

Me pongo un sándwich y salgo a la terraza. Jace llega entonces.

—Howard está follando con Tam en tu sofá. ¿Lo sabes?

—Ya. Me da igual.

—Vale. He ido a hablar con Tyron y Emmet, todo bien. También di una vuelta por las afueras del pueblo. Es difícil controlar a todos los forasteros y revisé bien los camiones. No encontré nada del otro mundo, ni rastro de vampiros aparte de los que viven en Eureka.

—¿Y de otros seres? Papá decía que algún día saldrían a la luz y deberíamos temblar.

—Eran cuentos de terror de nuestro padre. ¿No crees que si existiera algo más que los vampiros o los híbridos nos habríamos dado cuenta? Nuestro olfato es muy potente y la corte negra hubiera avisado. Son nuestros aliados.

—De momento. Nunca confíes en un vampiro, Jace.

—Se me ocurre que podría ir a hablar con tía Misia para intentar sonsacarle información. Sabes que me adora.

—Prueba. No sé a qué viene tanto secretismo. Lo oculto nos hace débiles. Pregúntale si te deja echar un vistazo en su biblioteca. Tal vez encuentres algo.

—Iré lo antes posible. Y, Wayne, creo que es algo bueno que ellas estén en la manada. Quiero decir algo ventajoso para nosotros, no solo para las tres hermanas.

—Yo también pienso igual, aunque...

—Tú piensas con la polla. Sé que Holly te gusta.

—Vete a la mierda, Jace.

—Si es que tenéis una tensión no resuelta que da risa veros.

—Se resolvió hace tiempo y se acabó. No hay más que hablar.

—Está bien, mi señor. Me callaré la boca. Pero oye, ella es como tú, ¿sabes? Solo quiere mantener a salvo a su familia.

Asiento, convencido de ello y Jace se va saltando la valla hacia la casa de tía Misia. Ella vive en una especie de torre de piedra de cientos de años de antigüedad, pegada al bosque y no deja entrar a casi nadie, solo a mí porque soy el alfa, a Jace y a veces, a June. Es la depositaria de todo el conocimiento de la familia Wade, de tratados antiguos y libros que solo de mirarlos parecen deshacerse. Su trabajo, a pesar de su edad, es transcribir los libros más antiguos a nuevos tomos para que no se pierdan, aunque nadie puede verlos si ella no da permiso.

Veo de reojo que Tamika se va de la casa, ajustándose la falda y abrochando su blusa, sin sujetador. El olor a sexo consumado invade mis fosas nasales. Howard se marcha, feliz de la vida. Sé que está colado por Tam, aunque ella jamás lo tomaría como pareja. No es el alfa y ella es ambiciosa. Me quiere a mí. Pero yo jamás la marcaré ni le daré mi semilla. Lo tengo claro.

Capítulo 6. El entierro

Ese día enterramos a tío Ben. La autopsia no ha revelado mucho. Garras afiladas, no hay heridas de defensa y no se convirtió. Hacía muchos años que no lo hacía. Tal vez le fuera imposible.

Las tres, vestidas de negro, nos colocamos delante del féretro mientras el sacerdote, un lico de avanzada edad, reza por el alma de nuestro tío. Hay más de una veintena de personas, entre vecinos y clientes habituales. También todos los Wade. Wayne lleva un elegante traje oscuro, con corbata negra que ajusta a sus anchas espaldas. Se ve peinado, con el cabello húmedo y Jace, a su lado, lleva un traje similar.

Me ajusto las gafas negras para ocultar mis ojos rojos. El cementerio antiguo de Eureka, donde tío Ben tenía un lugar reservado, está muy bien cuidado, con el césped cortado y las lápidas ordenadas, con diferentes estatuas. Ben quiso una sencilla losa, con un ángel esculpido. Por lo visto, ya tenía pagados todos los gastos, incluso el entierro. Solo faltó poner la última fecha. Me remuevo incómoda. Los tacones se hunden en la tierra y empiezo a sentirme cansada.

Cansada de la vida, del trabajo, de las circunstancias. ¿Dónde demonios está mi madre y por qué se fue, dejándonos atrás? Si es que era nuestra madre, que tampoco parece claro. Aprieto mi pequeño bolso negro, donde llevo la navaja que me regaló Ben en mi doceavo cumpleaños. «Aprende a usarla, aprende a defenderte y nunca tendrás miedo», me había dicho. Pero sí tengo miedo, miedo a perder a mis hermanas. Por eso, he accedido a cualquier cosa. Miro de reojo a Wayne. Su perfil recto, su mandíbula firme, una ligera sombra de barba y marcadas ojeras. Es muy atractivo, sin duda, pero no para mí. Él se gira y sus ojos parecen traspasarme hasta que desvío la vista hacia Birdie, que no para de llorar.

Por fin, bajan el ataúd y echan la tierra. Uno a uno, van pasando para darnos el pésame. Incluso los hermanos mayores de Wayne. Conozco a Carlson y a su esposa, que son amables, Howard me parece un cretino y June... no sé, creo que nos odia. De ahí iremos al café, donde celebraremos la vida de Ben con abundante comida. Algo que, sin duda, a él le habría gustado.

Nos montamos en mi coche y aparcamos detrás. Irán acudiendo vecinos y amigos, sobre todo de Ben, porque se podría decir que era el más amable y cordial de todos nuestros conocidos. Pero no quiero pensar en ello, porque si no, gritaré y lloraré hasta quedarme seca.

Encendemos la cafetera y Birdie saca una empanada cortada en trozos. Poco a poco, los vecinos van trayendo platos con comida y los dejan sobre las mesas. Salgo al patio a encenderme un cigarrillo. Necesito estar sola.

—No deberías fumar —dice Wayne acercándose y sentándose al lado.

—¿Me lo ordenas como futuro alfa?

—Joder, Holls, no me lo pongas difícil. Solo quiero ayudaros.

—No me llames Holls, perdiste ese derecho hace tiempo.

—Está bien. Veo que no vas a contribuir en nada. No te molestaré más.

Se levanta y lo paro. Él me mira intensamente.

—Lo siento, Wayne. Sé que te la juegas al aceptarnos. Gracias.

—Vaya, es la primera palabra amable que escucho de tu boca en años —dice él suspirando.

—No te acostumbres.

—Siento mucho...

—No remuevas el pasado. Eso está olvidado.

—Es que lo siento de verdad, Holly. Te lo juro.

—Me da igual.

Apago el cigarrillo y tomo la botella de cerveza dándole un buen trago. Wayne me la quita y bebe de ella.

—No es un buen día para emborracharte. Podrías hacer alguna estupidez.

—No soportaré que te comportes así con nosotras. Estoy dispuesta a tragar que tenga que acatar tus órdenes.... Alguna vez, pero déjate ese tono paternalista de mierda conmigo, alfa. Déjame en paz.

Él se gira y entra al salón, enfadado. Birdie sale con un par de cervezas y un plato con comida. Mac viene tras ella y las tres nos sentamos en la mesa, picando algo de comer, en silencio.

—Mañana es... —dice Mac mirándome. Me encojo de hombros.

—Por mucho que pertenezcamos a su manada, no estáis obligadas a hacer nada con ellos, sobre todo de tipo sexual, ¿queda claro? —digo. Ellas asienten—. Sinceramente no veo otra opción.

—No te preocupes —dice Birdie—, está bien. Deja que otros se ocupen de nosotras. Hasta ahora siempre nos has cuidado y Wayne es un tío fuerte, todos le temen. Él nos protegerá.

—Supongo.

Nos quedamos un tiempo hablando y luego las dos pequeñas me dejan sola, pensando. La puerta del jardín se mueve y ella busco mi navaja. Alguien está llamando.

—¿Quién va?

—Hola, soy Bill Carter, me he enterado de tu pérdida y quería darte el pésame. ¿Puedo entrar?

Me levanto y voy a abrir la puerta. El tipo lleva un jersey negro, vaqueros y tenía el rostro serio.

—Pasa. Sí, mi tío ha muerto.

—Asesinado, ¿no es así?

—Sí —levanto la vista y lo miro a la cara. Parece preocupado—. ¿Sabes algo? Si es así, dímelo.

—Solo sé que tu tío ha sido asesinado por un licos y que ellos quieren que os unáis a la manada. Ha sido a propósito.

—¿Y tú qué sabes?

Él se remueve incómodo.

—No llegué a Eureka por casualidad. Buscaba a tu tío, pero no llegué a poder hablar con él.

—¿Por qué lo buscabas? Me resulta sospechoso —digo apartándome. Sigo apretando la navaja en mi bolsillo.

—No. Él me llamó. Me dijo que temía por vosotras y que necesitaba que viniera a protegeros. A protegeros de los licántropos.

—Mi tío era un licántropo. ¿Por qué iba a desconfiar? Además, él me dejó una carta en la que... no tengo por qué darte explicaciones.

—Déjame enseñarte la que me envió a mí. Por favor.

Saca un papel doblado de su cartera y me lo muestra.

Bill, ven lo antes posible. Temo por ellas. Todos desean su sangre, por eso confío en ti. Sálvalas. Ben.

—Podrías haberlo falsificado.

—¿Para qué? ¿No lo ves? Esos licántropos os quieren dentro de la manada, quieren vuestra sangre a toda costa.

—¿Por qué, Bill? ¿Qué tiene nuestra sangre?

—Sois una especie rara de sangre impura, Holly. Y todos la desean.

—No entiendo.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Quién es este? —Wayne se acerca a Bill, que se pone de pie. No es tan alto ni fuerte, pero le planta cara.

—Un conocido. Ha venido a darme el pésame. No te comportes como un gorila furioso.

—¿Desde cuándo estás aquí? —dice olisqueándolo—. Eres humano, o casi humano. ¿Qué buscas?

—Me voy ya. Recuerda, Holly.

Sale del jardín y me encaro al alfa.

—Que sea la última vez que te metes por medio de cualquier conversación que tenga, ¿has oído? Eres imposible, Wayne. Me estoy replanteando todo.

—¿Y quién te protegerá? ¿Ese humano? Le partiría el cuello con un solo gesto —dice mostrando sus enormes manos. Sus ojos empiezan a ponerse amarillos.

—No se trata solo de partir cuellos, Wayne, pero supongo que no lo entiendes.

Se va dentro y poco a poco, despedimos a los conocidos. Cerramos el café y tiramos la comida sobrante a la basura. Mañana volveremos a abrir, porque la vida tiene que seguir, así que nos marchamos al piso a dormir. Mis hermanas todavía no quieren estar en su casa, así que se acuestan en mi dormitorio, mientras salgo al balcón a fumar, todavía enfadada con Wayne. Desde allí puedo ver unos ojos brillantes en la linde del bosque, no sé si son de Jace o de él, pero sí que me hacen sentirme un poco más segura.

Tomo la navaja y me pincho en un dedo. Una gota de sangre se desliza por mi falange hasta la palma. ¿Qué ocurre conmigo? Escucho aullidos de dolor en el bosque y me meto rápido dentro de la casa. Cierro todas las puertas y ventanas, aunque si un licántropo salta contra ellas no lo pararía. Siento que la verdad circula por mis venas. Estamos totalmente al descubierto, solas y solo dependemos de que ese licántropo tenga a bien protegernos de cualquier amenaza.

Capítulo 7. Wayne. Sangre

Su sangre canta en sus venas para mí. Cuando la he oído, he tenido que agarrarme a la tierra, correr lejos, alejarme de ella, porque es algo irrefrenable. Me domina y no me había dado cuenta hasta qué punto. ¿Cómo puede ser posible?

Mi madre me dijo una vez que cuando conoció a mi padre su sangre la llamó, pero no creía que eso me ocurriese y menos con una humana. Si es que ella lo es.

Aúllo, desesperado por aguantar esa llamada, hasta que Jace se une a mí, preocupado. Cuando somos lobos, podemos comunicarnos de forma primitiva, pero he sentido su angustia.

«Estoy bien», repito en su cabeza, pero cuando me alejo hacia la montaña, para perderme en la niebla, mi hermano me sigue. Mi pelaje es casi negro, me confundo con las sombras de la noche, solo tengo el pecho algo más gris, mientras que Jace es un lobo castaño, vetado con tonos dorados, de líneas elegantes. Mis zarpas son grandes y robustas, las de mi hermano ágiles. Es un buen lugarteniente para un alfa, sin duda.

Acabamos en la cima de la colina. Desde allí se ve el bosque de secuoyas y parte del lago. Jace se transforma en hombre y se sienta, desnudo, en una roca, donde hemos subido muchas veces. Me mira y acabo cambiando también.

—¿Qué te pasa, hombre? Parecía que te estaban matando. Menos mal que solo yo estaba cerca.

—Nada. Solo... es su sangre, Jace. Tiene algo.

—Fóllatela de una vez, hombre. De verdad.

—No querrás que la someta, que la obligue.

—No es eso. Pero te van a explotar los huevos, por mucho que te tires a Tamika. No la vas a preñar, por mucho que dejes tu semilla. Con tal de que no la marques...

—No sé qué pensar. ¿Y ese tipo? ¿Quién es?

—Lo investigué. Es un tal William Carter, es escritor y huele a algo, pero a lo mejor solo es alguien con antecedentes familiares. Sabes que muchos habitantes de Eureka lo son.

—No me gusta.

—Estás celoso. Ella te gusta aunque no sepa qué le hiciste... hubo y hay algo.

—Ya basta. La forcé. La forcé cuando me convertí. Sabes lo salidos que estamos la primera vez y... la vi y yo...

—¿La violaste?

Me giro hacia la colina con los hombros caídos.

—Ella pareció acceder, pero no sé, no recuerdo bien, solo sé que de repente estaba corriéndome dentro de ella. Horrorizado, me largué corriendo. Tenía catorce, supongo que era un idiota.

—¿Lo llegasteis a hablar?

—No. Jamás. Por eso no me acercaré nunca a ella. Ya le hice bastante daño.

—No digo que sea justificable, pero eras un crío salido que acababa de transformarse en un licántropo. Te cegaron las hormonas. Yo me tiré a la profesora de cuarto.

—Ella era virgen, no... se merecía eso.

—Por eso tal vez deberías hablarlo con ella.

—Me odia, ¿no lo ves?

—No sé yo. A veces te ha mirado. Hoy en el funeral, por ejemplo. Las cosas se solucionan hablando, o follando, claro, eso tú mismo.

—Animal —digo con una pequeña sonrisa. Jace se levanta y temblando, hace aparecer su lobo. Con un ladrido alegre, echa a correr. Me convierto y lo sigo, tal vez... podría intentar hablar del tema con ella, aclararlo.

Más tranquilo, me acerco a su casa. Las luces están apagadas. Siento la respiración de las tres muchachas y después de recorrer el perímetro, me marchó de allí.

Me acuesto en la cama, solo, pensando en ella. Intentando recordar lo que pasó aquella noche. Mi padre celebró la ceremonia de la transformación con varios lobos de la manada. Debíamos correr por el bosque, por donde había varias mujeres que se prestaron voluntarias para acoger en su cuerpo a los jóvenes cachorros. Es nuestra ceremonia del paso a adulto. Yo nunca había hecho nada que no fuera darme placer. Cuando me convertí en lobo, corrí con fuerza, saboreando la libertad, dando grandes zancadas que me llevaron al restaurante de la familia de Holly. Siempre me había gustado, aunque era unos meses mayor que yo, ya tenía unas curvas muy apetecibles y más de una noche había soñado con ella. De repente, estaba en su patio, desnudo y empalmado. Ella abrió los ojos y la boca y supe que quería poseerla.

No recordaba bien cómo llegué allí, pero sí que estaba sobre ella, que me introduje con fuerza, que ella se mordió el labio y que tras varios movimientos, me corrí dentro. Escuché un ruido y salí deprisa, saltando por la valla.

Miro mi miembro abultado. Hace días que no se me ponía tan duro y empiezo a moverlo con ganas, quitándome la sábana de encima. Mi verga está muy hinchada hasta doler y tengo que levantarme a la ducha, dejar correr el agua encima, pero no se calma. Muevo con rapidez arriba y abajo, con toda mi rapidez y fuerza, gimiendo de placer, sintiendo que voy a explotar, con todas las consecuencias, dejando que toda mi semilla, esa que llevo reteniendo durante años, salga, llevándome al éxtasis, solo pensando en sus ojos, en sus labios, en su cuerpo. Vuelvo a correrme, algo menos fuerte, y acabo apoyándome en la pared, agotado. Todavía sigo endurecido, pero es algo que ya puedo controlar.

Agitado, limpio la pared de mi espesa semilla desperdiciada. Los alfa tenemos un deber y es guardarla para la hembra indicada. Durante años lo he conseguido y ese día, solo con un pensamiento sobre ella, todo mi entrenamiento se ha ido al garete.

—Es cuestión de volver a empezar —me digo mientras me seco con una toalla. Más tranquilo, me echo encima de la cama. Tal vez no es bueno retenerse tanto. Y, de todas formas, no deseo dejar preñada a nadie, no, para nada.

Capítulo 8. El día de la manada

Jace se acerca a vernos y nos da tres túnicas blancas que han visto muchas iniciaciones, aunque están limpias. La mía me queda un poco corta, hasta la rodilla, pero mis hermanas parecen angelitos. Nos trenzamos las unas a las otras el cabello oscuro y nos ponemos las deportivas. La noche está bastante fría y encima llevamos los anoraks.

La ceremonia será en un claro del bosque, donde se encontraba la secuoya más antigua de todo el lugar, con cientos de años de vida y que ha creado un círculo natural con sus raíces. Toda la manada Wade está invitada, aunque no es obligatorio ir, como nos explicó Jace al darnos las túnicas. Sin embargo, es la primera vez que aceptan a humanas, por lo que el espectáculo podría atraer a más licos. Estupendo.

Conduzco hasta la linde del bosque y Jace nos sigue montado en su quad. Mis hermanas bajan nerviosas del coche y seguimos al licántropo, que solo lleva un pantalón corto, como si fuera puro verano.

—¿En qué consiste? Deberíais decirnos algo —insisto ya que el tipo no ha soltado prenda.

—Solo digo que no os asustéis. Solemos entrar en algo similar a una fiebre lobuna —dice sonriendo—, y la mayoría se convierte. Vais a ver muchos culos peludos.

Mac y Birdie se echan a reír, pero yo frunzo el ceño.

—¿Estás seguro de que no estaremos en peligro? Con tantos perros salvajes.

—Te aconsejo que no nos llames perros, no nos gusta —dice él—. Y una vez Wayne os acepte, seréis parte de la manada, nadie os dañaría. Es la ley.

—Ya, como a Ben —contesto enfadada. El lobo se pone serio.

—No sé qué le pasó a tu tío, pero sin duda no fue alguien de la manada. Estaba bajo nuestra protección.

—Entonces, ¿hay otros perr... lobos por aquí cerca?

—Siempre hay gente de paso. Lobos, vampiros, un poco de todo. Eureka es un lugar que atrae, los bosques son estupendos para correr o cazar y la ciudad está a pocas horas de San Francisco.

—Bueno, Jace, entonces, ¿seremos como hermanos? —dice Birdie sonriendo tímida.

—Eso nunca —contesta él devolviéndole la sonrisa—. La manada solo es un grupo y aunque vosotras no tenéis que participar, los lobos somos bastante dados a follar entre nosotros, a todas horas y siempre que se pueda.

Ella se retira sonrojada y él sonrío, adelantándose. Ya empezamos a encontrarnos a los licántropos de la ciudad, incluido Joe, que me saluda tímidamente, consiguiendo que resople frustrada. Puede que se sienta con más ánimo de volver a pedirme que salga con él.

Nos hacen un pasillo y las tres pasamos al centro del bosque, donde Wayne ya está allí, vestido solo con un pantalón vaquero y sin camiseta. Aguanto el suspiro que me viene a la cabeza, porque su torso plano, musculoso, de hombros anchos y con un ligero vello que cae hasta el nacimiento de sus pantalones, me trastorna más de lo que quiero admitir.

Jace nos coloca en el centro y todos nos rodean.

—Tenéis que arrodillaros, chicas.

Mis dos hermanas lo hacen enseguida y yo miro a Wayne con el rostro retador. Lo hago por ellas, sin duda, y me arrodillo pero no bajo la vista. Permanezco allí mientras el alfa camina a nuestro alrededor.

La ceremonia es muy sencilla, solo tenemos que contestar que sí a todas las preguntas y

poco más. Luego, el alfa nos aceptará y todos a correr en pelotas. O eso ha dicho Jace. Siento que hay algo más.

—Holly, Birdie y Mackenzie Rubens, ¿aceptáis de forma libre y consentida uniros a la manada Wade de Eureka?

—Sí, aceptamos.

—Holly, Birdie y Mackenzie Rubens, ¿aceptáis acatar las leyes y las reglas de la manada Wade de Eureka?

—Sí, aceptamos.

—Holly, Birdie y Mackenzie Rubens, ¿juráis luchar por la manada Wade de Eureka en caso de peligro, así como defender a cada uno de los miembros, sin causarle daño alguno?

—Sí, aceptamos.

—Entonces, Holly, Birdie y Mackenzie Rubens, bienvenidas a la manada Wade de Eureka. Yo os acepto.

Todos los presentes gritan lo mismo, «yo os acepto». Wayne se pone delante de Mackenzie, la levanta, huele su cuello y deja que ella huela el suyo. Hace lo mismo con Birdie y cuando llega a mí, un grito se escucha en el bosque. Los licántropos se ponen en guardia y varias ráfagas de aire se mueven entre ellos.

—¡Vampiros! —grita Wayne— ¡Transformaos y luchad!

Me toma del brazo, arrastrándome y poniéndome al lado de mis dos hermanas. Los vampiros van apareciendo en el claro, vestidos con un elegante traje negro y camisa roja.

—¿Qué queréis? —grita Wayne colocándose delante de nosotras.

—Danos a las tres mujeres y nos iremos pacíficamente —dice una de ellas, maquillada como una geisha.

—Ellas ya pertenecen a mi manada. Marchaos y no moriréis —dice Wayne con una voz gutural. Abrazo a mis hermanas.

Varios lobos se han puesto alrededor de nosotros y los vampiros los miran con desprecio. Poco a poco, se van marchando, hasta que queda solo la geisha.

—Has hecho mal, alfa. Esto se ha convertido en algo muy personal. Nos veremos pronto.

Desaparece tan rápido como había venido. Wayne se vuelve hacia Jace.

—Llévatelas a las dos a casa, en el quad. Yo llevo a Holly.

Su hermano las toma de la mano y las arrastra hacia la linde del bosque, rodeado de varios lobos. Algunos de ellos me miran con odio, y yo sigo sin comprender nada. Wayne se queda esperando hasta asegurarse de que no huele a vampiro.

—Me voy a transformar, te subes en mi lomo y te agarras, ¿entendido?

—Tengo el coche...

—Hazlo —gruñe él y no digo nada.

Wayne se transforma y me subo al enorme lobo, me agarro del pelaje de su cuello. Parece casi un caballo pequeño. Aprieto las piernas y cuando él empieza a correr, miro maravillada la agilidad con la que se mueve, esos saltos que da, evitando arbustos y troncos caídos y la rapidez con la que esquivo los árboles. Algunos lobos nos escoltan hasta llegar a la casa Wade, donde entran media docena, mientras los demás se quedan rondando.

Howard es el primero en transformarse en humano desnudo y nos mira con odio. Bajo del lobo y voy corriendo a abrazar a mis hermanas, que están acurrucadas en un enorme sofá, muertas de miedo.

Jace y Wayne se transforman y evito mirar su desnudez, porque es demasiado atractiva, aunque mis hermanas no les quitan la vista. Les doy un pequeño toque. Supongo que tendremos

que acostumbrarnos.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? —grita Howard señalándonos. Una loba muy atractiva, su hermana, se pasea desnuda, tomando un licor y con el rostro enojado.

—Precisamente —contesta Wayne con tranquilidad—. Estarían muertas a estas horas o raptadas por los chupasangres.

—¿Y qué más nos da? —dice June—, por mucho que papá le debiera la vida a su tío. Él ha muerto. Cuestión zanjada.

—Ya está hecho —contesta Jace—, y nos afecta porque han entrado sin permiso en nuestro territorio y nos han amenazado. Así que te aguantas.

Lo miro con aprecio.

—Esto es algo inaudito —dice Carlson que ya se ha puesto unos pantalones—, voy a llamar a la corte negra, para ver si saben algo.

—Si les interesa, te mentirán —comenta Wayne—. Pide que venga el embajador. Estamos hablando de una acción de guerra.

—Y todo por tres putas humanas —exclama Howard. El gruñido de Wayne es tan grave que le hace bajar la cabeza. Se larga de la casa. June sale detrás y Carlson va al despacho para llamar por teléfono.

Wayne se gira hacia nosotras. Le mantengo la mirada, por no mirar a otro lugar más apetecible.

—Hoy os quedáis aquí las tres. No me fio de que no se hayan ido del todo —Voy a abrir la boca y él me para—, no discutas, hoy no.

—No iba a discutir, iba a... darte las gracias por protegernos. A ti y a la manada completa.

—Está bien. Jace, ponlas en la habitación grande, imagino que querrán dormir juntas. Voy a patrullar. No te muevas de aquí, ¿entendido?

—No lo haré. Vamos, chicas. Os llevo. Hay un jacuzzi por si queréis relajaros. Y os llevaré comida.

—Y bebida —digo levantándome. Tomo a mis hermanas de la mano y seguimos al lobo. Este sube las escaleras, sin pudor alguno por ir desnudo, lo que hace que Mac se tropiece al intentar no mirarlo.

—Os traeré algo de ropa, siempre hay cosas sueltas por aquí.

Las tres entramos en una habitación enorme, con cortinas de un suave floreado, un par de sofás, una mesita, televisión y una cama de más de dos metros. El baño es un sueño, con una enorme bañera, ducha y mullidas toallas.

—Me voy a duchar —dice Mac, que llevaba las piernas manchadas de tierra. Se había caído mientras huían.

—Vale, nos iremos duchando todas —digo—. Hoy nos quedamos aquí, pero mañana volveremos a casa.

—¿Y si vienen esos vampiros? —pregunta Birdie. La miro sin saber qué decir.

—Veremos. Vamos a esperar a ver que dice nuestro alfa.

Ellas asienten, asustadas y entran las dos en el baño. Me siento en el sofá. Lllaman a la puerta, y voy a abrir. Jace lleva varias cosas en la mano y por fin, se ha puesto un pantalón.

Deja una botella de whisky en la mesita y saca varios vasos del mueble de la pared. También había traído ropa y varios paquetes de snacks salados.

Lo miro agradecida y me sirvo dos dedos de licor, que tomo de un trago.

—¿Qué voy a hacer, Jace? ¿Cómo puedo protegerlas? —pregunto sentándose en el sofá.

—No tienes por qué protegerlas tú sola. Wayne lo hará. Sabes cómo es.

—No podemos vivir así toda la vida, escondidas.

—Tranquila. Te prometo que os vamos a cuidar.

Jace abre el paquete de patatas y me lo ofrece. Mis hermanas salen, rodeadas con una toalla y toman un par de prendas para vestirse. Yo me sirvo otro vaso y me voy a duchar. ¿Qué va a ser de su vida? Tal vez sería mejor acabar de una vez.

Cuando salgo de la ducha, ellos bajan al salón y me visto. Jace ha sacado más snacks para picar y mis hermanas andan tomando algo, más tranquilas, porque él las hace reír. Es encantador. Me siento junto a ellas en silencio, pensando en cómo solucionar esto. Si mi tío Ben estuviera aquí, tal vez podría haberme aconsejado. ¿Por qué tantos secretos?

Wayne entra, vestido con un pantalón y sudando. Jace le da un botellín de agua y él se sienta frente a nosotras. Mis hermanas están muy asustadas por los vampiros y yo... por ellas.

—¿Habéis visto algo? —pregunto.

—Los rojos han salido de nuestro territorio, ya no están, y hemos reclamado a la corte negra para que los sancionen. Estamos a la espera de lo que digan.

—El embajador llegará en unas horas —dice Carlson entrando en la sala con el móvil en la mano—. Parecía muy disgustado. Según me ha comentado, los rojos han estado haciendo pequeños movimientos, pero un ataque frontal no, no lo esperaba.

—Está bien, veremos qué nos cuenta. ¿Cómo estáis vosotras? —pregunta. Las dos pequeñas se estremecen y eso me hace cabrearme. Lo miro enfadada.

—¿Cómo podemos estar? Muy mal. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—De momento os quedaréis aquí.

—Solo de momento, Wayne, tenemos una vida.

—Una vida que está en peligro, Holls —contesta él—, así que no hagas ninguna tontería.

—No pensaba. Deberías arreglarlo.

Wayne aprieta los puños, se levanta y se va, seguido de Carlson.

—No deberías cabrearlo así. Os está protegiendo con todo lo que tiene —dice Jace—. Deberías estar agradecida.

—Lo estoy. Solo que...

No puedo continuar. Jace se levanta hacia la cocina y las tres nos abrazamos, conscientes de que nuestra vida está en peligro. Un peligro muy real.

Capítulo 9. Wayne. Vampiros

—Dime lo que te ha dicho Flawks.

Carlson se remueve inquieto y se pone frente a mí, en el despacho.

—El embajador me ha dicho que si ellas pertenecen a la manada, ni vampiros rojos ni negros podrían hacerles nada.

—¿Le dijiste que ya habíamos hecho la ceremonia?

—Sí. Dijo que igualmente tenía que verlas. Le extrañó mucho que los rojos fueran tras unas muchachas humanas. Espero que ellos no las pretendan. Sé que forman parte de nosotros, pero tal vez tengas que elegir, Wayne.

—¡No! —gruño—. Ellas son de las nuestras.

—Si pones en peligro al resto de la manada... yo acataré lo que tú digas, lo sabes. Pero me preocupa el resto, mi familia...

—Lo sé y lo tengo presente. Os cuidaré a todos.

—Los rojos son muy peligrosos, están todos locos. Si a su reina se le ha metido en la cabeza que quiere a las chicas, hará lo posible por tenerlas.

—No, si son mías —contesto. Empiezo a ver en colores amarillos.

—Haz lo que consideres, Wayne. Sabes que siempre he confiado en ti. Solo te ruego que no pongas en peligro a mi familia.

Respiro hondo y me voy calmando.

—Tranquilo. Y gracias por tu apoyo. Esperaremos al embajador. Ve un rato con los tuyos, comed y descansad. Te aviso cuando esté aquí.

—Lo oleré y vendré. Gracias, Wayne.

Paseo por el despacho preocupado. ¿Por qué la corte roja las quiere? ¿Por qué ahora? ¿Qué es lo que le habían estado ocultando su padre, Ben y la madre de las chicas?

La recordaba bien. Ella acudió a mi padre, cuando tenía unos diez años. Se encontraba aterrada y a la vez la vio decidida. Ben estaba con ellos y los tres estuvieron en el despacho al menos una hora. Si las paredes hablasen, tal vez podrían contar qué demonios ocurrió. Cuando salieron, Ben le removió el cabello y ella se agachó hasta donde estaba él, entretenido con un juguete de madera. Ella miró su rostro y acarició su cara con cariño. Recordó las palabras.

—Tú cuidarás de mis niñas, ¿verdad? Porque eres un alfa valiente y bueno.

Recordó que asintió entusiasmado, admiraba mucho a su padre tanto como alfa como persona y se quedó mirando los ojos oscuros de la mujer, que relucían de una forma especial, como si tuvieran estrellas en ellos. Luego, cuando se fue, él se quedó mirándola, sabiendo que haría cualquier cosa que ella le pidiese. Pensó en las tres niñas, a las que conocía bien. Había jugado a veces con la mayor, Holly, que era de su edad. Las otras dos pequeñas eran delicadas, pero ella le había retado a correr. Wayne todavía no se había desarrollado mucho, y ella lo ganó. No le importó. Al verla sonreír supo que también haría lo que fuera por Holls. Tal vez se enamoró de ella entonces.

Salgo del despacho hasta el salón. Ellas siguen apretadas las unas a las otras, aunque la actitud de las dos pequeñas es muy distinta. Están temerosas, mirando por encima de su hombro. Ella no. Ella las está consolando. Se levanta al verlo.

—¿Qué? —dice. Me acerco a ella.

—Estamos esperando al embajador, sabrá qué coño les pasa a los rojos.

—¿Y si quieren nuestra cabeza?

—Sois de mi manada. Será por encima de mi cadáver.

—No parece tan difícil. Ellos son muy fuertes.

—No nos has visto combatir contra vampiros —contesto envarado—. Puede que ellos sean muy rápidos, pero nosotros tenemos el instinto cazador contra nuestros enemigos de sangre. Los olemos y somos capaces de sentirlos. Si hubieran atacado antes, habrían acabado muertos.

—¿Y por qué no los mataste? Ellos querían atraparnos.

—Pero no os llevaron, ¿verdad? Espero que en algún momento llegues a confiar en mí —digo dolido. Ella parece ligeramente avergonzada y vuelve a sentarse junto a sus hermanas.

—Katy ha preparado algo de comer —dice Jace asomándose por la cocina—, deberíais tomar algo y descansar en la habitación.

Se levanta decidida y ayuda a incorporarse a sus hermanas, a las que casi arrastra al comedor. Allí, una loba madura que trabaja para nosotros desde hace años ha preparado la mesa con ensaladas y varios filetes con patatas. Las chicas se sientan donde les indica Jace y les pasa los platos. Yo dudo pero acabo sentándome. No tengo demasiada hambre, pero como igualmente. Ellas picotean la comida y al final acaban con unos pasteles que trae Jace.

—Deberíais descansar —dice mi hermano pequeño.

—Quiero estar cuando venga ese embajador —contesta Holly—. Debo saber qué quieren de nosotras.

Jace miró a Wayne y niega con la cabeza, pero yo asiento.

—Tal vez empiecen por decirnos algo, pero me harás caso. Si te digo que te retires, lo harás.

Ella cruza los brazos y se enfrenta con la mirada a mí, pero al final asiente. No me fio mucho de lo que ella pudiera decir, pero lo veo justo. Todos queremos saber qué coño es lo que querían los rojos y si alguien debe conocerlo, era ella.

Acompaño a sus hermanas y bajo enseguida. Jace está sirviendo el café y le pone uno.

—Gracias, estás siendo muy amable.

—Amabilidad es mi segundo nombre —dice él. Holly se sienta en el sillón y se queda quieta, con la taza en la mano.

—¿Cuál es tu teoría? —acaba preguntándome. Estoy de pie, mirando por la ventana, así que me giro y acabo sentándome frente a ella.

—Mi teoría es que no sé lo que está ocurriendo. Antes recordé que tu madre y Ben vinieron a ver a mi padre. Yo era un crío y no me enteré de nada. Pero por las fechas, sería poco antes de morir.

—Mi madre no está muerta. Ben dijo que se había ido para mantenernos a salvo, pero eso me parece absurdo. ¿A qué huele nuestra sangre? Debería probar a rajarme para ver qué pasa.

—No —digo rápido—. Te dije que olía de forma especial. No lo hagas. Podrías.... Trastornarnos.

—Entonces, ¿por qué? ¿Qué tiene? ¿Qué somos?

Me vuelvo hacia la puerta e indico a Jace que abra.

—Mantente callada, Holls. El embajador está aquí.

Me siento junto a ella y le tomo de la mano. Jace entra con un vampiro que parece tener unos quince años. Va vestido de forma muy elegante con un traje de chaqueta y una camisa con volantes negros en el cuello. Su maquillaje es pálido, con labios y ojos maquillados de negro. Lleva una peca falsa en el pómulos, en forma de estrella. Sonríe y sus ojos, casi pálidos, miran con avidez a Holly. Le aprieto la mano y me coloco ligeramente delante de ella al levantarme para saludarle.

—Embajador Flaws, es un honor recibirlo en mi humilde morada —digo con una voz

estudiadamente seductora. El vampiro me mira de arriba abajo.

—Señor Wade, un placer, aunque la convocatoria se haya producido por un terrible hecho.

—Sentémonos para parlamentar —continúo. Me vuelvo a sentar junto a Holly y la tomo de la mano. Jace se queda detrás de nosotros, de pie y el embajador se acomoda en el sofá, como si estuviera en su casa.

—¿Deseas tomar algo, embajador? —dice Jace con una luminosa sonrisa. El vampiro aletea sus pestañas postizas y niega.

—Justo acabo de alimentarme, gracias. Vayamos al grano. ¿Es esta la muchacha?

—Sí. Su tío era de los nuestros y por una deuda de sangre acogimos a su familia en mi manada. Por eso no comprendo por qué la corte roja desea llevársela. Entraron en mi territorio sin permiso y si no fuera porque la acogida estaba hecha, es posible que hubieran luchado.

—Eso está muy mal, pero Wayne, la corte roja anda muy inquieta últimamente, desde que la nueva reina ascendió. Nosotros mismos hemos tenido problemas. Están probándonos. Tal vez no sea nada.

—Si solo quisieran probar nuestras fronteras, no habrían venido a por ellas, embajador. Era algo más.

—¿Por qué querrían una simple humana? ¿O dos? ¿Qué tiene ella de especial? No digo que sea rústicamente bonita, de alguna forma. Nada que yo quisiera probar, desde luego.

—Huele bien —digo.

—Eso no es una buena razón. A ver, humana, acércate —dice con un gesto indolente. Holly aprieta mi mano y la hago levantarse y acercarse a él. La mira de arriba abajo y la olisquea—. Veamos tu sangre. Si me permites, Wayne.

Asiente y con una rapidez inusitada, clava la uña en la palma de Holly y saca una gota de sangre que mete en su boca. Sus ojos brillan y asiente.

—Cierto, cierto. Su sangre es... bueno, hacía muchos años, puede que cientos, que no probaba algo así.

Los colmillos se alargan y me pongo delante. Holly está dispuesta a luchar, pero yo la cubro. Jace se pone a mi lado. El vampiro sonrío y recoge sus colmillos.

—Tranquilos, tranquilos. He dicho que era de calidad, no que fuera mi tipo favorito. Pero sí, podría entender por qué a la reina se le podría apetecer. A los vampiros nos atraen las curiosidades.

—¿Qué van a hacer para controlar a la corte roja? —pregunta Holly y el vampiro entrecierra los ojos.

—Veo que esta muchacha no tiene ni idea. La corte roja es independiente y no la controlamos. Llegamos a un pacto con ellos de no agresión, nos dividimos el territorio y cada uno caza en paz en su lugar. Eso sí, no deben atravesar el nuestro ni atacar a los aliados, como la manada Wade. Pero no llegaron a atacar ¿no es así? No se derramó ni una sangre de licántropo.

—No, no se derramó sangre.

—Entonces, listo —dice levantándose como un rayo—. Le enviaré una carta a la embajadora roja para que no vuelvan a hacerlo. Un placer conocerla, señorita, y cuídese de la oscuridad... y de la luz. A veces no se sabe cuál es peor.

Me inclino para saludar y Jace acompaña al embajador. Holly parece querer ir tras él, pero la sujeto fuerte, a pesar de las patadas que me da, sin soltarla.

—Para ya. Se ha ido.

—¿Y ya está? ¿Con eso nos quedamos?

—Se ha molestado en venir aquí, Holly. Eso ya es mucho para él.

—Creo que tenía curiosidad por saber de ella —dice Jace entrando al salón—. Me dijo que nos traería muchos problemas. Más de los que pensamos. Eso ha dicho.

Carlson entra en la sala, vestido con traje. Mira alrededor.

—¿Se ha ido el embajador? ¿Qué ha dicho?

—Que la sangre de Holly está buena, pero no es para tanto. Enviaré una carta a la embajadora para que no vuelvan a entrar —dice Wayne.

—Bien, entonces nos podemos ir a casa —contesta Holly—. Si ellos ya no van a atacar.

—Tal vez deberíais quedaros.

—No. ¿No ha quedado claro? No somos especiales, solo un poco y ellos no vendrán. Voy a buscar a mis hermanas.

—Maldita sea —exclamo cuando ella desaparece por las escaleras.

—No vas a poderla retener —dice Jace—, las vigilaremos unos días, por si acaso.

Holly baja de la mano de sus hermanas y se para delante de Wayne.

—Nos vamos. Gracias... por todo.

Ellas parecen disgustadas, pero siguen a su hermana mayor. Hago un gesto a Jace, que las acompaña.

—¿Crees que esto ha terminado? —pregunta Carlson mirando a la puerta ya cerrada.

—Ni por un momento. Esto solo acaba de empezar.

Capítulo 10. Secretos que duelen

De la mano de mis hermanas, cruzamos la valla de la enorme mansión Wade hasta la calle que da a la plaza y de ahí a casa. No me importa que Jace nos acompañe, estamos nerviosas y mis hermanas miran a todos los lados, muertas de miedo. Siento que la furia me come las entrañas, harta de esa sangre, harta de los lobos, de los vampiros, de todos, pero sin otra opción que quedarnos allí, donde probablemente estemos más seguras.

Llegamos a casa y subimos las tres al mismo piso. Jace echa un vistazo a la casa antes de salir.

—Me quedo por aquí cerca, Holly, solo tienes que llamarme si me necesitas.

—Deberías descansar tú también —dijo Birdie mirándolo con arrobo.

—Mi alfa me ha ordenado que os cuide y es lo que haré. Tranquilas, he estado hasta tres días sin dormir cuando me fui de juerga, así que no me costará nada.

—Al menos, no sé, quédate en el sofá. Nosotras dormiremos en la cama.

—No, estaré fuera. Gracias. Quedaos tranquilas.

Sale de un salto por el balcón y ellas se miran, asustadas. Intento tranquilizarlas.

—Lo han arreglado. Han dejado las cosas claras y pertenecemos a la manada. Con eso ya está.

—¿Estás segura? —pregunta Mac.

—Segura al cien por cien de los vampiros no, pero segura de Wayne y Jace, sí. Se hubieran enfrentado a ellos por nosotras, eso tiene que dejaros tranquilas.

—Está bien. Vamos a dormir —dice Birdie bostezando.

Se echan a la cama y salgo a fumar un cigarro al balcón. Siento la presencia del lobo en la linde del bosque y apago la colilla para irme a acostar con mis hermanas, que duermen abrazadas.

La noche me llena de pesadillas en las que hay mucha sangre y vampiros que vuelan por los aires. Me despierto, agitada. Mis hermanas no están en la cama. Salgo corriendo hacia la cocina. Wayne tiene una taza de café en la mano y me mira de arriba abajo, especialmente mis pezones duros por el frío.

—¡Joder! —exclamo mientras me doy media vuelta. Birdie se echa a reír. Salgo a los minutos ya vestida y mi hermana pequeña me pone un café en la mano.

—Wayne ha venido para ver cómo estábamos —dice la mediana—. Nos trajo bollos.

—Bien por ti —contesto mirándolo—. Hoy abriremos el restaurante. Y no digas nada, porque aunque tú estés podrido de dinero, nosotras tenemos que trabajar.

—Me parece bien —dice él. Entrecierro los ojos. Birdie y Mac se deslizan fuera de la cocina. Conocen mi humor matutino.

—¿Qué quieres? ¿Has venido a ver a tu manada?

—Pues sí —dice él acercándose a mí. Se agacha un poco para mirarme a los ojos—, he venido a ver si necesitabais algo, como suelo hacer con las personas que se incorporan.

—Vale, no necesitamos nada. Puedes marcharte.

—Sigues sin comprender, Holls. Soy tu alfa. Me debes un respeto. Sobre todo cuando estoy protegiéndoos.

Me avergüenzo por un momento. Por un segundo. Luego frunzo el ceño.

—Te respetaré, pero no nos agobies. ¿No dices que se ha acabado ya? ¿O es que crees que no?

—No lo sé. Los vampiros rojos son impredecibles. Tal vez los negros también. Llevan

viviendo demasiados años en el mundo y no les importa una vida más o menos. Son hedonistas y buscan el placer, la diversión, lo diferente, hasta que se cansan y entonces van a la caza de otra cosa. Puede que en este momento vosotras seáis su nueva diversión.

—Deberían aniquilarlos a todos.

—No creas, van quedando menos. Se supone que no pueden convertir a más humanos. Y según tengo entendido, la corte negra lleva eso a rajatabla.

—Pero no dirías que los rojos lo hacen.

—He hablado con algunos alfa de diferentes regiones. Los rojos se están volviendo... impredecibles. No han llegado a atacar, ya que nosotros los superamos en número, pero hacen pequeñas incursiones. Es como si nos estuvieran...

—Probando. Os están probando.

—Sí. Eso me temo. Vosotras podríais ser una excusa para empezar una guerra. Pero como podría ser cualquier otra cosa. Por eso debemos ser cuidadosos. Y no empezar un conflicto que afectaría a humanos también.

—Está bien, eso puedo aceptarlo. Por nosotras no empezará nada. Al menos no si nos dejan en paz.

—Holly, te pido que durante unos días no hagáis nada fuera de lo común, entiendo que tenéis que trabajar, pero luego, volved a casa. Tal vez si se dan cuenta de que no os perdemos de vista os dejen por aburrimiento.

—O puede que dentro de unos meses lo hayáis dejado vosotros y entonces ataquen. ¿No sería mejor ir y hablar con ellos para ver qué quieren?

—Seguramente quieran vuestra sangre. Aunque es cierto que las de tus hermanas... no huelen como la tuya.

—¿Pero por qué? —grito desesperada al balcón—. Si no soy nadie, Wayne, soy humana, normal y corriente.

Él se pone detrás de mí y olisquea mi cuello sin que yo me retire.

—Puedes ser muchas cosas, pero no corriente. Y tu olor es fascinante. No solo lo he notado yo, aunque a mí me la pones muy dura —susurra él demostrándoselo con un roce sutil.

—¿Y por eso querías que fuéramos de tu manada? —pregunto volviéndome y enfrentándome a él— ¿Por qué te pones caliente conmigo?

—Sabes que no —dice él parpadeando. Sus ojos estaban cambiando—, pero es un aliciente.

Se aparta con brusquedad y sale por la puerta. Me tengo que agarrar a la puerta. Sí él se pone caliente al verme, mis bragas están empapadas al sentir la dureza de todo su cuerpo. Tal vez sí debería acostarme con él y quitar esa tensión no resuelta de la ecuación. Entro en la ducha y escucho que mis hermanas salen al piso de al lado para cambiarse de ropa. Parece que van aceptando que tendrán que vivir allí, a pesar de que la habitación de Ben, aunque ya completamente limpia, sigue cerrada.

Me estoy vistiendo con unos vaqueros y un jersey cuando las escucho gritar. Corro descalza hasta el piso que está con la puerta abierta, mientras escucho pasos apresurados por las escaleras. Un lobo, un tal Emmet se asoma y me aparta de un manotazo para entrar en el piso de mis hermanas. Me revuelvo con rabia y entro tras él. Mis hermanas, a medio vestir, han abierto la puerta de la habitación de tío Ben, y está patas arriba.

—Alguien ha entrado... —dice Birdie mientras abraza a Mac—. Ayer la habitación estaba bien. Entré para... para, pero ahora no. Ha sido hace poco.

Emmet olisquea la habitación y revisa toda la casa. Luego se va para llamar por teléfono. Entro y reviso todo. Los estantes están caídos, todos los libros abiertos. Los cajones, por los

suelos con toda la ropa tirada. El armario patas arriba. Pero todo ha sido colocado con mucho cuidado, seguramente sin ruido. El colchón también ha sido levantado y rajado con un instrumento muy afilado. Sé que mi tío tiene algunos escondites, tal vez debería comprobar... pero enseguida llegan Wayne y Jace, que nos sacan de allí.

—¿Estáis bien?

—No van a parar. Y esto es porque buscaban algo. No sé el qué.

Wayne asiente pensativo.

—¿Notas que falte algo?

—Ni idea. Pero... mi tío solía guardar cosas en un sitio especial. Puedo ver si sigue ahí.

—Veámoslo.

—A solas.

—Holly, no empieces. ¿A estas alturas no te vas a fiar de mí?

—Mira, es que ya no sé qué pensar. Tu lobo no escuchó nada ¿y si todo es por algo?

—Por el olor, quien registró la casa fue un vampiro. Son extremadamente silenciosos y pueden pasar desapercibidos si quieren. Emmet ha estado vigilando, pero a cualquiera se le pasaría.

—Es decir, que si un vampiro se cuela en mi casa y me raja la garganta tampoco os vais a enterar —digo enfadada.

—Es posible. Una de sus cualidades es el sigilo.

—Vaya mierda, Wayne.

Jace ya se ha llevado a mis hermanas y me dirijo hacia el armario ropero de mi tío. Todas las camisas están tiradas y las recojo con sumo cariño, colgándolas de las perchas. Luego, me agacho hasta retirar varias cajas de zapatos y unas botas. Meto la mano por una rendija lateral hasta que encuentro una palanca que hace un suave ruido. Retiro la tapa y ambos nos asomamos al doble fondo. Hay varias carpetas con las escrituras de la casa, el testamento y algunos libros.

—No dudo de que estos papeles sean importantes, pero no como para asesinarlo o para revolver la casa —digo sacándolos—. Las escrituras de este bloque, el testamento, que imagino que será nuestra herencia a partes iguales y varios libros de fantasía, demasiado viejos.

—¿Qué libros son?

—Pues es de un tal R. Watson, «De vampiros y otras bestias», «Licántropos en el bosque» y «Hadas y seres ocultos». Novelas.

—No sé. Déjame ver el de licántropos.

Le paso el libro, rozándole la mano sin querer y desvío la mirada. Wayne lo abre, concentrado y va pasando las páginas con rapidez, con el rostro demudado. Luego, cierra de un golpe.

—Esto no son novelas, Holly, es la historia de las razas. Nuestra forma de vida, reproducción, manadas, forma de... matarnos, toda la información que corresponde a las razas. E imagino que los otros dos...

Miro el libro de los vampiros, asombrada. Sí, eran tal cual, sus habilidades, su rapidez, pero también cómo presentirlos y cómo derrotarlos. Luego echó un vistazo al de las hadas, pero está escrito en un idioma que no comprendo. Wayne niega echando un vistazo. Él tampoco sabe cuál es.

—Esto es más que... es un tesoro, Holly. Cualquiera mataría por saber todos estos secretos.

—¿Y si se trata de estos libros y no de nosotras? Si los destruimos, nadie vendrá a por ellos.

—No, yo podría guardarlos. Mantenerlos a salvo por si los necesitamos alguna vez.

—Si te piden los vampiros el libro de los licántropos, ¿acaso se lo darías? ¿No es mejor

destruirlos del todo?

—Sí, pero me gustaría leer el de los vampiros, tener algún tipo de ventaja sobre ellos, porque creo que la necesitaremos.

—No lo sé, Wayne. Tal vez sea mejor que nadie sepa nada de ello. Volveré a dejarlos en su sitio.

Se los quito y vuelvo a meterlos en el armario, dejando todo tal y como lo había encontrado. Wayne parece contrariado, pero acepta. Salimos.

—He encontrado el testamento del tío Ben y las escrituras de la casa. Supongo que nos hará falta para recibir la herencia —le digo a mis hermanas.

—¿Puedo verlo? —dice Birdie.

Se lo dejo mientras despido a los dos lobos. Emmet se quedará abajo. Me voy al baño un momento y me pinto mis labios rojos como siempre. Es lo único que llevo y me encanta.

—Tenemos que ir a trabajar, vamos, cógelo y lo miramos en el restaurante.

Birdie se lo mete en el bolso y salimos las tres, abrigadas y con el desánimo por todo lo que está pasando.

—¿Quién revolió todo? —pregunta Mac.

—Un vampiro. Por eso este lobo ni lo sintió. No sé, pero debemos tener mucho cuidado. Estos vampiros se cuelan por todas partes. Y ni siquiera se derriten con el día, a menos de que haya mucho sol. Deberíamos irnos a vivir a Hawái.

—No sería mala idea —suspira Birdie—, estaría tomando el sol todo el tiempo.

Llegamos al restaurante y abrimos las persianas. Emmet entra y se sienta en una mesa del rincón. Birdie empieza a preparar el café mientras Mac y yo limpiamos la zona. Sirvo un café al lobo que me lo agradece con una sonrisa y me voy a la cocina. Birdie saca el testamento mientras sorbe su café y al abrirlo se queda quieta.

—Holly, mira esto.

—¿Qué?

—¿Qué ocurre? —pregunta Mac.

—Tío Ben nos deja todos sus bienes, su casa, el restaurante, y un terreno que tiene a las afueras de Eureka, a partes iguales.

—Bueno, era lo que esperábamos, ¿no? —dice Holly.

—Sí, pero... a cuatro partes iguales. Holly, Birdie, Mackenzie y Grace. Cuatro hermanas.

—¿Cómo que cuatro hermanas? Eso no puede ser.

—Sí, lo deja bien claro. Pone la fecha de nacimiento y en el caso de... nuestra hermana pequeña... es dos años menor que Mac.

Nos miramos sin poder decir nada. ¿Qué más nos ha estado ocultando Ben?

Capítulo 11. Wayne. Café especial

Si tuviera esos libros, podrían ayudar mucho a los licántropos. No quiero obligarle a dármelos, aunque hubiera podido. Pero son demasiado importantes como para estar en el fondo de un armario. Esta noche iré a hablar con ella y la convenceré para que me los dé. O al menos, esconderlos en un lugar mucho más seguro que su casa.

Abronco a Emmet por no haberse dado cuenta de la visita del vampiro, pero tengo que reconocer que ellos son demasiado sutiles y silenciosos y por ello, debemos saber cómo combatirlos. La guerra se acerca, huelo a sangre y a muerte y mucho me temo que no tardará en llegar.

Entro en mi despacho casi sin saludar a Tamika, que me mira con ojos complacientes. Me lleva un café, pero estoy distraído y ni me lo tomo. Ella insiste y acabo gruñéndole, por lo que se va disgustada.

¿Qué está pasando en mi ciudad? Jace pasa sin llamar y se sienta enfrente de él.

—¿Qué pasó en casa de Ben?

—Holly encontró el testamento, y unos libros, Jace —susurro—, unos libros de cómo matar licántropos y vampiros.

—Joder, eso sería la hostia —dice Jace. Mira la taza de café humeante—. ¿Te vas a tomar el café? No he desayunado.

—Claro, no me apetece.

Jace da un sorbo, pone mala cara y deja la taza en su sitio.

—¿Qué?

—¿Este es el café que tomas cada día?

—Sí, ¿por qué?

—Joder, tío. ¿Y luego te follas a Tam, no?

—Suelo hacerlo, sí.

—Tampoco me extraña. Está hormonado. Te está dando especias para ponértela dura y que de una vez por todas la marques.

—No... no puede ser.

—Supongo que lleva tanto tiempo dándotelas que ni te habías dado cuenta. Lo sé porque una vez Howard me lo enseñó, que lo hacía para follarse a las lobas.

Le quito la taza de la mano y la huelo. Luego echo el café en una maceta.

—Hija de puta. Ni siquiera te puedes fiar de quienes más cercanos están.

—De mí sí puedes. Supongo que no tiene mala intención, solo quiere que la tomes de reina, sin más. Llevas follando con ella desde hace años.

—Como otros muchos, Jace. Puede que hasta tú te la hayas tirado.

—No te diré que no, pero ella es libre, va con quien le da la gana.

—Lo sé y me parece bien. Y no me importaría, si estuviera enamorado de ella.

—Reconoce que es una buena loba, digo genéticamente, procede de la raza primera. Te daría buenos alfas.

—No. No es la intención de tener alfas. Además, Carlson ya tiene hijos, cualquiera de ellos, o tú, si yo fallase, podrías serlo. No voy a darle mi semilla a Tamika y menos después de que me ha estado manipulando.

—Aumenta la libido, si no quisieras follártela tampoco lo hubieras hecho. No es tan grave. Solo es una mujer que te desea. Deberías estar orgulloso.

—Vete a la mierda, Jace. Iré a hablar más tarde con Holly para que nos dé esos libros. Debemos estudiarlos.

—Estás obsesionado con ella, ¿verdad? —dice Jace levantándose. Lo miro con mala cara—. Solo te digo que espero que no te nuble la vista de todo lo que está pasando. Por mucho que sea tu hembra.

—No es mi hembra.

Jace sonrío de medio lado y se encoge de hombros. Sale del despacho y Tam entra con unos papeles. Se lleva la taza de café satisfecha y me sonrío. Desvió la vista. ¿Tan ciego estaba que no veía más allá de sus narices? O tal vez tenía demasiadas cosas y no delegaba.

Mando un mensaje a Jace para que vaya a visitar a tía Misia, con todo el lío del día anterior, no sé si fue. Me envía un escueto OK.

Me entierro en papeles durante todo la jornada, acudo a la serrería para solucionar algunos problemas. De vez en cuando, Emmet, que sigue en el restaurante, me envía un mensaje diciendo que todo va bien. El día está muy soleado y no espero que ningún vampiro se acerque, pero pronto llegará la noche y entonces... a saber.

Establezco vigilancia en la linde del bosque por parejas con órdenes de informar cada media hora a Carlson. A Howard lo envío con una cuadrilla de seis para revisar toda la zona del bosque más cercana a las montañas y mando llamar a Remy que llega cuando ya atardecía y el sol no le molesta.

Quedamos en el despacho y el tipo llama a la puerta, vestido con un traje negro y una levita azul de cuero. Su cabello está teñido casi de blanco, a juego con su piel.

—Alfa. Aquí estoy.

—¿Has notado que hayan pasado más vampiros? Anoche estuvieron en casa de Ben.

—Anoche yo estaba fatal, algo... me sentó mal. Estuve en el sótano todo el tiempo y por eso no pude vigilar, hablaré con mis amigos por si vieron algo.

—¿Qué te pasó?

—Fui a Colmillos, ese pequeño antro donde nos reunimos todos, ya sabes, los pocos que vivimos aquí. Estuvimos bebiendo sangre enlatada y al poco rato, empecé a vomitar. Alguno más lo hizo. ¿Crees que querían envenenarnos?

—No lo sé. ¿Pudiste sentir qué era?

—No. Algo malo. Me hizo un agujero en el estómago y me ha costado recuperarme. No sé los demás. He estado todo el tiempo en mi agujero hasta que me has llamado.

—Remy, algo pasa en Eureka. Y no parece que vosotros os vayáis a librar. Averigua qué es lo que os pudieron dar y quién, y cómo están tus amigos. Al final, están aliados con mi manada y no permitiré que os pase nada.

—Eh... gracias, Wayne, te informo en cuanto sepa algo. Pero sí, estoy contigo en que está ocurriendo algo malo. Dos de los míos se querían ir de la ciudad. Y he visto nuevas caras. Dicen que van de paso a San Francisco, pero no sé decirte. Ya no me parecen casualidades.

—Encárgate de los tuyos. Pídele a tus amigos que te ayuden, no vayas solo por si acaso. No sé si los rojos se han ido del todo.

—Yo tampoco, Wayne. Son unos locos fanáticos. No me fio de nadie. Puede que solo de ti y de Jace.

—Lo mismo digo. Ve y dime cuanto antes.

El vampiro desaparece en un suspiro y recojo las cosas para ir a comer al Rubens. Me digo que tengo que vigilarlas, sin admitir que estoy deseando verla.

—¿No comes en la fábrica? —dice Tam tocándose el escote. En otro momento, tal vez bajo

la influencia del café, ya estaría sobre su mesa.

—Tengo que vigilar a la manada.

Salgo de allí con largas zancadas. El cielo se está nublando por momentos y el sol apenas se ve. Un estupendo clima para que salgan los chupasangres. Arranco la camioneta y me dirijo al restaurante. Las calles están desiertas, como si los humanos, de alguna forma, pudieran oler el peligro. Pocos licos pasan y lo hacen deprisa, aunque con tiempo de saludarme y mirarme con preocupación y alivio de saber que yo estoy allí. Alguna sombra rápida, un vampiro, camina por la calle.

Aparco en el lugar. Ya se ha pasado la hora de comer, pero espero que puedan darme cualquier cosa. Cuando entro, el silencio es absoluto. Enseguida localizo a Emmet, que está sentado con dos tipos, vampiros. Echo la vista por todo el local y excepto por un par de familias de humanos que comen ajenos al resto, las mesas están tomadas por vampiros que beben café. Holly me mira y quiero suspirar de alivio, pero ella sigue sirviendo los cafés. Las otras dos hermanas no están a la vista.

—Buenos días —digo sentándose en la barra y dándoles la espalda a los vampiros—. ¿Me pones un café?

Ella asiente y tomó una taza, acerca la cafetera y deja caer unas gotas, pero no tiembla. Me mira a los ojos y luego mira a la cocina de reojo.

—¿Cómo estás hoy? —pregunta con una mirada de comprensión.

—De puta madre. Igual que ayer.

Saco el móvil y envío un rápido mensaje, justo antes de que dos vampiros se arrojen a por mí. Holly lanza la cafetera con el líquido hirviendo a la cabeza de uno de ellos y se agacha a por el bate de béisbol. Esto va a acabar muy mal.

Capítulo 12. De hostias en mi propia cafetería

Abro el local al público y comienzan a entrar los de siempre, licántropos o humanos a almorzar, algunos desconocidos y Bill. Él se sienta delante de la barra, donde estoy preparando las tartas.

—Así que lo has hecho —dice olisqueándome—, a pesar de lo peligroso que te dije que era.

—Conozco a Wayne desde hace muchos más años que a ti. ¿Y pretendes que confíe en ti solo por una supuesta carta de mi tío? Vamos, hombre.

Él me toma de la muñeca y Emmet se levanta, pero lo miro para calmarlo. No quiero follones. Me suelto con brusquedad.

—No vuelvas a tocarme, Bill, o te cortaré la mano.

—Ya dijo tu tío Ben que eras una mujer difícil, pero no que fueras tan irracional. Tú has decidido el destino de tus hermanas y no es bueno.

—Sigo sin saber quién o qué eres, porque sin duda eres algo. No te conozco y pretendes que te obedezca. Ni de puta coña.

—Tal vez debería habértelo planteado de otra forma. Pero te aseguro que tu tío Ben me avisó y me dijo que estabais en peligro. Que ya no se fiaba de nadie. ¿No fue un licos el que lo asesinó?

—Es posible.

—Entonces —dice él alzando las manos con impaciencia—. Dos y dos son cuatro, aquí y en cualquier parte.

—Me las arreglaré por mi cuenta, Bill. Lárgate y déjanos en paz. Si estabas comprometido de alguna forma con mi tío, estás liberado. Vete.

—No sabes lo que dices, Holly. Esto te supera, y también al alfa de esta patética manada. Llámame si estás desesperada, que lo estarás, y entonces rogarás que vuelva.

Tiró un papel con el teléfono y lo miré con desprecio.

—Ni en tus sueños te rogaré, Bill.

Arrugo el papel y lo tiro a la basura, viendo como Bill sale del bar con dos grandes zancadas. Birdie se acerca a mí y toma el papelito.

—No lo guardes, jamás lo llamaré.

—Pero el tío Ben...

—Es un farsante. Sigamos con lo nuestro.

Birdie lleva una hamburguesa a Emmet, que se lo agradece con una sonrisa y yo continúo preparando algunas más para los camioneros que entran a comer alguna cosa.

Tengo que hablar con Wayne sobre el testamento de mi tío, aunque sea algo muy personal, pero quizá él ha escuchado algo sobre esa cuarta hermana.

Primero descubrimos que mamá está viva y ahora tal vez eran una más. ¿Qué será lo siguiente?

Un vampiro acompañado de una humana entra en el local y ambos se sientan en una mesa, charlando animadamente. No le doy importancia. También acuden aquí. Tenemos latas opacas de sangre fresca sintética solo por si acaso. Cuando entra el segundo grupo de vampiros empiezo a sospechar. Todos piden cafés y se quedan hablando en susurros. Miro a Emmet, que anda tecleando en su móvil, tal vez avisando a Wayne.

Una familia de humanos han parado de camino a saber Dios hacia dónde y se sienta en una mesa. Piden patatas para los niños y unas hamburguesas. A mí me suda la espalda. Esto no es bueno.

Me meto en la cocina para informar a mis hermanas. Birdie dice que va a avisar a Jace. Pero luego me mira alarmada.

—No hay cobertura.

Salgo con la cafetera en la mano hasta Emmet. Pero ya tiene dos vampiros sentados a su lado y una daga en el estómago.

—Muchacha, tranquilízate. Estamos esperando a alguien y pronto nos iremos. No hagas tonterías.

Aprieto el asa de la cafetera y vuelvo dentro de la cocina, para decirles a mis hermanas que se vayan, pero un vampiro está allí, jugando con un cuchillo, mientras Birdie y Mac se abrazan aterrorizadas.

—Tranquilas, no os haremos daño. Seguid sirviendo hamburguesas.

Veo con horror que otra familia humana entra y se sienta junto a la primera. Si esto se descontrola, van a salir heridos. ¿Dónde narices está Wayne?

El medio día pasa y damos de comer a las familias. Les llevo la cuenta, para que se vayan, mientras sudo a mares. He contado al menos once vampiros más el que está dentro de la cocina. ¿Y a qué esperan? ¿A otro vampiro? ¿A Wayne? Él no podrá con todos, y además, están los humanos.

Se hace tarde y les pido a las familias humanas que desalojen la mesa, aun a riesgo de ser maleducada. Ellos comienzan a recoger, pero entonces, entra Wayne.

Todos se quedan callados y una leve sonrisa del que tenía sujeto a Emmet me confirma que lo esperaban a él. Claro, sin el alfa, la manada se vería debilitada. Él saluda con corrección y mira como si no le diera importancia a todos los presentes. Se sienta en la barra y me pide un café.

Procuro no temblar y miro de reojo a la cocina. Rezo porque me entienda. Guardo una escopeta en el despacho, algo que no me va a dar tiempo a buscar, pero al menos tengo un bate de béisbol bajo la barra. Uno de esos especiales que mi tío encerraba con un líquido transparente cada semana y que nos obligaba a cuidar.

Dos de los vampiros se acercan por detrás a Wayne, que teclea en su móvil. Me mira con los ojos ligeramente amarillos. Susurra «escóndete», pero es lo último que yo haré.

Uno de los vampiros saca una daga y lo ataca, mientras que el otro tiene un revólver en la mano. Yo tomo la cafetera hirviendo y se la estampo en la cara, haciendo que el tipo aülle quemado. Las familias humanas salen corriendo del local gracias a dios. Me agacho a por el bate y salto la barra, atizando a uno de los vampiros que ataca por detrás a Wayne. El vampiro se echa para atrás, mirándome incrédulo y estalla en mil pedazos sin motivo aparente, salpicándome de sangre, pero poco me importa.

Emmet se ha liberado de sus captores y convertido en lobo, muerde y arranca cabezas. Wayne es ahora mismo un híbrido entre lobo y hombre y sus garras atacan cualquier vientre que esté cerca.

Golpeo a una segunda vampira con el bate y también se echa las manos a la cara horrorizada y estalla en sangre y vísceras que salen disparadas, manchándome toda la cara y gran parte de mi pecho y estómago. Creo que he tragado algo, me dan arcadas, pero no pienso más.

Corro hacia la cocina donde el vampiro está mordiendo a Birdie y le aplasto la cabeza con el bate. Entonces entra Jace por atrás, casi convertido y salta la barra, con un rugido feroz. Mac está en un rincón inconsciente, mordida también y le pongo un paño en la herida. Birdie solloza y le doy otro paño para contener la sangre. Hay una mezcla repugnante entre los restos pegajosos del vampiro, su sangre y toda la comida que se ha desparramado. Me pongo delante de sus

hermanas, armada con ese bate y espero a que cualquier vampiro se atrevía a acercarse.

La puerta se abre de golpe y entra Wayne, con el pecho cubierto de sangre. Nos mira y luego vuelve a salir. Todavía se escuchan más rugidos, aullidos y gruñidos, además de las mesas y sillas destrozadas. Un vampiro entra por la puerta de atrás y se lanza a por mí. Preparo mi bate y lo golpeo. Wayne entra en ese momento y todos somos salpicados de vísceras y sangre del último vampiro.

—Joder, malditos sean —ruge Wayne a la oscuridad respirando agitado. Por fin se calma todo.

Dejo caer el bate y me giro hacia mis hermanas. Ambas están muy débiles y han perdido mucha sangre.

—Tengo que llevarlas al hospital —digo aterrada.

—No puedes ir así, estás cubierta de sangre y vísceras. Llamaré a mi equipo. Ellos las curarán.

—Mierda, Wayne, ¿esto no va a parar?

—No lo sé, ¿y cómo coño has podido deshacerlos con un golpe?

—Es lo de menos. Saquémoslas.

Wayne toma en brazos a Birdie y la olisquea. Luego Jace, que entra, coge a Mac. Solo se ha salvado una de las mesas y las colocan allí. Las sirenas de la policía ya se acercan.

—Están muy débiles —dice Wayne tomándoles el pulso.

—Hijos de puta —digo temblando. Jace me aparta.

Entra el sheriff y un equipo licos de sanitarios. Wayne les señala a las muchachas y ellos sacan sangre de una nevera. Curan la herida y enseguida les ponen el gotero.

No las pierdo de vista mientras Wayne, con un paño, limpia mi rostro sin importarme nada que no sean mis hermanas.

—¿Qué ha pasado, joder? Es una puta carnicería —dice el sheriff.

—Me atacaron. Y tenían retenidos a Emmet y a las hermanas. Por suerte, Jace no estaba demasiado lejos y pudo ayudarme.

—¿Cuántos eran?

—Doce —digo—, doce vampiros, quizá trece y algún humano. No sé dónde estará. Tal vez solo era su comida.

—¿Solos contra doce?

—Estaba Emmet —dice Wayne sin nombrarme. Muevo la cabeza comprendiendo. Más valía—. Jace, avisa al equipo de limpieza para que vengan lo antes posible.

—Desconectaron la señal del móvil, o la interceptaron. Por eso no os pudimos avisar —digo. Birdie gime y me acerco a ella.

—¿Cómo estás?

—Creo que... bien.

—Tenemos que llevarnos a la otra joven al hospital. Necesita más de lo que podemos atenderla aquí. Tiene el cuello desgarrado y aunque hemos contenido la hemorragia, hay que operar. Seremos discretos, señor Wade.

—Está bien, llevároslas a las dos y Jace, ponles vigilancia.

—Sí.

—¿Y yo? Quiero ir.

—Primero vas a lavarte. Parece que hayas venido de una matanza. Y luego te acompañaré al hospital. Confío en los doctores, son de nuestra manada.

—En el primer piso hay una ducha y guardamos algo de ropa, por si... acaso. Subiré. Puedes

irte a cambiar si quieres.

—No te dejaré sola. Jace está patrullando la zona con mis hermanos.

—Creo que esta vez no venían a por mí, sino por ti, Wayne.

—Es posible. Por eso, mejor estar juntos. Y súbete ese bate que tienes porque quiero examinarlo.

Tomo el bate. Curiosamente la sangre de los vampiros ha resbalado y no está manchado, como si fuera impermeable. Una vez que se han llevado a mis hermanas, subimos las escaleras después de cerrar la puerta y atrancarla por si acaso. En la parte superior del restaurante hay un pequeño apartamento con una habitación, ducha y cocina que no solemos usar, aunque sí está preparado por si acaso. Y más arriba, una buhardilla llena de trastos. Abro la ducha y me meto, con la ropa incluida. Me apoyo en la pared mientras el agua barre toda la sangre y pedazos de carne de los vampiros. Siento ganas de vomitar cuando meto los dedos en mi cabello y empiezo a encontrar trozos sólidos y pegajosos.

—Déjame ayudarte.

Wayne, con solo su ropa interior, se mete conmigo, limpiándome el cabello, dejando caer cualquier cosa que no quiero ni ver. Tengo los ojos cerrados, temblando. Me dejo quitar la camisa y también los pantalones, me abandono a su cuidado sin protestar y él me limpia el rostro y las piernas, hasta que el agua sale transparente.

Cierra el grifo y toma una toalla para envolverme, pero antes, me quito la ropa interior. Me da igual, a estas alturas, que me vea. Tampoco es que sea el momento. Me seca, con cuidado y lo miro a los ojos.

—Esto no va a parar nunca —afirmo. Él se encoge de hombros. Me siento tan abatida, hemos estado tan cerca de la muerte, que hago una tontería, una estupidez que posiblemente me haga sentirme viva.

Paso los brazos por su nuca, acariciando su húmedo cabello que llega hasta los hombros. Él pasa el pulgar por mi mejilla, con tal suavidad que acabo recostando el rostro en su enorme palma de la mano.

—Wayne, gracias. De nuevo me has salvado.

—Y tú a mí. Recuerda esos batazos.

—Necesito... te necesito. Bésame.

—No... si empiezo, no podré parar, Holls. No podré...

—No quiero que lo hagas.

Me toma en brazos y sale al dormitorio, depositándome con suavidad sobre la cama y abre la toalla, observándome con verdadera adoración, como si fuera una joya preciada. Luego, se quita la ropa interior y su enorme envergadura salta, libre y feliz. Se sitúa a mi lado, la cama se hunde por su peso y acaricia mi cara, bajando por la línea de mi clavícula hasta el escote, para atrapar uno de mis endurecidos pezones. No puedo evitar gemir. Él se retira por un momento.

—Escucha... cuando, cuando los licántropos hacemos el amor... a veces, nuestros ojos o incluso el rostro, tiembla, puede que veas... algo extraño.

—Mientras no me folle un perro, todo va bien —digo con media sonrisa.

—Eres mala. Yo te aviso...

—Wayne, por favor, quiero tenerte dentro de mí, quiero por un momento dejar de... pensar.

—Soy tu hombre —dice él serio.

Se coloca sobre mí, jugando con su dureza que frota por mi humedad, lo que hace que me retuerza, deseando que entre, pero él no lo hace. Me besa, lamiendo mis pechos, haciendo que me arquee.

—Eres tan deliciosa —gime y yo creo que no puedo estar más húmeda. Le doy un toque con mi pubis y paso las manos por su cintura, agarrando su carnoso y musculado trasero y empujándolo contra mí. Sé que puedo parecer estar desesperada, o tal vez lo esté. Él suelta una leve risita.

Coloca su abultada verga en la entrada y se desliza como el plátano en una fondue de chocolate. Creo que jamás volveré a sentir lo mismo cuando coma algo así. Mi vagina se adapta a su anchura y longitud, desde luego es macho alfa en todos los sentidos. Gimo, me arqueo y él empieza a moverse, primero con suavidad, pero luego va acelerando. Me mira fijamente y veo que sus ojos son amarillos, pero no me asusta. Quiero más. Se apoya en el antebrazo para esconder su rostro en mi cuello y noto algo más de pelo y ciertos temblores que no corresponden al acto, y me da igual. Es como si fuera a cambiar y también me importaría poco.

—Deberías cerrar los ojos —dice con un susurro gutural.

—No —jadeo—, me da igual cómo seas.

Él gime y todavía se endurece más, se mueve creo que intentando mantener el control, aun así, no creo que pueda cerrar las piernas en un par de días. Su espalda sigue siendo la de un humano y la acaricio, paso mis dedos, agarrándolo con fuerza. Él parece agonizar de placer y siento, no sé cómo, que por dentro ha llegado a mi límite, que no podría introducirse más. Entonces, empiezo a temblar, a sentir que se acerca mi clímax, algo que retumba todo mi cuerpo, me arqueo, jadeando como una loca poseída, llamándole, mientras él se entrega por completo a mí, hasta que estallo en una sensación que jamás había tenido, casi al borde del desmayo y siento que él se deja llevar, gruñendo e inundándome de placer y de todo lo que debía llevar dentro.

Respiro, todavía jadeando y él lame mi mandíbula con su lengua todavía áspera. Siento que me olisquea y ronronea como un gato. Suelto una risita.

—Tienes la lengua más áspera que antes.

—Eso dura poco —dice besándome con suavidad.

Levanta la cabeza para mirarme, con los ojos todavía amarillos y atrapa mi boca, para demostrarme que su lengua es de lo más normal, y juguetona. Noto como se endurece dentro de mí, de nuevo. Se aparta, para retirarse, pero lo atrapo con mis piernas. Una leve sonrisa hace que me derrita. ¿Por qué es tan atractivo y sexy? Jadeo, sin poder evitarlo.

—¿Te hago daño?

—No, no. Yo... también lo deseo. Pero... si tienes que parar...

Él sale lo que me lleva a una pequeña protesta, pero entonces él me gira, me pone a cuatro patas, tal vez para tener una mejor perspectiva de mi redondo culo. Se echa boca arriba y se mete entre mis piernas para lamer mi mojado coño que ya canta de nuevo. Después de dedicarle un inestimable tiempo y que esté a punto de correrme, se levanta, originando una maldición de mi boca y vuelve a reírse.

—Protestas mucho, Holls.

Se pone detrás de mí y de una certera arremetida, entra en mí de golpe. Se coloca apoyado en mi espalda, como un perrito, lo que casi me da la risa, que creo que él interpreta como un jadeo y empieza a moverse rápido, haciendo que me ponga a mil por hora. Él gruñe.

—¿Qué...?

—Déjate llevar —dice él de nuevo con la voz gutural. Gimo, excitada hasta sentir fiebre. Es como si me cubriera, como si me llenase por completo.

—Te gusta al estilo perrito ¿eh? —dice mi boca descarada.

—Me gusta de cualquier forma si es contigo —susurra él.

La mano de Wayne masajea el clítoris mientras que sus empentones me atraviesan, sacando y

metiendo tan rápido que ya no puedo reaccionar. Uno tras otro, dos orgasmos me hacen retorcerme de placer hasta pedir que pare o creo que perderé el conocimiento. Él se deja llevar del todo durante unos minutos en los que siento su semen caliente en mi interior y un dulce olor a sexo nos cubre hasta que por fin, se deja caer exhausto en la cama. Yo me recuesto sobre su pecho, sobre su cuerpo entero, con una palpitación tan enorme entre las piernas, que podría decirse que el corazón ha bajado allí. Siento que la humedad me rebosa.

—Me has dejado muy.... Pegajosa.... Estoy como llena.

—Es lo normal —dice él acariciando mi espalda—. Soy un alfa. Tengo más potencia que los demás.

—Ni que lo digas —suspiro—. Deberíamos ir... ahora me siento mal, mis hermanas... y yo aquí...

—Necesitabas un momento, Holls. Solo unos minutos y nos iremos. De verdad. Están bien atendidas. Quédate echada junto a mí.

Me abraza y olisquea y me quedo quieta, disfrutando de ese momento raro y único.

—¿Sabes? Aquella noche... creo que no recuerdas muy bien lo que pasó.

—La noche en que te... forcé... siempre me sentí mal por ello.

—Tal vez no si hubieras hablado conmigo. No me forzaste, Wayne.

Me incorporo y me apoyo en su pecho, mirándolo a la cara.

—Te vi deambular desnudo, despistado y vaya, ya tenías un cuerpo muy apetecible. Te llamé desde el patio. Tío Ben me había dicho lo que iba a ocurrir y me ordenó que cerrase las ventanas, pero yo quería ver el espectáculo. Me fui al restaurante y estuve mirando por la valla. Diste un buen salto y eso... wow, me puso a cien. Es cierto que te corriste muy rápido, pero yo también lo disfrute, Wayne. Jamás sentí que me habías forzado. Después, mi tío se dio cuenta de lo que había pasado y me prohibió verte. Supongo que tú no estabas muy bien y a partir de todo eso... llegamos a esto.

—Joder, toda mi vida alejándome de ti porque pensé que...

—Ya. La vida. Y Ben me dijo que yo no era para ti, que ibas a ser el alfa y necesitabas una loba que te diera cachorros, algo que nosotros jamás tendríamos.

—Me importa poco tener descendencia. Nunca fue mi prioridad.

—Deberíamos irnos.

—Pero antes dime qué lleva ese bate.

—No sé. Mi tío nos obligaba a encerarlo cada día. Tengo botes y botes de esa cera en el almacén. Veo que es efectivo.

—¿Puedo verla?

—Debería ducharme antes de nada porque voy llena... de ti.

—Ya se absorberá. Vamos rápido. Vístete. Me ha parecido escuchar algo.

Me visto con rapidez, algo incómoda por la humedad, y él se pone los vaqueros y un jersey que encontramos en un armario. Olisquea el bate. Bajamos al restaurante y entramos en el almacén. Le acerco una lata de cera y él la huele, apartándose de golpe.

—Vaya con Ben. Es una mezcla diría que de plata y acónito. Válida para deshacerte de vampiros o licántropos.

—Supongo que mi tío quería que estuviésemos a salvo.

Salimos del almacén y me guardo una de las latas en la mochila; sabiendo lo efectivas que son, no me separaré de ellas. El restaurante está destrozado, lleno de sangre y vísceras de vampiros. Me apoyo, abatida, en la pared exterior. Hemos perdido lo único que nos daba de comer. Wayne me quita las llaves y cierra la puerta.

—Me quedo con las llaves. Mi equipo de limpieza vendrá mañana.

—Gracias, no sé. Has hecho más de lo que Ben podría imaginar.

—Haría lo que fuera por vosotras —suspira él.

—Algún día me explicarás por qué, porque estoy segura de que esto va más allá de tus deberes como alfa.

Él se encoge de hombros y entramos en el coche, para dirigirnos al hospital. Wayne se vuelve, olisqueando, pero luego acelera.

Capítulo 13. Wayne y su mejor error

Conduzco sin mirarla a los ojos porque sí, le he hecho la putada de su vida, y no solo por follármela. La he hecho mía, la he marcado y la he llenado de mi semilla que, si bien sé que es algo inútil, porque ambos somos incompatibles, demostrará a todos que es mía. Esta vez sí que la he forzado y sin su consentimiento.

Todavía estoy sorprendido de lo que me ha dicho sobre la fatídica noche en la que me convertí en hombre y por la que siempre me sentí mal. Tal mal como en ese momento. Pero ha sido para salvarla. Siempre lo fue.

Llegamos al hospital y entramos deprisa. Ella parece incómoda pero sé que mi semilla se irá absorbiendo, aunque no quede embarazada. Algunos lobos que rondan los pasillos, vigilando, la miran asombrados, pero no dicen nada.

Ella llega a la recepción y pregunta por sus hermanas. Enseguida la conducen a la habitación donde ambas estaban monitorizadas, unidas a las máquinas y con goteros de sangre. Jace se levanta rápido y mira a Holly, oliendo. Me lo llevo fuera de la habitación.

—¿Qué has hecho, hombre? ¿Cómo... si ella no es...?

—Ella no lo sabe y lo he hecho para protegerla. Así que silencio.

—No jodas, Wayne. No puedes hacer eso sin su consentimiento.

—Consintió en acostarse conmigo. Eso cuenta.

—No cuenta para marcarla como tuya. Pero... quizá es lo mejor. Los vampiros no se atreverán a tocar a la reina del alfa. Joder, pero aun así. Es Holly.

Jace se apoya en la pared retirándose su cabello. No se ha duchado aunque sí ha limpiado la sangre de su cara y manos. La ropa está hecha un desastre.

—Me quedaré con ellas. Ve a ducharte.

—Cuando se entere se va a cabrear.

—Lo he hecho por ella.

—¿Sí? ¿Tú crees? Estás obsesionado desde...

—Ella me ha confesado que me llamó. No la violé, Jace. Solo que no lo recordaba.

—Me alegro, sin embargo, ahora sí la has cagado de forma consciente. Te van a cuestionar en la manada.

—Puede que se me haya ido un poco la cabeza, lo sé.

Me quedo mirando a mi hermano y él me da un abrazo.

—Estás loco por ella, hermano. Y ese es el tema. Supongo que nadie elige a propósito de quien enamorarse. Anda, ve. Voy a ducharme. Los chicos siguen rondando el bosque, pero no hay nada.

—Gracias, Jace.

—Para eso estamos.

Se va caminando por el pasillo y entro en la habitación. Holly está sentada al lado de Birdie que respira con dificultad, pero está consciente. Mac, sin embargo, no ha despertado y tiene un respirador conectado.

—La han operado, me ha dicho mi hermana. Tenía la garganta desgarrada. Te juro que si veo uno de esos chupasangres, me lo cargaré.

—Ya lo hiciste, tranquila.

Me acerco a las chicas y las olisqueo. Ahora que tengo más metido el olor de Holly en mi cabeza, noto la sutil diferencia.

—¿Qué?

—Su sangre no huele como la tuya. Espera un momento, ahora vengo.

Salgo de la habitación y llamo al médico licántropo que se acerca enseguida.

—Quiero que les hagas un análisis genético a las tres. Averigua la posibilidad de que sean realmente hermanas y también necesito ver si tienen algún tipo de par de genes fuera de lo normal, es decir, no humanos.

—Señor Wade, es un análisis muy caro.

—Yo lo costearé. Y lo quiero ya, hoy mismo. Sé que se puede hacer.

—Sí, señor. Necesitaré muestras de sangre de las tres.

—Trae todo para ello, estaré dentro.

Vuelvo a entrar y les explico.

—Creo que nunca os han hecho un examen genético, ¿verdad?

Holly niega.

—He encargado al doctor de la manada que os tome muestras. Creo que sería importante para averiguar el motivo por el que os persiguen. Tal vez en vuestra sangre haya algo que atraiga o que sea distinto. Espero que te parezca bien.

—Sí, gracias, lo veo bien —suspira Holly—. Mis hermanas están muy débiles. Deberían quedarse ingresadas unos días, pero...

—Yo pagaré todo, estáis en la manada. No te preocupes ahora de eso. Siempre cuido de los míos.

—Te lo devolveré.

—No seas así, Holly. Deja que te ayude. Es algo que hago por todos los del grupo, ¿cómo no lo iba a hacer por ti?

—Está bien. Pero no volverás a pagar en el restaurante.

Me echo a reír y asiento.

—Pienso ir a comer todos los días.

Ella se sonroja y sonrío. Birdie le da un pequeño apretón en la mano.

El doctor licos entra y les saca sangre a las tres. Al menos, sabremos a qué atenernos. Mientras tanto, envío un mensaje al embajador de la corte negra informándole que hemos sufrido un ataque de vampiros desconocidos y que todos ellos han desaparecido.

Enseguida me contesta y me informa que al día siguiente, al atardecer, contactará conmigo. Antes irá a hablar con el rey de la corte negra.

Amanece. Holly se ha dormido en la silla, apoyada en la cama de Birdie y las dos hermanas pequeñas descansan, respirando con cierta dificultad. El doctor se asoma con una carpeta. Las miro y salgo despacio, sin hacer ruido.

—¿Qué?

—Señor Wade, he repetido tres veces el análisis y puedo decir que es concluyente. Las dos muchachas, Birdie y Mackenzie son hermanas y en su sangre hay un noventa por cien genes humanos y un diez por cien de sobrenatural, que no corresponde ni a vampiro ni a lobo. Es algo extraño y curioso. He pensado enviar la muestra al laboratorio de Nueva York. Pero antes... la tercera muestra. La de la hermana mayor. Ella, no sé, señor Wade.

—Habla de una vez.

—Es que es genéticamente increíble, señor. Es una mezcla absurda entre genes de lobo y vampiro. La base sí es humana. Sabe que muchos humanos tienen los genes de vampiro o licántropo latentes y que a veces, de forma espontánea, se convierten. O con el empuje adecuado. En el caso de Holly, ella... todos sus genes son sobrenaturales, como si hubiera sido... creada en un laboratorio.

—¿Entonces ella se podría convertir en uno o en otro?

—En teoría, una de las dos secuencias genéticas podría dominar a la otra. O tal vez si un vampiro la mordiera o un lobo la iniciara o compartiera su sangre.... Pero es todo en teoría. Los lobos solo nacemos lobos, no nos convertimos. Podría enviarlo a Nueva York.

—No. Te ordeno que no digas nada a nadie sobre esto y que destruyas los informes. Dirás que has descubierto que no son hermanas entre sí y nada más. ¿Entendido? —La voz de alfa hizo que el hombre comenzara a temblar.

—Sí, señor Wade. Así lo haré. Lo juro por mi vida.

—Lo sé, hombre. Entra y explícales que no son hermanas genéticamente, con eso diría yo que va a ser suficiente golpe para ellas.

—Sí, señor Wade.

Entra y Holly levanta la cabeza. El doctor les explica a Birdie y a ella que no son hermanas y ellas se quedan en shock. Luego se va y ella me mira.

—¿Hay algo más? El tipo parecía asustado.

—Bueno, le eché la bronca por si se había confundido. Supongo que tiene miedo al alfa. Lo siento. Siento los resultados.

—Pero es que no lo entiendo. Mi madre tenía fotos embarazada de mí, también de mis hermanas. Asistí al parto de Mac. Entiendo que soy yo la que no nació de ella... pero...

—Tranquila. ¿No dices que tu madre está viva? Tal vez algún día la encontremos. Preguntaré a las manadas... haré lo que sea por encontrarla.

—No, Wayne. Si ella... quisiera, habría vuelto. Es posible que Ben pensara que estaba viva y no lo estuviera. No quiero que nos hagamos ilusiones. Lo primero es que mis hermanas se recuperen, porque aunque no llevemos la misma sangre, son mi familia.

Birdie asiente entre lágrimas.

—Y lo segundo es limpiar el local. No te imaginas la de sangre que había por todas partes. Creo que nunca se quedará igual.

—No pongas en duda mi equipo de limpieza. Te aseguro que son los mejores —digo. Ella asiente. Birdie me mira y luego a ella. Holly se encoge de hombros y sonríe un poquito, a lo que su hermana le corresponde con una suave sonrisa.

—Os dejo un rato. Voy a por café y algo de comer para los dos. No os mováis de aquí.

Salgo, dejándolas un momento a solas. Supongo que tienen que aceptar el hecho de no ser hermanas y vuelvo a sentirse culpable de ocultar la verdad a Holly. Varias verdades y graves decisiones, de hecho.

El embajador me llama por teléfono y me dice que el rey está muy disgustado. Que ha hablado con la reina roja y que ella le ha asegurado que no envió a nadie a Eureka. Que tal vez era un ataque de vampiros solitarios. Se disculpan en nombre de su raza, pero ninguno asume la responsabilidad. También me dice que no va a viajar aquí porque tenían una reunión de alto nivel con los reyes vampiros de varias de las zonas, debido al incidente. Y que me informará del resultado, dentro de lo que pudiera informarle.

Cuelgo sin despedirme, furioso. No aceptan la responsabilidad. ¡Menuda mierda! Entonces avisaré a todos los alfas, los pondré alerta por una posible guerra. Si los vampiros llegan a un acuerdo, tal vez se confabulen contra nosotros. Empiezo a mandar mensajes a los jefes de las manadas del país, informándoles de todo. Las cosas se podrían poner muy mal.

Capítulo 14. ¡Sorpresa!

—Así que... ¿Wayne?

—Lo siento, no sé cómo pasó. Vosotras aquí... me metí en la ducha y él me ayudó... estaba cubierta de restos de vampiro...

—No te sientas culpable. Tampoco es que pudieras hacer mucho y me alegro. Habéis estado muy tensos. Necesitabas un desahogo y creo que ha sido satisfactorio.

—Como con nadie, Birdie. No sé. Es... especial.

—He pasado mucho miedo, Holls. Me sentía indefensa y Mac... se resistió, pero yo no pude hacer nada. Fui una cobarde.

—Estabas aterrorizada, cariño.

—Tú no. Les diste fuerte con el bate.

—Ya sabes que soy muy bruta. No te preocupes, te enseñaré a batear.

—¿Pero es que van a regresar? —pregunta asustada, mirando la puerta.

—No lo sé. Es posible. Debemos defendernos. Y Wayne nos ayudará, no te preocupes.

Entra una enfermera y el médico licántropo y me hace una leve reverencia que no comprendo. Examina primero a Birdie y asiente.

—Ya estás casi recuperada, muchacha. Mañana te daremos el alta.

—¿Y Mac? —pregunta con un hilo de voz.

—Vamos a examinarla para ver si su recuperación es... tan rápida como la tuya.

Miro a la enfermera. No es una licos, pero sí algo más. Me guiña el ojo y toma las constantes a mi hermana pequeña. El médico levanta el apósito y exclama. La cicatriz apenas es visible.

—Quítale el sedante, Elaine, creo que la niña despertará enseguida. De hecho, posiblemente le quitaremos ya el respirador.

La enfermera cierra el gotero pequeño y con mucha habilidad, el médico le quita el respirador y ve con satisfacción que mi hermana respira sola. Una pequeña tos nos alegra. Ella abre los ojos que son ligeramente ahusados. O eso me parece ver, pero luego, vuelve a la normalidad. Miro al médico que está anotando algo, pero la enfermera sonríe ampliamente. Al girarse hacia mí, juraría que ella también tiene esos iris, pero creo que ya estoy viendo fantasmas.

—¿Holly? ¿Birdie? —pregunta con la voz ronca del respirador.

—Toma un poco de agua, muchacha —dice la enfermera dándole del vaso. Ella bebe y luego tose.

—Estamos bien, todos bien. Tranquila —respondo sentándome junto a ella y tomándole de la mano. Está algo más fría y miro al médico.

Él le toma el pulso y luego mira a la enfermera. Ella lleva la mano a su nariz y olisquea, asintiendo.

—No te preocupes, Holly, es parte del proceso.

—¿De qué proceso? —pregunto asustada.

—Es propio de las transfusiones de sangre, a veces reaccionan así —dice la enfermera—. Pronto será como siempre. Volvemos en un rato.

Se marchan y nos dejan a las tres, aprovecho a contarles todo lo que ha pasado, con pelos y señales. Bueno, lo del apartamento no les especifico, aunque sí le digo a Mac que he estado con Wayne. No sé qué es él para mí o yo para él.

—Es un hombre muy atractivo y buena persona. Se nota que siempre ha estado colado por ti —dice Mac. Me encojo de hombros.

—Veremos dónde lleva todo esto. Ahora, lo primero es que os recuperéis.

—¿Y qué haremos luego? —dice Birdie asustada.

—Intentaremos llevar la misma vida que antes. Es que no tenemos otra opción. Y si vienen más chupasangres, pues no sé, les daremos fuerte. El bate de tío Ben fue muy eficaz. Prepararemos más con esa cera que tiene. Recordáis la receta, ¿verdad?

—Sí, claro, nos obligó a aprenderla, se puso muy insistente con ello, y con la preparación. Podría hacerla con los ojos cerrados —bufó Mac.

—Sí, el caso es que lleva acónito y plata, algo que va muy mal para licántropos y vampiros. Creo que en el fondo, no se fiaba de ninguno. Deberíamos hacer una buena cantidad y tener de reserva.

—El almacén está lleno, Holls —dice Birdie—, pero haremos más.

—Podemos extenderla por los marcos de las puertas y por todas las superficies.

—¿Y a los licántropos les afecta? —pregunta Mac.

—No lo sé. Le preguntaré a Wayne, pero os digo una cosa. Si hace falta, no los dejaremos entrar.

—Pero son nuestros principales clientes —protesta Birdie.

—Ya pensaré en algo. Ahora solo poneros bien.

—Creo que me siento mejor que bien —dice Mac.

De hecho, se levanta y nos mira asombrada. Birdie parece menos fuerte. No puedo creer que mi hermana pequeña haya estado a punto de morir y parezca tan sana.

—Creo que nosotras también somos algo —suspiro—, y me da que ese doctor sabe alguna cosa y no lo quiere decir.

—De hecho, Mac... tú y yo somos hermanas de sangre, pero Holly no.

Se queda mirándome atónita y luego se encoje de hombros.

—Me da igual, eres mi hermana mayor, tengamos o no genes familiares.

La abrazo con fuerza y noto que su cuerpo está algo frío, pero no le doy importancia.

—Descansa, Mac. Estás recuperándote.

—Te aseguro que estoy muy bien. Pero sí. El suelo está demasiado caliente.

Me agacho y lo toco. No está caliente, es ella la que está fría, pero no digo nada. Está con los ojos cerrados. Miro a Birdie, preocupada y ella pone las manos en su boca para tapar un sollozo. ¿Qué le está pasando a mi hermanita?

Wayne entra y nos mira. Luego olisquea y mira a Mac. De una forma más rápida de lo que nadie pensaba para un hombre tan grande, se pone delante de nosotras, entre la cama de Birdie y la de Mac.

—¿Qué haces, hombre? —protesto.

Está en posición de ataque y quiero apartarlo, pero es como un enorme bloque de piedra. Sus ojos están amarillos y empieza a temblar.

—¡Basta! —grito y le pego un puñetazo en el rostro. Eso hace que su mirada pase a mí y se tranquilice.

Me aparta, cogiéndome en brazos y mueve la cama de Birdie hasta la esquina. La enfermera entra corriendo y mira acusadora a Wayne. Él la olisquea y de nuevo los ojos comienzan a cambiar.

—Quieto, chucho —dice la mujer—. Ella no te va a atacar. Ni yo. Somos neutrales.

—¿Qué significa esto? —pregunto ya histérica.

—Tu hermana pequeña es una de nosotras. No somos peligrosas... si no se nos ataca. Llevamos tiempo vigilándoos, pensando que el olor... procedía de una de las tres. Pero tú hueles

a ese perro, ella no sé a qué huele pero esta pequeña joya... oh, es tan deliciosa...

—¿Qué... eres? —pregunta Birdie.

—Oh, pero por supuesto. Ya que vamos a ser familia, puedo decirlo. Soy un hada, desde luego.

Capítulo 15. Wayne y una bibliotecaria

Así que es cierto. Existen de verdad. He conseguido calmarme, aunque mi instinto me dice que son peligrosas. La enfermera me mira burlona y atiende a Mac, que le sonrío feliz.

—Desde luego, recuperarte tan pronto de ese asqueroso vampiro, me indica que tu genética es buena —dice la tal Elaine, mientras palpa su cabeza, su cuello y luego baja hasta tocarle el vientre y creo que otras partes que me hacen girarme, incómodo.

—Sí, lo es. Eres una gran parte hada y posiblemente el hecho de estar a punto de morir ha despertado lo que había dormido en ti.

—Alucinante —dice Birdie. Holly está sentada en su cama, mirando a su hermana pequeña que parece tan feliz. De hecho, su piel está volviéndose más suave, más delicada y tiene algo que... me atrae.

—A ver, macho alfa —dice la enfermera volviéndose—. Estoy oliendo tus hormonas y es normal, pero no querrás emparejarte con dos hermanas. Además, ella nunca te correspondería. Le enseñaré a ocultarse, pero será mejor que te vayas o te vas a empalmar. Las hadas recién nacidas causamos ese efecto.

Doy un respingo y miro a Holly culpable. Ella mueve la cabeza y salgo por la puerta. Es cierto. Estaba endureciéndome. Joder, ¡putas hadas! Me cruzo con Jace y le ordeno que las vigile desde fuera de la habitación. Casi no puedo hablar..., pero me para y vamos a un rincón, mientras respiro agitado.

—¿Qué te pasa, hombre?

—La pequeña, Mackenzie, es un... hada.

—¿Qué cojones...?

—La enfermera la reconoció, es una de ellas y tienen algo que... excita a los hombres. Por eso es mejor que no te acerques.

—Venga ya, Wayne. ¿En serio?

Mira mi pantalón y luego a mí asombrado.

—Joder. Pues... no entraré. Vete a... desahogarte. Llama a Tam.

—No quiero estar con Tam más. Me transformaré y luego... vuelvo.

Salgo casi corriendo del hospital demasiado trastornado. No quiero sentir eso. Voy casi corriendo hasta la linde del bosque y me desnudo rápido, dejo la ropa en un hueco del árbol y corro a cuatro patas, hasta la montaña, rápido, arrancando la tierra con las zarpas, desesperado y poco a poco, voy perdiendo la consciencia hasta que me solo veo sonidos, luces, y una loba. Voy por ella, le muerdo ligeramente en el cuello y ella se somete a mí.

Despierto, desnudo en el bosque y a mi lado, está Tamika, también desnuda. Me levanto, horrorizado. Ella se despereza sonriendo.

—Madre mía, Wayne, es el mejor polvo de mi vida. Ya era hora que te dejaras llevar.

La olisqueo y por suerte, no he tenido la cabeza tan mal como para hacerlo. O tal vez no pueda por haber marcado a Holly antes. Pero esto no está bien.

—Ha sido un error. Estaba... mal.

—No seas así, Wayne. Me cazaste y me follaste bien. Primero como lobo y luego como hombre. Imagino que acabarás marcándome de una puta vez. Me lo merezco.

—Un alfa marca a su mujer por amor, no porque se lo merezca —digo caminando hacia mi ropa.

—¡Yo te amo! Y soy una loba de pedigrí, no como esa zorra humana. Ella nunca te dará alfas.

Se levanta y se pone delante de mí, desnuda. Reconozco que podría ser una buena esposa de alfa, pero no para mí.

—Lo siento, Tam. Nunca te prometí nada. Y no te amo.

—¿Y a ella sí?

—Ya se verá.

—No puedes rechazarme, estoy harta de que solo me uses para tu placer.

—Pensé que tú disfrutabas también —digo levantando una ceja.

—Y lo hago, Wayne, pero te amo. De verdad. Quiero ser solo tuya.

—Me da que no serías nunca solo mía. Gracias por tus servicios.

—Eres un hijo de puta, Wayne —dice atacándome por detrás. Me la quito de encima y la dejo en el suelo. Vuelvo a transformarme con un gran sentimiento de culpabilidad, pero no puedo ni quiero hacer más. Llego a la linde del bosque, donde dejé mi ropa. Me visto y camino hacia casa.

Le mando un mensaje a Jace que dice que está enfrente de la puerta, no se atreve a acercarse porque empezó a ponérsele dura. Digo que no se acerque mucho, por si acaso.

Me dice que la enfermera le ha dado algo para que no alborote a los hombres del hospital. Los sobrenaturales son más sensibles a sus encantos, pero ha visto alguno querer entrar en la habitación, hasta que él lo ha apartado.

Me voy directamente a la torre de tía Misia. Con todo el jaleo, Jace no me dijo nada si ella sabía algo. Creo que... necesito consejo de alguien más experimentado.

La torre es una edificación de piedra alta, como de tres pisos y de unos cuarenta metros de diámetro. Pero no es solo lo que se ve. Abajo, tras una trampilla, excavaron una gran bodega donde se apilan los libros. Una vez, cuando tenía unos nueve o diez años, mi padre me la enseñó. Me quedé maravillado, sobre todo porque había luz natural, que venía de algún lugar que no comprendí entonces. Ahora, al ver los árboles secos, sé que están huecos y que tal vez sean claraboyas. Llamo a la puerta y espero. Mi tía es anciana, pero tiene buen oído y olfato.

Al cabo de un rato, abre la puerta y me mira de arriba abajo.

—Le dije a tu hermano que no tenía nada que decir.

—Tía Misia, estamos en una crisis. Soy tu alfa, igual que fue mi padre y...

—No me vengas con esas cosas de machito, Wayne. Te di una palmada en tu rosado trasero cuando naciste. Está bien, pasa.

Se apoya en su retorcido bastón y me hace pasar, dejándome espacio para agacharme y no darme con el dintel en la cabeza. Es una agradable estancia con una gran mesa llena de libros abiertos. Libros muy antiguos. Tiene estanterías circulares y la chimenea encendida. Un fogón en un lado está hirviendo.

—Estaba haciéndome una infusión. Te vendrá bien.

Asiento. Nunca tomo té, pero no digo nada. La veo coger dos tazas dispares, que pone sobre la mesa, retirando los libros con sumo cuidado. Luego, pone un disco redondo de madera y recoge la tetera. Sirve el líquido en las dos tazas y sin sentarse todavía, busca una lata de galletas y me ofrece una.

—Tía Misia...

—Come, muchacho.

Metó la mano y tomo una de esas galletas de pepitas de chocolate que tanto me gustaban de pequeño. Saben a infancia.

—A ver, explícame. ¿Qué está pasando y por qué has marcado a una humana?

Doy un respingo y la miro con los ojos entrecerrados.

—Bah, aquí parece que no me entero de nada, pero lo sé todo. Esos malditos chupasangres... pero tú sabes cómo combatirlos. Eres el alfa más dotado en mucho tiempo.

—El caso es que a tu primera pregunta, porque la amo y a la segunda, estamos en un riesgo grande.

—Pero no puedes amar a una humana. Eso es... genéticamente improbable.

—Ella es especial. Supongo que conociste a su madre.

—Ah, sí, Claire Rubens. Venía mucho a verme. Era una eminente médico, muy inteligente, aunque sus ideas eran extrañas.

—¿Qué era? ¿Loba?

—No, para nada. Era humana, diría yo.

—Dice Holly que está viva, que huyó para protegerlas.

—No sé. A mi me pareció que estaba muerta, pero quien sabe. Tuvo un accidente muy grave. Fui a verla al hospital una vez y estaba destrozada. Una humana no se recupera así. Suerte que las niñas tenían a Ben.

—¿Qué más puedes decirme de ella?

—No era muy habladora, pero Ben me suplicó que le dejara acceder a ciertos libros. Yo era reacia, pero me maravilló su inteligencia, para ser humana, quiero decir. Y sí, le dejé pasar algún tiempo aquí. Luego, al cabo de un año, nació Holly.

—Entonces, ¿ella estuvo embarazada de ella?

—Claro, de las tres. Es su madre. Pero nunca pensé que Ben fuera el padre. Ni que tuvieran una relación, además, es imposible. Él sigue siendo un licántropo... o bueno, seguía, aunque me dijo que no quería asustar a las niñas y por eso no se transformó. Si lo hubiera hecho, tal vez el cáncer no se hubiera cebado con él.

—Lo sé —comento, aunque jamás se lo diré a las hermanas. Un licántropo no suele ponerse enfermo y, si lo hace, basta con transformarse a menudo para curarse de forma interna.

—Ahora que lo pienso. Antes de quedarse embarazada de las tres, desapareció un mes. Ben estaba aterrado.

—¿Y por qué Ben se ocupó de ella? Se llevaban mucha edad.

—Creo que estuvo enamorado de su madre. Y ella enfermó... él le prometió cuidarla como si fuera su hija y vinieron aquí. Creo que tuvo... o sea, que se lio con algún lobo. No con tu padre, porque amó a sus dos esposas. Pero bueno, eso pueden ser solo rumores.

Tomo un sorbo de té que me hace sentirme mejor.

—Esa niña, Holly, no es humana del todo, ¿verdad?

—Creo que no. Pero tampoco es loba. No sé. Es... extraño. Por eso quería consultar en los libros.

—Tengo todos los tomos aquí —dice ella tocándose la sien con su huesudo dedo—. Pregunta.

—Te parecerá raro y, espero que no salga de aquí, pero ¿es posible que alguien pueda ser híbrido de lobo y de vampiro?

Ella dio un respingo y achicó los ojos.

—¿En serio me estás preguntando eso, Wayne? Es absurdo. Son dos razas incompatibles del todo. Tanto genética como morfológicamente. Nosotros tenemos ciertas mejoras dentro del cuerpo, pero ¿los vampiros? Están muertos, no pueden reproducirse.

—Ellos pueden tener sexo, tía Misia. Una vez Remy me dijo que... eyaculaba.

—Pues no sé. Según mis libros son estériles y la única forma de tener hijos, si es que se pueden llamar así, es convirtiéndolos. No nacen vampiros, muchacho.

—¿Conoces a un tal R. Watson?

—Por supuesto. Era un mentiroso malvado, un licos que engañó a tu bisabuela para meterse en la biblioteca. Yo diría que hasta robó algún libro. Según me dijo Marie, su curiosidad era insaciable e imagino que también lo era en la cama. Tu bisabuela era más bien... activa en lo que se refiere a eso, ya sabes que enviudó joven.

—Creo que escribió un tratado sobre los licántropos, dando muchos detalles que no deberían ser públicos. Otro sobre los vampiros y otro sobre las hadas.

—¡Imposible!

—Los he visto, tía Misia.

—Entonces, tráelos. Deben estar a buen recaudo.

—Lo intentaré. ¿Qué me puedes decir de las cortes? Están enfrentadas o se van a aliar.

—Los vampiros son rastreros y traidores, pero tienen algo de honor, unos códigos rígidos. Si la corte negra ha firmado contigo un pacto, no lo romperá a menos que...

—¿Qué?

—Que hicieras algo imperdonable, que murieras sin dejar un alfa o que se unieran en matrimonio el rey y la reina. Sí, eso podría pasar.

—¡Joder!

—Y marcar a una humana roza lo imperdonable, si me permites decirlo. Aunque si ella, de alguna forma... pudiera demostrarse que genéticamente es compatible, tal vez no ocurra nada.

—Tengo que averiguar cómo defendernos.

—Pregúntale a las niñas. Ellas tienen un producto que ideamos Ben y yo. El licos era muy listo, lamenté mucho su muerte... y de esa forma, asesinado por un congénere. Aunque, desde luego, iba a morir pronto. ¿Sabes que vino a despedirse? Creo que sabía que iba a morir.

Me remuevo, incómodo.

—¿Por esa cera?

—Sí, claro. Esa cera tiene acónito que es malo para nosotros, pero también una amalgama de plata, y algún ingrediente más que acaba ipso facto con los vampiros. Podéis fabricarla sin la planta, que sea solo letal para ellos. Y, Wayne. Esas niñas nunca fueron normales. Ben lo sabía y desde luego, Claire también.

—Ben salvó la vida a mi padre...

—Sí, desde luego. En una escaramuza contra vampiros, acabaron con todo el grupo. Tu padre estaba a punto de morir y Ben estuvo allí, defendiéndolo hasta que acabó con todos. Cuando los encontraron, estaban casi muertos y los recuperaron por puro milagro. Y luego se volvió a San Francisco, donde vivía la madre de Claire con la niña. El resto ya lo sabes.

—Está bien. Y... otra cosa. ¿qué me dices de las hadas?

—Ah... ellas sí que saben esconderse. Nadie las ha visto, a menos de que ellas quieran. Según uno de mis libros son extremadamente sensuales y emiten feromonas que ponen a los hombres ya sabes, más duros que una piedra —dijo riéndose—. No creo que queden muchas, con tanta contaminación. Dicen que sufren por cada árbol que se tala, cada planta que muere o cada animal que es sacrificado.

—¿Y tienen algún tipo de... poder o lo que sea?

—Además de poder seducir a cualquier macho, sea de la raza que sea... no sé decirte. Todo esto es teórico. Nunca conocí a alguna. Creo recordar en algún tratado que son muy bellas, que solo hay hembras y que pueden manipular en algo la naturaleza, pero todo son suposiciones.

—Pues el tal Watson escribió un tratado, aunque está en un idioma extraño.

—¡Caramba! Estará en idioma feérico. Por favor, necesito ver esos libros.

—Sí, tía Misia, haré lo que pueda. Me marcho. Gracias por el té y por la información.

—No eres tan capullo como tu padre. Puedes volver a verme. Y tráeme a esa humana. Quiero conocerla.

—De acuerdo. Cuídate.

Salgo con más preguntas que respuestas y me voy de vuelta al hospital, caminando deprisa, olisqueando el ambiente. Va a caer tormenta y el agua enmascara los olores. Mal asunto para nosotros y bueno si alguien quiere atacar.

Capítulo 16. Marcada

La enfermera se sienta con Mac. Birdie y yo la miramos. Está distinta, desde luego, más bonita si cabe.

—Ese lobo grandote se ha puesto bien duro —dice Elaine. Yo doy un respingo. Lo siento por Wayne—, y claro, no puedes ir así, soltando chispitas. Yo las llamo así —dice con una encantadora risa—, así que te voy a enseñar lo primero a cubrirte.

—¿Pero por qué soy... hada? Antes no lo era.

—La verdad, no tengo ni idea. Solo sé que lo eres y como encargada de las hadas de Eureka, tengo que ocuparme de ti.

—¿Hadas de Eureka? —pregunto asombrada. Elaine me mira con paciencia.

—Sí, y debéis prometer no decir nada, al igual que tu hombre. Nos han cazado durante muchos siglos y queremos seguir a cubierto. No querrás que le pase nada a Mackenzie, ¿verdad?

—No, no. No diré nada.

—Está bien, sigamos. Vosotras, calladitas. Mi pequeña rosa, tienes que cerrar los ojos y pensar en el centro de tu corazón. Mira si ves una bola dorada. ¿La tienes?

—¡Sí! Ahí está.

—Genial. Ahora siente todo su poder. De ahí vas a poder tomar lo que necesites cuando tú decidas, pero mientras tanto, quiero que imagines una red a su alrededor, una red tejida con ramas verdes, frondosas, llenas de flores. ¿Lo tienes?

—Sí. Son rosas de color blanco.

—¡Preciosas! Ahora cubre la bola dorada y deja una puerta, pero ciérrala. De esa puerta solo tú tienes la llave y puedes abrirla. De momento, mantenla cerrada. Has sacado una gran cantidad de feromonas, seguramente has afectado a muchos hombres cercanos que se habrán excitado, como tu lobo —dice mirándome—, pero puedes hacer más cosas que te iré explicando poco a poco.

—Entonces, ¿soy un hada?

La risa de Eliana, ya sin su máscara, es cristalina, como las gotas de agua que caen en una cascada. Nos quedamos fascinadas, excepto Mac, que se queda tan tranquila.

—Lo eres. Y cuando estés mejor, te presentaré a las demás. Pero... entre nosotras hay quien es malvada, no confíes en que por ser hada vaya a ser una buena... persona, por decirlo así. Algunas tienen ambiciones más allá de lo que significa cuidar la naturaleza, a las personas, y hacerlas felices. Mi opinión es que nos criaron para ser las guardianas del mundo, pero luego aparecieron esos horribles seres...

—¿Los licántropos? —pregunto todavía asombrada.

—Oh, no, ellos son parte de la naturaleza. Podemos aceptarlos. Los vampiros son carne muerta, son aberraciones que deberíamos eliminar del mundo. La mayoría, por no decir todos, son asesinos despiadados con ansia de sangre. Pero... según la reina Thalía, todos los seres sobre la tierra merecen estar, sean vivos o no vivos. No es algo en lo que yo esté de acuerdo....

Se encoge de hombros y veo un rictus de disgusto en su rostro. También una película de sudor. Está mintiendo, de alguna forma, lo siento.

—¿Y cómo os reproducís si dices que solo hay mujeres? —pregunta Birdie haciendo que ella se eche a reír.

—Aunque no os lo creáis, nacemos de flores —Abrimos los ojos y ella sonríe al explicarnos—. Necesitamos la semilla de cualquier hombre, luego nosotras la sacamos de nuestro cuerpo y vamos a un lugar especial donde guardamos al bebé hada en una flor. Y allí van creciendo. Es un

sitio maravilloso, lleno de magia.

—Me encantaría verlo —dice Birdie. Ella niega con la cabeza y una media sonrisa se desliza por su cara. Mi hermana mediana no se da cuenta, pero yo sí. Noto el desprecio de su tono al responder.

—Solo pueden entrar hadas, lo siento. Tu hermana sí. Ya os lo explicará, aunque... es necesario que no vayáis contándolo todo por ahí. Hemos confiado en vosotras porque... sois especiales. Raras. Nunca había nacido un hada de una mujer y queremos saber por qué. Si fuera posible, tal vez podríamos incluso ser madres directamente. Eso sería muy bonito. Pero bueno —dice levantándose y abrazando a Mac—, lo importante es que te recuperes y que vengas a visitarnos, aunque si a tus hermanas no les importa, podrías venirte unos días a nuestro... lugar especial.

—Primero tiene que recuperarse —digo seria. No sé. Todavía no me fío del todo.

—Por supuesto. Paso luego a verte.

Se va tan feliz y Mac suspira. Se nos queda mirando. En sus ojos hay verdadera ilusión y su rostro resplandece. Está totalmente recuperada, así que espero que nos podamos ir pronto.

—¿Qué os parece? —nos pregunta.

—Alucinante —dice Birdie. Yo también sonrío y asiento, aunque no les diré que no acabo de confiar en Elaine.

—Me gusta el hecho de que seas hada porque te has recuperado muy bien y estás fuera de peligro, aunque es cierto que me preocupa un poco porque no sabemos nada de ellas. Deberíamos ser cautelosas.

—Por supuesto. Seguíis siendo mi prioridad. O sea, me gusta eso de ser hada, aunque no tanto poner a todos los hombres duros, la verdad. Me parece algo... demasiado artificial. ¿Wayne estará bien?

—Voy a llamarlo. Salgo.

Me voy fuera de la habitación y Jace viene a mi encuentro.

—¿Qué diablos pasa? ¿Por qué...? bueno, Wayne estaba excitado y yo tuve que alejarme hasta que todo se calmó.

—Resulta que, y te lo digo porque eres hermano de Wayne y espero que no se lo digas a nadie... resulta que Mac es un hada. Después de estar casi a punto de morir, se convirtió...

—No me tomes el pelo. Las hadas son un mito.

—No te engaña. Es así. Ahora ya no te pondrá duro —digo con una leve sonrisa—. Ha aprendido a controlarlo.

Tampoco es que quiera decirle que Elaine lo es, pero él sabe que no le digo toda la verdad. Supongo que lo huele.

—¿Dónde está Wayne?

—Estaba muy trastornado. Supongo que habrá ido a correr al bosque.

—Entonces no cogerá el teléfono...

—No solemos llevar el móvil en forma de lobo —dice Jace sonriendo—, pero déjale un mensaje y te llamará cuando pueda. Holly... eres importante para él, pero a los lobos puede que no les guste que esté contigo, porque eres humana y él es un alfa.

—Me lo imaginaba. No quiero causarle problemas.

—Le haces feliz —dice tomándome de los brazos— y como hermano, para mí es lo más importante, pero quizá te puedas encontrar con problemas.

—¿Quieres decir, que además de que los vampiros nos quieran raptar, ahora caigo mal a los lobos?

—A algunos, sí. Lo siento. Puede que Wayne quiera evitar que te enteres, para cuidarte, pero creo que es un error. Así estás avisada.

—Gracias, Jace. Aprecio tu sinceridad. Te aseguro que no quiero que él sufra. Yo...

—Lo sé, Holly, sé que sientes algo muy fuerte por mi hermano y que él sonríe de verdad como no lo hacía desde hace tiempo. Noto que... te quiere.. aunque él quizá no lo sepa. Por eso te ruego que no le hagas daño. Lleva mucha responsabilidad a sus espaldas y, la verdad, muchos no aceptan que haya cargado con vosotras.

—Ya, solo somos tres humanas —digo molesta. Se encoge de hombros y me alejo para llamarlo. Si realmente soy tan molesta para él, debería dejarme. Marco su teléfono y no lo coge, así que le dejo el mensaje de que Mac está bien y que pronto nos iremos a casa, que le explicaré todo en persona.

Me cruzo con el doctor que nos ha atendido y vuelve a inclinarse un poco ante mí. Eso me mosquea, pero lo paro.

—Quería preguntar si podría darme los análisis genéticos de mis hermanas y mío.

—Oh, pero..

—Debería dárnoslos, tenemos derecho a verlos. ¿Averiguó algo más sobre nuestra sangre? Empieza a sudar y mira a ambos lados, como si esperase ver a alguien.

—Señorita, yo no puedo.

—¿No puede qué? ¿Darnos nuestros propios análisis? ¿Quién le ha dicho que no puede? ¿Wayne?

Él empieza a sudar y abre mucho los ojos, asustado. Quiere marcharse, pero lo agarro del brazo.

—Hablaré con Wayne, pero quiero esos informes antes de darnos de alta, que por cierto, espero que sea antes del mediodía. Mis hermanas están bien, como podrá comprobar.

Él baja la cabeza y se va deprisa. ¡Maldita sea! ¿Qué se ha creído Wayne? Empiezo a enfurecerme y tengo que pararme y apoyarme en la pared para respirar un poco y calmarme antes de volver a la habitación. Veo una sombra que pasa rápido y luego se para. El vampiro. Él se acerca a mí para saludarme.

—Hola —dice olisqueándome. ¿Por qué todos me huelen? Sé que no me ha dado tiempo de ducharme, pero ¡joder! El tipo abre los ojos bastante, aunque nunca lo he visto sorprenderse. O cambiar mucho de expresión.

—¿Qué haces aquí, Remy?

—Quería interesarme por tus hermanas. Sé que fuisteis atacadas por los míos.

—¿Por los tuyos? —digo enfadada.

—No, o sea, por vampiros. Perdón. Yo no tengo nada que ver, te lo juro. Siento que os hayan atacado...

—Pero también sientes sus muertes.

—Supongo que me apena. Cada vez somos menos. Aunque es cierto que ellos no deberían haber atacados.

—¿Qué está pasando realmente, Remy?

—No debería hablar contigo de esto, pero supongo que al ser la pareja de Wayne... él te dirá de todas formas. Las dos cortes de vampiros de Norteamérica andan muy revueltas, sobre todo la roja. La reina es... caprichosa y se niega a dejar que nos extingamos. Aunque está prohibido por nuestra ley convertir a un cierto número de personas... O sea, puedes convertir a un diez por ciento de tu nido. Y por eso, ella quiere aumentarlo, para que crezca. Eso no le gusta a la corte negra. Lo malo es que si ambos deciden hacer una especie de... carrera por convertir, no será

bueno para los humanos.

—¿Y eso lo sabe Wayne? Imagino que sí.

—Sí, claro. Los licántropos tienen hijos de forma natural y la mayoría, aunque no todos, desarrollan el gen. Su población crece lenta, pero lo hace. Nosotros, no. Supongo que los jefes piensan que no es justo. Los licos controlan nuestra población, aunque puedas pensar que somos más poderosos, ellos tienen el instinto para cazarnos. Y eso no gusta.

—¿Por qué crees que nos persiguen, Remy?

Él se remueve inquieto. Luego me mira con esos ojos grises maquillados en negro. Se encoge de hombros.

—Nosotros siempre nos movemos por la sangre, es nuestra única obsesión. Y la vuestra canta de forma especial. Mientras estéis bajo la protección del alfa, ninguno debería acercarse, pero hay quien no acepta reglas. Como pasa con los humanos. O los licántropos. Wayne rompió las suyas al marcarme y hacerte suya... supongo que también traerá consecuencias.

Mira alrededor y me da un suave beso en la cara y creo que aprovecha para olerme.

—Cuídate, Holly porque estás en medio de una puta batalla.

Se va deprisa y me quedo sin moverme, repasando lo que me ha dicho hasta que caigo en algo que yo no sabía. ¿Marcarme como suya? ¿Qué coño es eso?

Capítulo 17. Wayne. Ataque mortal

Al final no puedo ir al hospital. No me va a dar tiempo porque tengo la conferencia con los alfa de todo el país. Ellos me respetan porque mi familia fue una de las primeras donde nacieron lobos en todo el mundo. El gen mutó cuando uno de mis ancestros nació y a partir de ellos, nacimos varias familias en Europa. De nuestra rama, se fueron extendiendo y uno de los nuestros se vino a Estados Unidos. Somos una especie de federación de alfas y cada uno domina su territorio, comerciamos e incluso, para que no haya endogamia, solemos migrar a otras manadas. Entre todos los alfas, soy el que más influencia tiene, pero sé que lo de Holly puede traerme problemas.

Suspiro, entro en casa y me doy una buena ducha antes de la conferencia. Katy me ha hecho algo de almuerzo y casi lo devoro. Tengo mucho en qué pensar. Tía Misia me ha dejado bastante tocado, pero todavía más haber sido infiel a mi hembra. No sé qué narices me impulsó y me siento miserable por ello.

Veo una llamada de Holly y me deja un mensaje diciendo que cuando pueda, acuda, que están bien y les van a dar de alta. Sé que Jace está allí, así que no iré. Necesito calmarme.

Me voy a mi despacho y preparo todo para la conferencia con los alfas. Katy me trae un café y conecto la sala de chat. Algunos compañeros son más mayores, pero estoy orgulloso de haber promovido este tipo de avances para que estemos en contacto y nos veamos las caras.

Poco a poco, se van conectando los lobos de la zona norte de América, de México, Cuba y República Dominicana. En el sur apenas hay vampiros, debido al clima. Y quizá otro día hable con los que viven en el norte de Europa, allí hay muchos más y dos cortes muy fuertes, la Platino y la Amatista.

Hay un poco de barullo y confusión mientras entran saludando. Algunos no se escuchan y tienen que acudir algún miembro joven de la manada para echar una mano. Por fin, al cabo de quince minutos, logro que los quince se queden callados.

—Bienvenidos, alfas. Ya sabéis que esta reunión urgente es para hablar de los últimos movimientos de los vampiros. Hemos sido atacados por miembros errantes, o eso dicen, pero sé que las dos cortes mayores se van a reunir esta semana. Mucho me temo que pacten algún tipo de alianza entre ellos.

Hay un barullo que calmo levantando la mano.

—Primero, ¿alguno de vosotros ha sido atacado?

Uno de los alfa de San Francisco levanta la mano. Es mi primo, de mi edad y también piensa como yo.

—Adelante, Jackson.

—Sabéis que aquí se asienta la Corte Negra y que los tenemos muy vigilados, pero es cierto que ha habido movimiento. No ataques, pero sí hemos visto algún tipo de reagrupación. Hablé con el embajador y me comentó que era lo normal en la migración de los vampiros. Que son seres que necesitan movimiento, me aseguró que el rey los tenía controlados.

—¿Y lo creíste?

—En absoluto. Hemos doblado la vigilancia, como te comenté, y en su mansión, donde suelen reunirse de noche, había al menos cuarenta o más.

—Son muchos vampiros juntos —dice Carlos, el alfa de México—. Por suerte, nuestro calor hace que tengamos menos. Tal vez hayan decidido marcharse a climas más fríos y oscuros.

—No quiero descartar nada —digo pensativo—, pero es posible que se estén uniendo y eso

sería francamente malo. Tienen prohibido convertir, claro, aunque, ¿quién controla su censo?

—Si los humanos supieran que existimos, tal vez nos ayudarían —dice Bran, de Nueva York. Todos protestan y vuelvo a levantar la mano.

—Imagino que si los humanos conocieran de nuestra existencia, acabaríamos en un zoo y los vampiros... a saber. Lo mismo les encantaban, con tanta película y libro de los fascinantes chupasangres. No creo que estén preparados, a pesar de que algunos de ellos sí lo saben.

—He oído que te has emparejado, Wayne —dice Bran.

—No es nada definitivo —digo y voy a distraerles con otra cosa, porque no quiero que hablemos de eso—. ¿Qué sabéis de las hadas? ¿Habéis encontrado alguna?

—Son cuentos «de hadas» —dice el alfa texano riéndose.

—O puede que no. Os mantendré informados, pero según mi investigación, están a nuestro lado, aunque no las podamos ver.

Se quedan quietos, callados. A veces los licántropos son incapaces de ver más allá de sus narices. ¿Por qué no iban a existir otros seres si nosotros lo hacemos?

—¿Y cómo distinguirlas?

—Todavía no lo sé. Encontré unos libros...

—Unos libros no demuestran su existencia —rebate Bran con chulería.

—No. Pero los hechos sí. Cuando esté seguro y pueda demostrarlo, lo haré. De momento, solo quiero que estéis con los ojos bien abiertos y atentos a los movimientos de los vampiros, informad a todos si hay ataques, o si alguien de las otras cortes realiza algún otro tipo de acción, sea cual sea.

—De acuerdo.

Todos van asintiendo y Bran se queda, me habla por privado para comentarme algo. Salen todos y nos quedamos solos.

—No he querido avergonzarte, Wayne, pero sé que has marcado a una humana. Y eso no es nada bueno. Un alfa debe comprometerse con una loba.

—Además de que mi vida no te importa una mierda, mi padre se casó dos veces. Supongo que tengo derecho a tener varias esposas.

—Si es así, no me opongo a que te diviertas —dice levantando las manos—, pero recuerda que tenemos una gran responsabilidad.

—Recuerda tú que la corte Plata que tienes en tu ciudad es una de las más conflictivas y poderosas.

—Lo sé —dice enfadado y sus ojos cambian ligeramente—, poseen media ciudad. Ante eso, es complicado actuar. Como en ese pueblo donde vives apenas hay vampiros, no tienes ni idea.

Gruño y él baja la cabeza. Luego vuelve a mirarme, más calmado.

—Lo siento, pero esto me pone de los nervios. Cada vez somos menos.

—Tal vez podrías invitar a algunos licos de otras manadas a unirse a vosotros. Coméntalo en el grupo que tenemos. Si les consigues trabajo, puede que más de una familia se anime y viaje a Nueva York. Es una bonita ciudad.

—Está bien, eso haré. Yo te digo lo que pienso a la cara, Wayne, pero no todos lo hacen. Quiero que lo sepas. Hay algunos que discuten tu dominio.

—Gracias, Bran. No me importa tanto perder ese dominio como que los chupasangres no acaben con nosotros. Una vez solucionemos ese problema, me dará igual si otro quiere llevar la responsabilidad.

—Precisamente por eso siempre te votaré, Wayne, porque no quieres el mando. Es la principal razón por la que debes tenerlo.

Asiento y nos despedimos. Bran es un tipo algo arrogante y por qué no, un poco gilipollas, pero al menos dice las cosas a la cara. No puedo decir lo mismo de otros.

Mando un mensaje a Jace, dice que todo está tranquilo en el hospital. Les van a dar de alta en un par de horas, así que voy a aprovechar para colarme en casa de Holly y recoger esos libros. Debo protegerlos.

Dejo el coche en casa y voy caminando. Está a punto de que caiga una gran tormenta y la oscuridad hace que las calles de Eureka no estén muy concurridas. Los habitantes saben que va a llover y no será poco. Incluso han amenazado con avisos por lluvias intensas e inundaciones. Mando a todos los empleados del aserradero a casa, para que refuercen puertas y ventanas. La última vez hubo muchos daños y, aunque no es tierra de huracanes, estamos en el puto Anillo de Fuego del Pacífico, así que hubo sismos que se tragaron un par de casas.

Es posible que suframos algún ataque, ya no sé qué pensar. Llego a la casa de Holly y subo por el balcón de un salto. Me es fácil forzar la ventana y entro. No me siento bien por hacer eso, pero es necesario. Abro la trampilla de su armario y busco los libros. Además de alguna de las escrituras o el testamento, no están. Maldigo en silencio y dejo todo como lo encuentro. ¿Es que ella no se fía de mí? Tal vez tenga razón.

Salto al exterior y camino hacia casa, para buscar la camioneta e ir a por ellas al hospital. Jace me avisa que las trae para casa. Veo de reojo un movimiento y me vuelvo rápido, pero solo hay una sombra. Una sombra que está quieta, enfrente de mí. Es como un fantasma, porque no tiene pies y mi vello se eriza. Peligro. Lleva una capucha negra y no puedo, ni creo que quiera, ver su rostro. Se acerca a mí con rapidez y antes de que pueda cambiar, me ataca.

De repente, estoy en el suelo, y miro mi vientre, que está abierto del todo, palpitando. No siento mucho dolor, aunque sí me apena morir... sin....

Un coche aparca y alguien salta de él corriendo, agitado.

—Wayne, por Dios —dice mi hermano. Lo miro, casi en mi último momento. Ella se pone a mi lado. Tengo que confesarlo antes de morir.

—Lo... siento... Holly... yo... maté a Ben... pero él...

Ella se levanta y se va, corriendo. Jace me mira preocupado y me recoge para colocarme en la camioneta. Pero ya no hay remedio.

—Tú... alfa —consigo decirle.

Me monta en la furgoneta y miro el cielo oscuro, tan oscuro y bonito como sus ojos. Y todo se acaba.

Capítulo 18. Holly. Colapsada

Grito hasta quedarme afónica. Me he apartado de él, horrorizada por ver su vientre abierto, porque la vida del hombre del que me he enamorado se apaga y porque él... él...

No puedo hacer esto. Corro dentro de casa, seguida por mis hermanas que me abrazan. La camioneta de Jace ha salido chirriando ruedas supongo que al hospital. Estoy hiperventilando, hasta que colapso. Mac pone su mano sobre mi frente y me desmayo.

Siento caricias en mi rostro, un suave tacto que me refresca la cara. Me muevo, para mirar quién es y veo a mamá. Ella sonríe y me dice que siempre me cuidará, que nos cuidará a todas. Vuelvo a cerrar los ojos, más tranquila porque ella está allí.

El dolor del pecho es tan grande que me llevo la mano y alguien me aprieta el brazo.

—¿Mamá?

—No, soy Birdie. Tranquila. Mac está preparando una cremita de verduras. De esa que te gusta.

—Tengo que... ver a Wayne. ¿Él ha... muerto?

—Está muy mal, Holls, si no fuera por su naturaleza, habría muerto, pero no saben si se recuperará. Está en una cámara aislado. Ha dicho Jace que una vez le han... cosido... depende de él.

—Me dijo que había, que él había asesinado a tío Ben. No entiendo nada.

Birdie se horroriza y mira a Mac que llega con una bandeja. También lo ha oído y casi se le cae. La deja en mi mesilla y se sienta junto a mí.

—¿Es cierto eso?

—Jace también lo escuchó —digo duramente—. Debemos renunciar al alfa.

—Pero si renunciamos, estaremos indefensas —dice Birdie.

—No tanto —comenta Mac—. Elaine me dijo un par de cosas cuando os marchasteis a comer. Cosas secretas de hadas, pero te aseguro que indefensas no estamos.

—¿Y no puedes contárnoslas? —pregunta de nuevo la mediana. Parece algo decepcionada.

—De verdad que no. Pero si en algún momento hago algo delante de vosotras, las veréis —comenta ilusionada.

—Más vale que no sea nada defensivo porque eso significaría que nos atacan.

—¿No vas a ir a ver a Wayne? Creía que sentías algo por él.

—No lo sé. Quisiera saber... por qué. Pero tampoco podrá hablar. Puede que Jace sepa algo, aunque me pareció que se sorprendía. No sé.

—¿Quién podría atacar y herir de esa manera al alfa? —dice Mac acercándose la crema de verduras—. Un vampiro no. Se hubiera convertido y lo hubiera despedazado sin problemas.

—Yo creo que hay más seres extraños. Acabamos de descubrir a las hadas. ¿Qué más no habrá?

—Es posible —suspira Birdie. Creo que a ella le gustaría ser especial como Mac.

—Creo que me acercaré un momento al hospital. Se lo debo de alguna forma.

—Te acompañamos.

—No, hay que abrir el restaurante y Winnie no tiene llaves. Tenemos que seguir subsistiendo.

—Está bien, pero ten cuidado. Acabas de colapsar.

—Lo sé. Me encuentro bien.

Me visto y cojo el coche para irme a verlo. Llego y veo varios licos rondando. Algunos se inclinan ante mí. Supongo que si él me ha llegado a marcar como dicen, soy, de alguna manera, la pareja de su alfa. Aunque veo que no todos me miran con buena cara. Jace se acerca y me toma del brazo.

—¿Cómo está?

—Muy mal, Holly. No sabemos quien lo... atacó de esa forma como para no poder defenderse. Y está envenenado. No sé si se llegará a curar.

Nos acercamos a la sala estéril donde está echado, con respirador. Tiene el pecho al descubierto, lleno de cables y el vientre vendado.

—Wayne... —me vuelvo a Jace que me mira—. Tú lo escuchaste, ¿verdad?

Asiente.

—¿Por qué? No entiendo nada. ¿Y por qué me marcó y no me dijo nada?

—Quería protegerte de todos los medios posibles.

—¿Y eso cuenta para asesinar al hombre que nos crío? No sé, Jace.

Me quedo un rato mirándolo, tampoco deseo que muera, pero estoy tan desilusionada que no sé qué decir. Miro a su hermano.

—¿Puedo renunciar a su marca? Y a su protección.

—No deberías... tus hermanas... a él no le gustaría. Yo asumiré sus tareas mientras él esté así. Os protegeré de la misma forma que él lo haría.

—Ya no quiero eso, Jace. Creo que con renunciar basta, ¿no?

—Sí. Di «Renuncio a la protección de la manada Wade», pero si os ocurre algo, si alguien os ataca, ninguno de los míos saldrá en vuestra defensa a menos de que estuvieran en peligro.

—Lo sé y lo asumo. Lo asumimos todas. Renuncio a la protección de la manada Wade.

Siento un escalofrío y Jace mueve la cabeza. Se acerca la loba rubia con la pintura de los ojos corrida y llorosa. Me mira y gruñe.

—¿Qué hace ella aquí?

—Tranquila, me voy ya. Nos vemos, Jace. Si no te importa, te iremos preguntando.

—Bien —dice escueto y me da la espalda. Salgo y los demás licos ya no me miran como antes. Me alegro. Quiero irme de toda esta mierda. Necesito distanciarme.

Llego al aparcamiento y entonces alguien me tira del pelo y me hace caer al suelo. Ella se pone sentada en mi estómago.

—¿Qué haces? Aparta.

—Quiero darte un aviso y será el último —dice la loba rubia sacando sus uñas animales—. No vuelvas a acercarte a Wayne porque es mío. Siempre lo ha sido. Ayer follamos y lo hacemos siempre que él quiere, porque follar conmigo es sublime. Eres una puta bruja y no lo mereces. Por tu culpa está así.

Intento moverme, pero es una tía pesada y joder, es una loba. Estoy muy enfadada, mucho, mucho, mucho, y me arqueo haciendo que ella salga despedida. Se queda agachada, mirándome mientras mi respiración se agita.

—No vuelvas a acercarte ni a mí ni a mis hermanas —digo con una voz grave que no es la mía—, o te juro que te mataré con mis propias manos.

Ella me mira asustada y se larga corriendo. Me voy calmando y me meto en el coche.

—Putra loca —digo ya con mi voz. Me miro en el espejo y doy un bote. Mis ojos están completamente negros, sin esclerótica. Observo mis manos, mis piernas, parecen normales. ¿Qué coño está pasando?

Respiro lento y vuelvo a mirarme. Va apareciendo el blanco de mis ojos y arranco. No tengo ni puta idea de lo que pasa, pero lo averiguaré.

Capítulo 20. La postal

Después de una semana, las cosas parecen haberse tranquilizado. Jace ha sido tan amable de informarme de que su hermano va mejorando y de que los vampiros de las dos cortes parecen haber llegado a un acuerdo, sobre todo porque hay algo ahí fuera que es capaz de abrirle las tripas a uno de los alfas más fuertes y nadie tiene ni puta idea de lo que es.

Yo le he dado el libro de las hadas a Mac y sin saber cómo, lo entiende. Dice que hay mucha información sobre las reinas, sobre el lugar donde nacen las hadas y sobre los dones que tienen. Ha plantado un pequeño huerto en nuestro patio y nada más que toca cualquier vegetal, crece de una forma maravillosa, y son lo más jugoso y delicioso que se pueda pensar. Por eso, hemos añadido smoothies a nuestra carta. Ahora ya no vienen tantos camioneros o licántropos, pero a cambio, llegan otro tipo de público. Mac dice que algunos son hadas. Son amables y educados. De hecho también hemos añadido dos ensaladas. Mac se ha instalado en la cocina con Birdie y disfruta mezclando ingredientes como semillas y cosas así.

Por las noches, estudio los libros de los licántropos y los vampiros. Los escondí en el armario del lavabo, e hice bien. Creo que Wayne venía por ellos cuando... lo atacaron. Dejé de una forma unos zapatos y estaban movidos. He estado muy engañada. Tal vez quería sacar de mí la información y por eso me marcó, aunque luego se tirase a la loba. Pensé que... estaba enamorado de mí y yo de él, pero al parecer él hizo lo que tenía que hacer para su manada y si tocaba follar conmigo, pues nada. Lo que sea por su grupo.

Según el libro de licántropos, que es el primero que me leí, un alfa se debe cien por cien a la manada. Guarda su semilla para la loba adecuada, y son capaces de transformarse, los alfas, en mitad hombres, mitad lobos. Los demás son solo cambia formas, cambian del todo. Para matarlos, cualquier arma humana no vale. La plata los debilita pero una bala de acero es mortal si se da en el corazón o la cabeza. El acónito los envenena y cuando huelen lavanda suelen actuar como si tuvieran alergia. Puede ser interesante para reconocerlos, aunque creo que ya no tengo dudas desde... hace tiempo.

En cuanto a los vampiros, son seres muertos, pero tienen funciones físicas, pueden follar, se alimentan de sangre y otros líquidos y al parecer alguna vez van al lavabo, pero solo líquido. Asqueroso.

Para matarlos, la plata es letal, nada de crucifijos, pero el acónito, igual que a los lobos, los debilita. La combinación de ambos ya comprobé que era realmente mala. Pueden salir durante el día si está nublado, pero no si hay sol directo. En ese caso sufren quemaduras, pero al igual que los lobos, se regeneran rápido.

Al final del libro hay un apéndice con otros seres. Solo los nombra y remite a un libro que yo no tengo. Así que sé que existen los trolls, las náyades, los hombres árboles, cambia formas no licántropos y espectros. No tengo ni idea de lo que son o cómo reconocerlos.

Explica en el segundo apéndice que no existen los híbridos, que no nacen de humanos y seres mágicos, pero eso no es cierto. Nosotras somos algo raro y Wayne lo sabía.

El médico no me dio los informes, pero le diré a Mac que Elaine intente conseguirlos, ahora son muy amigas.

Me levanto para lavarme los dientes y acostarme. Empezamos a dejar atrás el tiempo invernal y salgo un rato al balcón. Echo de menos fumar, pero ya lo dejé. A Mac le horrorizaba el humo y, bueno, lo que no haga por mis hermanas.

En el suelo hay algo, parece una postal. La recojo y miro fuera. ¿Cómo ha volado una postal

hasta el primer piso?

Me meto dentro y cierro el balcón. Es una vista de una calle de San Francisco, donde hay un bar llamado Tropical. La giro y pone mi nombre, Holly. En el otro lado está escrita la frase «Vive el momento», y una firma: Grace. Nuestra hermana.

Me rasco la cabeza y paso al piso de al lado, donde mis hermanas están viendo una serie. Desde que pasó todo, hicimos una puerta que comunica ambos apartamentos.

—¿Qué susto! ¿Qué ocurre?

—Mañana me voy a San Francisco. No sé cuánto estaré.

—¿Por qué? —pregunta Birdie sorprendida. Les enseño la postal.

—¿Grace? ¿Es nuestra hermana de verdad? —pregunta Mac—. Podemos ir contigo.

—No. Iré yo. Vosotras quedaros aquí, estáis a salvo.

—¿Y tú?

—Me llevaré lo necesario para defenderme. Tengo que encontrarla.

—Está bien. No te preocupes, cuidaré de Birdie —dice Mac decidida.

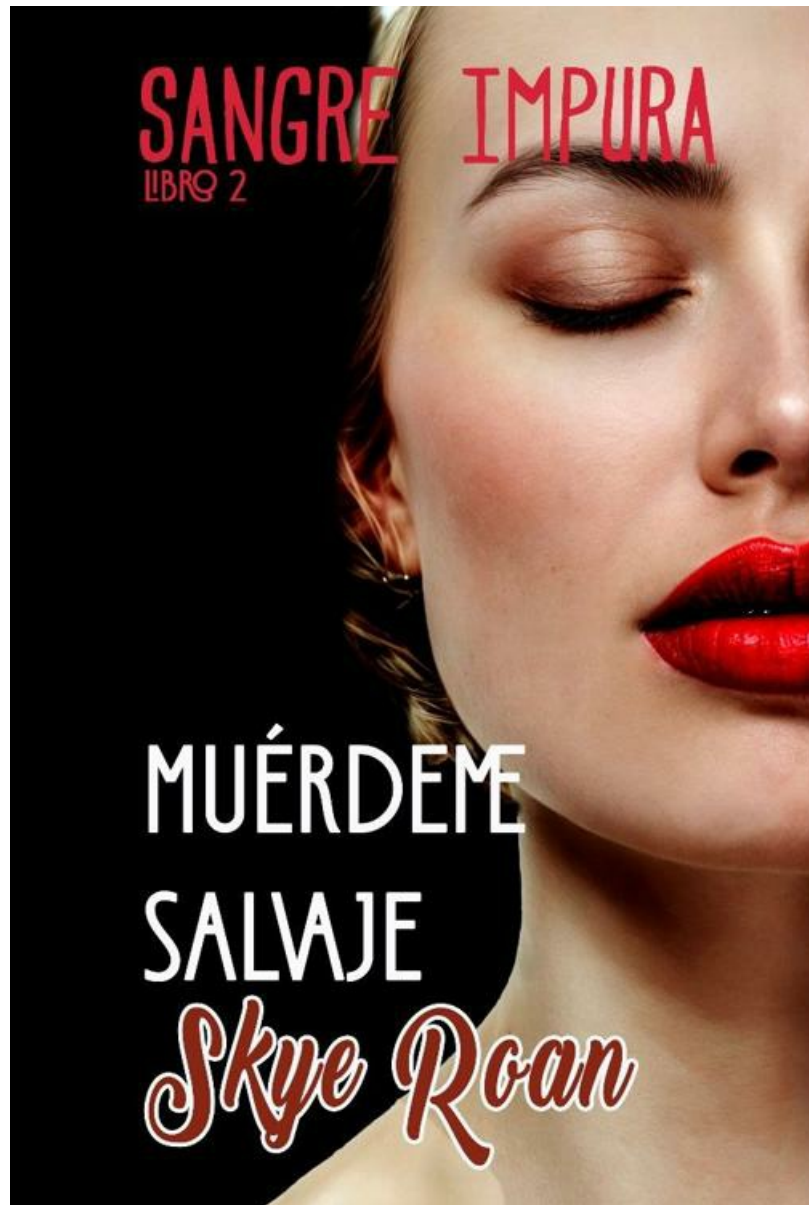
—Lo sé. Cuidaros ambas.

Paso a mi sala, saco un par de navajas, algo más grandes de la que tenía y las froto bien con el preparado de tío Ben. Me llevo, además un par de tarros. Y algunos espray que hemos ido preparando, con la misma mezcla pero diluida en alcohol, más práctico y aparentemente menos peligroso, pero igual de letal. Escondo los libros y lleno una bolsa con ropa. El sitio parece elegante, así que meto el vestido que compré para una nochevieja. Por si acaso. Sé que tengo que ir y espero que mi hermana pequeña, que calculo que tendrá unos dieciocho años, no esté en peligro, porque entonces, se las verán conmigo.

Se nubla mi vista y sé que mis ojos se han oscurecido. Me parece bien. Mañana me marchó y sé que es complicado porque San Francisco es un nido de vampiros, pero ya no tengo miedo. Ninguno.

Continuará.

Próximos libros de la colección



Muérdeme Salvaje

Sinopsis:

Dicen que la mejor manera de no afrontar un problema es largándote y es lo que ahora mismo estoy haciendo.

Una postal hace que viaje a San Francisco, buscando a mi supuesta y misteriosa hermana Grace (Vale, está justificado)

¿Tengo suerte de ir a parar al hotel donde vive una **cambiante** llamada Lisa?

¿O que sea ella la que me acompaña al club donde se supone que podría estar mi hermana? (Por supuesto, es un club de **sobrenaturales**)

¿Y si un **poderoso vampiro** que se cree irresistible se encapricha de ti y no te queda otra que seguirlo hacia su impresionante mansión?

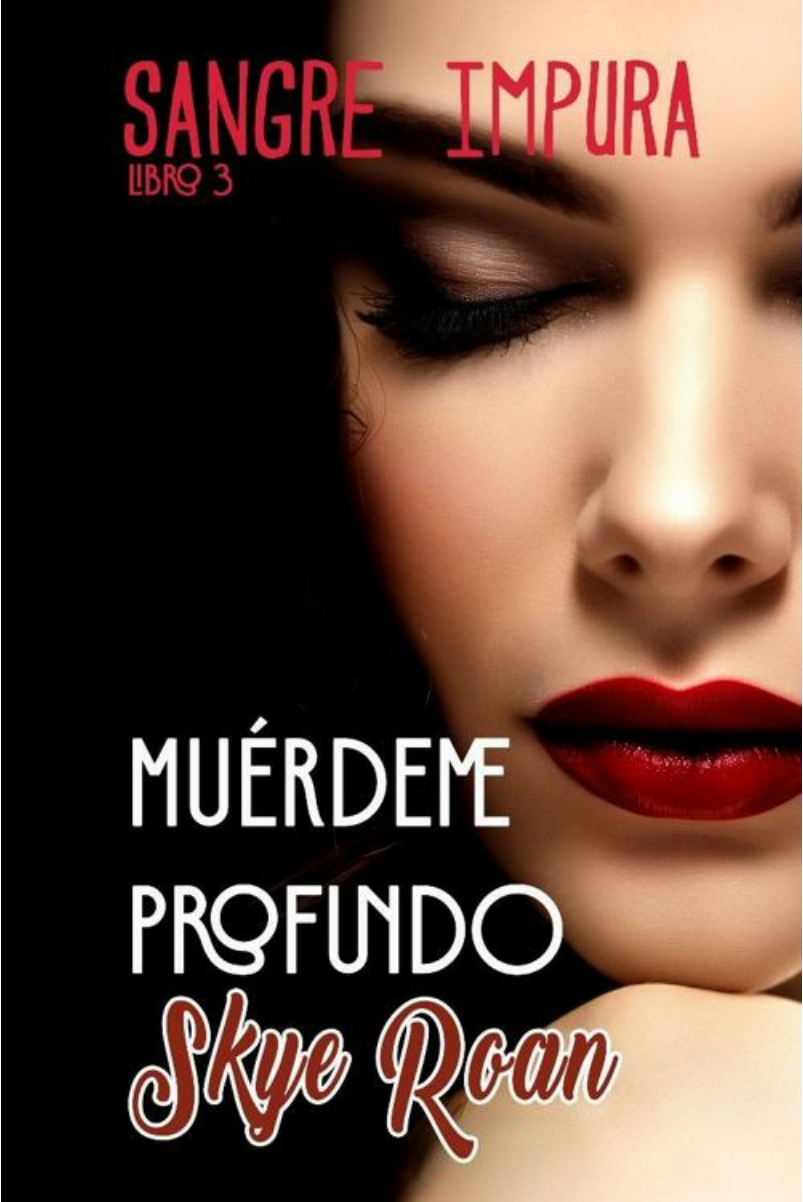
No sé, tal vez el viaje a San Francisco no fue la mejor idea del mundo, pero me abrió a un mundo de placeres que no esperaba. O que quizá sobraba.

Además, conozco a una nueva **manada de licántropos** y... pasan tantas cosas que me es imposible resumir.

Tendrás que leerlas. ¿Tienes una cadenita de plata? Póntela al cuello.

(Nota de la autora: hay escenas explícitas de batallas y relaciones, pero sin ser exagerado, no te escandalices).

Consíguelo en: <https://amzn.to/3ZG2NnC>

The book cover features a close-up, high-contrast photograph of a woman's face. Her eyes are closed, and her lips are painted a vibrant red. The lighting is dramatic, with one side of her face in shadow. The background is a solid black.

SANGRE IMPURA
LIBRO 3

**MUÉRDME
PROFUNDO**
Skye Roan

Muérdeme Profundo

Sinopsis:

Trayectoria vital de las últimas semanas: De camarera a desintegradora de vampiros y de ahí a trabajar como exorcista...

De vuelta a mi pequeña ciudad, Eureka, al hotel Paradiso donde estamos residiendo temporalmente se me presentan más problemas.

¿De dónde se ha sacado alguien que puedo **expulsar a un demonio**?

¿Por qué tengo que visitar a la chamana de la tribu Wiyot, que por cierto tiene un sobrino para comérselo? (Lo reconozco, está buenísimo)

¿Y por qué mi **ex novio/alfa** se empeña en rondarme, después de lo que me hizo?

Lo que me faltaba es que en el bloque donde residimos y que están reconstruyendo encuentren un sótano con un contenido la mar de **macabro**.

¿Quién da más? Si existiera un premio para la persona a la que le pasan peores cosas, ganaría los tres primeros puestos. Pero no te cuento más.

Vente, abre el libro y cuidado, que resulta que los fantasmas sí existen.

(Nota de la autora: hay escenas explícitas de luchas y relaciones, pero sin ser exagerado, no te escandalices).

Enlace: <https://amzn.to/4dsicul>